ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS

Secretariado General de Apostolado Educativo y Pastoral Juvenil

De Tagaste a Hipona

Hipona

Instructivo II

Búsqueda y Encuentro

PRESENTACIÓN

Érase un santo varón que peregrinaba, por rutas que desconocía, a uno de los santuarios más célebres del país. Se adentró sin darse cuenta en el bosque y quedó atrapado y perdido entre la maraña de matorrales y árboles inmensos.

Caminaba en todas las direcciones, probaba todos los senderos, lo volvía a intentar, y no había manera de salir de ahí. Se encontraba totalmente desorientado y abatido. En su búsqueda inútil se encontró con un grupo de trabajadores que andaban también perdidos. Al verlo, se dijeron: "He ahí un santo que nos indicará el camino. Acerquémonos a él". Y le suplicaron: "Santo varón, indícanos el camino mejor para salir del bosque. Nos encontramos desorientados, ¡sálvanos!". Pero él les contestó: "No os puedo enseñar nada, porque yo también me encuentro perdido. Cada paso que doy me lleva a un enredo mayor"

"¿Qué hacemos, entonces?", preguntó el que hacía de capataz. Y el santo varón les propuso: "Hay muchos senderos que no llevan a ninguna parte, pero tiene que haber uno que nos conduzca a la salida. Busquémoslo juntos. Cada uno comunicará a los demás las huellas o indicios que vaya encontrando. Y nos animaremos mutuamente. Así podremos encontrar más fácilmente el verdadero camino que nos llevará a la liberación y a la luz".

(Historia de la India)

Sintetizo en estas dos palabras, búsqueda y encuentro, toda la espiritualidad de Agustín. Otros, sin duda que con más precisión y acierto, hablarán de interioridad trascendida. Así se expresan los técnicos cuando se dirigen a los ya iniciados. Pero en este caso, en que pretendo presentar la espiritualidad agustiniana de una manera sencilla y lo más asequible posible para el pueblo llano y fiel, me quedo con la primera de las formas.

Esta pequeña obra tiene tres partes: en la primera trataré de presentar brevemente lo que, a mi entender, es la espiritualidad laical agustiniana; las dos restantes las titulo BUSQUEDA y ENCUENTRO respectivamente. Lo hago así para facilitar la exposición y desarrollo del tema. Eso no quiere decir que, refiriéndome a Agustín, se hubiera dado en él, en su vida, un antes, todo búsqueda, y, un después, todo y sólo encuentro. De eso, nada. Todo, en él, fue ambas cosas. O ambas realidades. Aunque no es menos cierto que, al menos hasta el momento de su conversión, queda acentuada en gran manera la búsqueda de la Verdad y, ya cristiano, gozó con su posesión y conocimiento.

Y tu vida, también. Eso espero, al menos. Me refiero al hecho de que tú también podrías estar viviendo ambas realidades. Buscas, y encuentras para seguir buscando con más ahínco y con un apetito más voraz y siempre insaciable. Así debería ser, al menos. Como Agustín. Es también su invitación: *"Busquémosle para hallarle, busquémosle después de hallarle. Para que le busquemos y hallemos, está oculto; para que le sigamos buscando, después de hallarlo, es inmenso. Él satisface al investigador, según la capacidad de su búsqueda. Y al que lo encuentra, le hace más capaz para que siga llenándose,*

viéndose con mayor capacidad". (In Jo 63, 1).

En la segunda parte incluiré todo aquello que, de una u otra forma, puede llevar a Dios; todo lo que es el camino de búsqueda. Caminos de búsqueda. Por ejemplo, Cristo en primer lugar, y la oración, y el hermano, las cosas creadas, la vida, la belleza, el amor, la bondad y tantos otros.

En la tercera, todo lo que constituya un encuentro. Por ejemplo, la comunión de vida con Dios y los hermanos: los sacramentos, la vida fraterna, el servicio, etc. Pero te repito que en la vida del creyente todo es búsqueda y encuentro a la vez.

Espiritualidad Laical Agustiniana

Ser cristiano no es ir a la conquista de Cristo, sino en dejarse conquistar por él.
(In ps. 49, 10).

Un cristiano es un hombre renacido por la fe para comenzar a poseer en esperanza lo que un día
ha de gozar en plenitud por el amor
(Con. Faus. manich. 11, 8).

El amor es como la andadura del espíritu. Ten, por tanto, dos pies; no cojees. Ama a Dios y ama a tu prójimo
(In ps. 33, 2, 10).

1 – Espiritualidad

Algunos equívocos. Este es uno de los términos más usados en la literatura cristiana de todos los tiempos. Quizás ha tenido, por eso mismo, acepciones y aun significados diferentes. Porque han sido muchas y variadas las situaciones en que ha vivido el cristiano, diferentes y dispares los creyentes, múltiples y variadas también las experiencias de fe vividas por quienes han intentado e intentan seguir a Jesús y acoger su Evangelio.

De ahí que el término espiritualidad se haya utilizado en más una ocasión, en el lenguaje oral y escrito, de manera un tanto equívoca e imprecisa.

Para algunos, por ejemplo, se deriva de espíritu - así, con minúscula -, y espíritu se entiende como lo contrapuesto al cuerpo o la materia. Es lo interior de cada cual, lo que no se ve, el mundo de las vivencias íntimas, tu yo profundo y oculto a los otros. Todo ello impregnado, en mayor o menor grado, de un sentimiento religioso.

Para otros - espiritualistas más que espirituales -, es, más bien, el ámbito de lo privado, y desligado, por ejemplo, de las preocupaciones sociales y problemas del mundo. Mi compromiso, dicen, es con Dios, de donde viene o vendrá mi salvación, con quien me comunico en la oración, a quien pido perdón si le he ofendido y "a quien comulgo" con la frecuencia que puedo. Eso sí, tengo que rezar también por los pecadores - ¡pobres ovejas perdidas! - para que se conviertan y vuelvan al redil único.

Hay quienes la reducen a ciertos modos de ser, decir o estar: modestia en la vista, palabras "religiosas" vengan o no a cuento, actitudes recatadas, "resignación cristiana" ante lo inevitable y lo evitable. Todo esto acompañado de momentos de oración, a poder ser en el templo, actos de mortificación y penitencia, cumplimiento inquebrantable de todas la prácticas de rigor, etc.

No estarían mal del todo estas prácticas, si no quedaran al margen los hermanos y las cosas de la vida, que es por donde camina el Espíritu. Viene del Espíritu.

La espiritualidad bien entendida - no porque lo diga yo, sino porque es el común decir de los entendidos y de la misma Iglesia - dimana del Espíritu. Con mayúscula. Y así podríamos decir que espiritualidad es la vida cristiana animada por el Espíritu.

Transcribo a continuación unas palabras del Papa Juan Pablo II en su Exhortación Apostólica Vita Consecrata. Dice así: *"La vida espiritual, entendida como vida en Cristo, vida según el Espíritu, es como un itinerario de progresiva fidelidad, en la que la persona consagrada (y también la persona del creyente) es guiada por el Espíritu y conformada por Él a Cristo, en total comunión de amor y de servicio a la Iglesia" (n.93).*

El Espíritu es la vida nueva que transcurre por los caminos de nuestra existencia, y que penetra y empapa todo nuestro ser de hombres creyentes en Jesús.

Él, el Espíritu, es fuerza y luz, fuego y brisa suave, "dulce huésped del alma", don espléndido, vida de nuestra vida, promesa y don al mismo tiempo, alma de la Iglesia, presencia amorosa de Dios en mí, en ti y en el hermano y en todos, para llenar sobradamente tantas ausencias que nos inventamos unos y otros.

Se hace presente y actúa en nosotros, a no ser que, con nuestra indiferencia o desinterés, por nuestra actitud de pecado permanente, levantáramos muros de contención o endurezcáramos nuestro corazón para que nada extraño pudiera penetrar en él. Y como el Espíritu, aunque sea Dios, nunca fuerza a nadie y suele pedir, además, permiso para entrar...

Vida en abundancia

Esta vida nueva que nos trae Jesús, que nos la regala por el don de su Espíritu, llega a nosotros abundantemente - "con derroche" dice Pablo en la Carta a los Efesios - en todo tiempo y lugar, al hombre entero, cuerpo y alma, a todo su ser y hacer, porque para el Espíritu no hay tiempos de sequía ni terrenos vedados (La sequía la ponemos tú y yo; y las señales de no pasar, también).

"He venido, dice Jesús, para que tengan vida, y la tengan en abundancia" (Jn. 10, 10). ¿Por qué será, entonces, que hay tantos cadáveres por aquí y más allá, o espíritus enfermizos y enclenques - no importa su salud física a toda prueba -, y vidas apagadas y con criterios tan rastreros?

¿Y por qué será - y la respuesta es obvia - que hay tantas y tantos que viven o intentan vivir el Evangelio de Jesús a fondo y con gozo, y son testigos de su amor ahí donde están y trabajan, con coherencia y sin miedos, en verdad y con entera libertad, y se sienten y son hijos de Dios y están comprometidos en la construcción del Reino?

Esta vida nueva, acogida y vivida - valga la redundancia - por nosotros y compartida con los hermanos, constituye la verdadera espiritualidad. La auténtica y genuina. ¿Por qué? Pues porque "todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios" (Rom 8, 14).

El hijo es tal en cuanto ha recibido una vida de sus padres y la mantiene, guiado y animado por el amor. En nuestro caso, por el amor de Dios personificado en su Espíritu. "Y si vivís según el Espíritu, no daréis satisfacción a las apetencias de la carne". (Ga 5, 16). "Y vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu... y el Espíritu es vida" (Rom 8, 9-10).

Espiritualidad cristiana es, por tanto, vivir el Evangelio de Jesús según el Espíritu y guiados por Él. Y esto es válido para los creyentes de Africa, Latinoamérica o Europa. Para los creyentes del siglo I, de la Edad Media o del siglo XXI. Para el joven de una parroquia pujante o para la anciana del sector antiguo de la ciudad. Para ti, quienquiera que seas, y para mí.

Muchos estilos o maneras

Pero ocurre que cada cual es como es - verdad de perogrullo -, y cada época está marcada por unas coordenadas propias, y cada país o región geográfica es culturalmente diferente de las demás. Luego también tiene que ser diferente y plural la forma de vivir el Evangelio de Jesús.

De ahí que se pueda hablar de una espiritualidad cristiana pluriforme según las épocas, los hombres y los lugares; una espiritualidad con multiplicidad de tendencias y variantes. Todas igualmente válidas, si se atienen a la totalidad del Evangelio; y si son propuesta, nunca imposición, oferta de vida y camino para todos, y no coto cerrado para algunos privilegiados.

Dicho con otras palabras: esta vida en el Espíritu toma forma o se hace camino en cada hombre y mujer, en cada época y lugar, en un proyecto de vida personal o en una comunidad de creyentes en el que converge la fe de muchos.

Será, así, una espiritualidad con matices diversos, con abundancia de carismas, con profusión y riqueza de experiencias de fe personales y comunitarias, con multiplicidad de servicios. Si una o única es la vida en el Espíritu, muchos y variados pueden ser - tienen que ser - los estilos de vivir el Evangelio de Jesús. Muchas y variadas pueden ser las "espiritualidades" consiguientes.

Sé que lo entiendes bien y que sería innecesaria cualquier otra explicación. Pero me voy a permitir poner un ejemplo muy sencillo. Es este: Toda vivienda familiar es fundamentalmente la misma. Todas disponen, además de las cuatro paredes, techo y suelo, de varias habitaciones, cocina, sala y algún servicio. Pero se da, de hecho, una profusión muy rica y variada de estilos arquitectónicos y variedad de formas. Porque así lo piden las condiciones climatológicas del lugar, el gusto del arquitecto, los caprichos de sus moradores, la época en que se construye, el entorno medioambiental, etc. Pero tan casa es una como otra, aunque no sean necesariamente iguales. Todas cumplen la misma función, aunque sean diferentes.

Y otro: El deporte, en cuanto tal, es uno. "Ejercicio físico, por lo común al aire libre, practicado individualmente o por equipos..., siempre con sujeción a ciertas reglas". Así lo define el diccionario de la lengua española. Pero en el mundo se dan mil maneras de hacer deporte, según culturas, gustos y posibilidades. Hasta se habla de distintos deportes.

La diversidad no es empobrecimiento. Todo lo contrario. La variedad de colores, matices, rasgos y estilos hacen que un cuadro pueda ser una verdadera obra de arte. O que la naturaleza sea siempre bella. O que las instituciones sean más dinámicas y eficientes.

Te lo dice la misma Palabra: "A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común". (1 Cor 12, 7). Y "todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad". (1 Cor 12, 11).

El Espíritu Santo "unge" al bautizado, le imprime su sello indeleble y lo constituye en templo espiritual; es decir, lo llena de la santa presencia de Dios gracias a la unión y conformación con Cristo (Christifideles Laici, 13).

Para recordar

- Espiritualidad es vida cristiana animada por el Espíritu.
- La vida cristiana es una sola, pero pueden ser muchas o variadas las formas o estilos de vivir el único Evangelio de Jesús. ¿Cuál es el tuyo?
- Jesús vino para que tuviéramos vida, y vida en abundancia. ¿Por qué será, entonces, que la vida de muchos es enclenque y enfermiza?
- La espiritualidad cristiana no es ensimismamiento, evasión, ni mucho menos indiferencia ante las realidades de este mundo. Todo lo contrario: es fermento, es luz, es dinamismo.

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿Qué piensas acerca de lo expuesto en este apartado? ¿Qué es lo más te ha llamado la atención? ¿Qué echas en falta? ¿Qué añadirías?
2. A tu entender, ¿qué es lo más importante en tu vida de piedad? ¿Y en tu vida cristiana?
3. ¿Cómo percibes la presencia del Espíritu en tu vida? ¿Qué fruto está produciendo en ti? ¿En qué aspecto sigues oponiéndote a la acción del Espíritu en ti?
4. ¿Se puede vivir una espiritualidad cristiana al margen del hermano? ¿Por qué?
5. Si eres parte de un grupo de Iglesia o de una comunidad cristiana, ¿percibes en él o en ella la presencia y la acción del Espíritu? ¿En qué cosas o en qué sentido? ¿Qué echas en falta?

Para orar con Agustín

Qué bien me hace, Señor, unirme a ti!
Quiero servirte gratuitamente;
deseo servirte
lo mismo cuando me colmas de bienes
que cuando me los niegas;
nada temo tanto como verme privado de ti.
Quítame lo que quieras,
con tal de que no me prives de ti mismo.
(Serm. 32, 28).
Heredad tuya soy y heredad mía eres tú:
yo trabajo para ti y tú me trabajas a mí.

No te rebajas al trabajarme.
Yo trabajo dándote culto como a Dios que eres,
y tú me trabajas como a tu campo que soy.
Tú dijiste: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos
y mi Padre el labrador".
Luego tú me cultivas, y, si doy fruto,
preparas el granero. (Serm. 113, 6).
Sé tu, Señor, mi herencia,
porque tú eres el que me sustentas y conservas;
y que sea yo posesión tuya,
a fin de que me gobiernes y dirijas (In ps. 5, 1).

2 - Laical

En la base y los primeros

Colocamos ya el primer apellido al término "espiritualidad". Y es el primero por derecho propio, por su misma naturaleza. Como los hijos bien nacidos de matrimonio.

La espiritualidad cristiana es laical antes que cualquiera otra forma de espiritualidad. Antes, por ejemplo, que la sacerdotal o la religiosa de cualquier instituto de vida consagrada. Antes que la llamada espiritualidad matrimonial, o de la acción católica, comunidades cristianas de base, o cientos más.

Porque el Evangelio de Jesús es, primeramente, para todos, para el pueblo en general. Para el nuevo Pueblo de Dios. Luego llegarán las "vocaciones" específicas para vivir también el Evangelio y servir al mismo pueblo.

Y, ¿quiénes son los laicos? Seguro que lo sabes - porque lo eres tú -, pero te lo voy a recordar con palabras del mismo Concilio Vaticano II: *"Por laicos se entiende aquí a todos los cristianos, excepto los miembros del orden sagrado y del estado religioso reconocido por la Iglesia. Son, pues, los cristianos que están incorporados a Cristo por el bautismo, que forman el Pueblo de Dios y que participan de las funciones de Cristo, Sacerdote, Profeta y Rey. Ellos realizan, según su condición, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo" (LG 31).*

Ya lo ves: son laicos todos los cristianos, todos los que están incorporados a Cristo por el bautismo, todo el Pueblo de Dios. A excepción de los sacerdotes y religiosos. Aunque sólo fuera por la cantidad, sería ya lo más importante en la Iglesia.

Pero lo son también, y principalmente, porque fueron incorporados a Cristo por el bautismo, condición primera y fundamental. Luego, en segundo lugar y también en el tiempo, llegará para algunos, como una opción más, la ordenación sacerdotal o la profesión religiosa. La espiritualidad con otros apellidos.

Rasgos más importantes

El cristiano de a pie - y perdón por la expresión - es un seguidor de Jesús "con todas las de la ley". Y, en cuanto seguidor de Jesús, opta, en primerísimo lugar, por

él, y renuncia, por tanto, a todo lo que pueda impedir o dificultar la realización de esta opción.

El laico, el buen laico, hace de su bautismo un camino sin paradas ni retornos, y no un momento perdido en el tiempo, y ni siquiera recogido y conservado sólo en su memoria. Vive el hoy de la Iglesia y camina con ella. Y en ella. Sabe que el otro, quienquiera que él sea, es siempre un hermano, y también camino para llegar a Cristo.

El laico cristiano sabe también que necesita de Dios porque se ve limitado en todo, y se entrega a la oración, personal y comunitaria, como medio para encontrarse con él. Escucha la Palabra, la guarda en su corazón, la vive y la comunica.

Su campo de trabajo es el mundo, un mundo que Dios, su creador, ha puesto en sus manos, para que lo vaya re-creando y lo trabaje para hacerlo más humano, y más justo, y más cristiano. Metido en las realidades de este mundo, encuentra en los otros, cualesquiera que ellos sean, semillas del Verbo y mociones del Espíritu. Y en los acontecimientos de la vida, y en la cultura en que está inserto, y en la marcha de la historia.

El laico vive su condición de tal como afirmación de la vida secular. *"El mundo se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los laicos" (Christifideles laici, 15)*. Centra su vida en el matrimonio y la familia, en su profesión o trabajo, en el estudio y la cultura, en el ocio, la política y la acción social, en las relaciones humanas y en mil actividades más.

El laico cristiano tiene el deber de vivir todo el evangelio de Jesús. Y lo asume. No encuentra en él unas páginas para los religiosos y sacerdotes, y otras para los demás. Todas son para todos, ningún bautizado queda excluido de algunos de sus párrafos. Esta es la vocación primera.

Todo laico tiene que ser pobre en el espíritu, casto por el Reino de los cielos, obediente a la voluntad del Padre, evangelizador y testigo de Jesús, solidario con todos los que sufren; debe "perder su vida" dándose del todo por causa del Evangelio; cargar cada día con la cruz.

Y esta cruz, además de las limitaciones y sufrimientos propios de la condición humana, es también su lucha y esfuerzo para vivir día a día su fidelidad al Señor y su compromiso con los hermanos, para ser coherente o consecuente con su bautismo.

Testigos del Evangelio

El laico es hijo de Dios, y vive como tal. Es hermano de todos lo que tienen a Dios como Padre, y los ama, y con ellos comparte angustias y esperanzas, alegrías y penas, lo que es y tiene.

No se contenta con cumplir los mandamientos - sería lo mínimo y suficiente -, sino que aspira siempre a algo más, porque seguir a Jesús exige caminar con él y como él, y, en lo posible pero necesariamente, con otros hermanos.

Porque sabe también que su fe tiene una dimensión necesariamente comunitaria. Y, al encontrarse con otros hermanos en la fe, forma comunidad con ellos. Y en esta comunidad se comparte todo; todo lo humanamente posible: lo que es y lo que tiene, la vida y el tiempo, el amor y la esperanza, hasta los sentimientos, puesto que son, deben ser, los mismos de Cristo (Fil 2, 5).

Ha recibido también el Espíritu Santo, que anima su vida cristiana y le empuja con fuerza a identificarse en todo con Cristo y ser testigo ante un mundo necesitado de amor, justicia y esperanza.

Todo esto, y mucho más, - habría que releer todas las páginas del Evangelio para recordarlo - constituye lo que es propio e irrenunciable de todo laico cristiano. La vivencia de todo ello constituiría la espiritualidad cristiana laical. ¿Puede haber riqueza mayor que ésta?

En las realidades temporales

Y esta espiritualidad la debe vivir en las realidades temporales. Así lo dice el Concilio. En la familia, en el trabajo y en ocio, en la política, en todo aquello en que haya presencia humana.

Su identificación con Cristo - a eso está llamado - le pide o le exige identificarse con la causa del Evangelio. Su tarea es ser testigo de Jesús. Es decir, asume la tarea de anunciar la Buena Nueva con su vida y sus palabras.

Y meterse o comprometerse, con generosidad y la fuerza que recibe del Espíritu, en la lucha por la justicia, en la promoción de los derechos humanos y la liberación de los más débiles y oprimidos, en la tarea de la evangelización. En una palabra, en la construcción del Reino.

Termino este apartado con unas palabras del P. Jesús Espeja en uno de sus libros titulado "Espiritualidad cristiana", que te recomiendo:*"La espiritualidad cristiana significará siempre realizar la existencia con el espíritu de Jesucristo, cuyo seguimiento implica no hacer sin más lo que Jesús hizo, sino re-crear en nuevas situaciones el espíritu - motivaciones, actitudes y conducta - del Mesías".*

En una palabra: vivir y recrear hoy y aquí - dondequiera que estés - la vida y las palabras de Jesús.

Los fieles, y más precisamente los laicos, se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana.

> *Por tanto ellos, ellos especialmente, deben tener conciencia, cada vez más clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de ser Iglesia; es decir, la comunidad de los fieles sobre la tierra bajo la guía del jefe común, el Papa, y de los Obispos en comunión con él. Ellos son la Iglesia. (Christifideles laici, 9)*

Para recordar

- Ser laico significa ser creyente en Jesús en medio de las realidades del mundo.
- Es la vocación primera y fundamental de todo seguidor de Jesús, a la que se accede por el bautismo y se mantiene por una fe viva y dinámica.
- El laico es testigo de Jesús ahí donde viva y trabaje. El mejor testimonio es el de la propia vida, pero también el de la palabra que pronuncia en nombre del Señor.
- Por su bautismo, el laico se compromete a vivir, en la medida de sus posibilidades, la totalidad del Evangelio de Jesús, según un estilo de vida propio.

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿Te consideras, por ser laico, un cristiano de segunda en la Iglesia? ¿Te tratan como a tal? ¿En qué o para qué cuentan contigo? ¿O será, más bien, que eres tú quien se resiste a asumir la condición laical?
2. ¿Es lo mismo trabajar en comunión con el párroco que ser obediente a él y colaborador en todo lo concerniente al trabajo pastoral?
3. En tu comunidad a parroquia, ¿cuál tu misión? ¿Presentas iniciativas, asumes responsabilidades, estás dispuesto a hacer todo lo que puedes hacer como laico?
4. De hecho, ¿qué funciones podrías desempeñar? ¿A qué te sientes llamado? ¿Estarías dispuesto a aceptar el envío o misión de parte de la Iglesia (párroco, comunidad, por ejemplo)?
5. ¿Qué entiendes por "realidades temporales" en cuanto campo propio para trabajar como laico? ¿Cómo podrías insertarte en alguna de ellas?

Para orar con Agustín

Señor Jesucristo, yo creo en ti,
pero haz que crea de tal modo
que también te ame.
La verdadera fe consiste en amarte.
No basta creer como los demonios,
que no amaban,
y, a pesar de que creían, clamaban:
"¿Qué tenemos nosotros que ver contigo,
oh Jesús, hijo de Dios?".
Haz, Señor, que yo crea de modo que,
creyendo, te ame, y no te diga:
"Qué tengo que ver contigo?",
sino más bien: "Tú me has redimido,
y yo quiero ser todo tuyo".(In ps. 130, 1).
Quiero invocarte, Dios mío;
ayúdame tú para que mi alabanza
no sea sólo ruido de voces y mudo de obras.
Clamaré a ti distribuyendo
y dando a los pobres.(Serm. 88, 12).
Uniré a mi fe recta una vida recta,
para alabarte confesando la verdad
con las palabras,
y llevando una vida buena con las obras.
(Serm. 183, 13).

3 - Agustiniana

Una manera más de vivir la fe

Es el segundo apellido que aplicamos a la espiritualidad cristiana. Un apellido que proviene de padres legítimos y fecundos: el evangelio y la experiencia agustiniana.

Es también una primera precisión que engloba el anterior, el laical, y lo especifica. O si quieres, se trata de un talante o un estilo propio de vivir la fe común de todos los cristianos. Te lo explicaba un poco más arriba.

Ocurre que de vez en cuando han surgido creyentes que, por la fuerza de su experiencia de Dios, el momento histórico en que vivieron, la sabiduría de su doctrina y su capacidad de un sano contagio, han marcado una forma muy personal de vivir el evangelio y han influido en otros, creyentes también, y han creado escuela, o, al menos, un estilo determinado de vida cristiana.

Me refiero, en este caso, a los fundadores de los institutos religiosos o a los impulsores de distintos movimientos de espiritualidad.

Este es el origen de muchas de las llamadas espiritualidades. Muy válidas y legítimas. En ellas o con ellas se han santificado muchísimos cristianos a través de los tiempos y han contribuido a la edificación del Reino.

Para todos los gustos. O algunos ejemplos.

Tú, hombre o mujer, eres creyente en Jesús y te quema el deseo de seguir creciendo en todo lo que supone tu condición de bautizado y exige tu vida de fe; pero, dada tu condición humana débil y limitada, no puedes vivir la totalidad del Evangelio en toda su radicalidad. Entonces, te fijas en algún aspecto de la vida de Jesús que se acomoda mejor a tu temperamento o modo de ser, y lo haces tuyo. A la manera, quizás, como lo han vivido otros.

Así, por ejemplo, te atraerá la espiritualidad teresiana si te sientes inclinado a mantener una relación con Dios, personal y permanente, en un clima de recogimiento y contemplación, aunque, eso sí, no ausente de las realidades de este mundo.

Tirará de ti la espiritualidad franciscana, si sientes en ti una llamada interior para vivir en pobreza y sencillez, como signo de desprendimiento y apertura a Dios y a los hermanos.

Encontrarás apoyo y lugar en la espiritualidad de los Juaninos y Siervas de María, entre otros, si vives, como si fuera propio, el dolor de tantos enfermos y quieres encauzar toda la fuerza de tu amor acompañándolos y aliviando sus sufrimientos.

Y así, muchísimas más. Seguro que conoces algunas de ellas.

Pero si tu fe te lleva a compartir todo, lo que eres y tienes, tu tiempo y tu oración, y muchos aspectos de tu vida, y formar, en lo humanamente posible, una comunidad de fe y amor con otros hermanos, como los creyentes de la primera comunidad cristiana, y desde allí servir a la Iglesia, te sentirás atraído por la espiritualidad agustiniana.

De ella te quiero hablar. Es la que yo más conozco y la que intento vivir. En ella han encontrado muchísimos creyentes en los últimos dieciséis siglos - ¡qué ya es decir! - un cauce o camino excelente para vivir todo el evangelio de Jesús, con su

dimensión necesaria de vida fraterna y comunitaria, y de servicio a la Iglesia y al mundo.

Al estilo de Agustín

Te presentaré, primero, la experiencia vivida por Agustín. Porque él - como San Pablo - "primero vivió y, luego, habló". Y lo que habló, todo lo que dijo y escribió, arrancaba de unas vivencias fuertes de fe, que se traducían en un amor que lo desbordaba siempre y que abarcaba al hermano; y a todo hombre.

Su espiritualidad - lo veremos mejor en el capítulo siguiente - se sintetiza en dos palabras: búsqueda y encuentro. Búsqueda incansable de Dios por muchos caminos, particularmente por el de la interioridad, y encuentro con él, y, en él, con el hermano.

De ahí que la fe, su fe, era para compartirla; el amor, para convivirlo; la esperanza, también. Su oración, un común deseo de Dios; su vida, toda ella, junto con otros y en unidad.

Todo esto está en la misma raíz del Evangelio. La prueba es que así vivían o intentaban vivir los primeros creyentes de las primitivas comunidades cristianas. Los primeros testigos de Jesús.

No te asustes. Tú, en cuanto laico, no podrás vivir en comunidad como los monjes y religiosos. Obvio. Tienes familia, trabajo o desempeñas una profesión; vives en las realidades temporales de este mundo. Eran laicos también los primeros cristianos y, sin embargo, "todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común... y no tenían sino un solo corazón y una sola alma" (Hech 2, 44; 4, 32).

Este era el ideal de Agustín. Un ideal que marcó toda su vida y llenó las páginas de todos sus libros. Su conversión a la fe fue al mismo tiempo conversión a la vida fraterna en común. Primero, con un grupo de amigos. Todos ellos laicos. Después, con muchos otros.

Este ideal de vida no murió con él, sino que sigue vivo hoy también, porque parte del evangelio, y es fecundo como el amor. Y este modo de vida o espiritualidad agustiniana incluye y exige - necesariamente - todos los valores del evangelio: pobreza y sencillez de vida, amor a los más débiles, comunicación constante con Dios por la oración, amor a la cruz y cargarla, castidad y obediencia a la voluntad del Padre. Todo lo que significó la vida de Jesús. Pero todo ello, en comunidad fraterna. Te repito, en lo que humanamente sea posible o factible.

Toda la vida de Agustín fue búsqueda y encuentro. Búsqueda de Dios y encuentro con él, para seguir buscándolo con más ahínco. Búsqueda del hermano y encuentro con él, para compartir juntos una misma fe en Dios y para Dios, en amor y en una misma esperanza.

¿Te animas a conocer mejor este tipo de vida, o espiritualidad agustiniana, y, ojalá, hacerla tuya? Pues..., pasa la página y acompáñame.

Te presentaré en primer lugar al "actor principal" de toda espiritualidad cristiana. Sin él, sin el Espíritu de Dios, todo intento de vivir la fe en Jesús sería en vano; todo esfuerzo, inútil.

Todos en la Iglesia, precisamente por ser miembros de ella, reciben y, por tanto, comparten la común vocación a la santidad. Los fieles laicos están llamados, a pleno título, a esta común vocación, sin ninguna diferencia respecto de los demás miembros de la Iglesia (Christifideles laici, 16)

Para recordar

•La espiritualidad agustiniana no añade contenidos nuevos a la vida cristiana, sino que es una forma o estilo nuevo. Es una manera de vivir el Evangelio de Jesús.
•Se trata de vivir todo el Evangelio de Jesús, pero haciendo hincapié en la fraternidad o comunidad de vida. Como los primeros cristianos.
•Más todavía: la fe en Jesús tiene necesariamente un sentido comunitario y una proyección fraterna. Es el estilo de Agustín.

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿Conoces algunas formas, - "espiritualidades" - de vivir el evangelio de Jesús? ¿En qué coinciden y en qué se diferencian? ¿Qué tienen y qué deben tener en común?
2. ¿Te identificas con alguna de ellas? ¿Por qué?
3. A primera vista, ¿qué opinas de la espiritualidad agustiniana? ¿Crees que con ella se puede vivir la totalidad del evangelio? ¿Por qué?
4. ¿Piensas que la vida de fe en comunidad de hermanos es un ingrediente necesario para ser verdaderamente cristiano? ¿Por qué?
5. ¿En tu opinión, ¿cómo podría ser y funcionar una vida de comunidad cristiana al modo laical?

Para orar con Agustín

¡Oh, qué agradable es la caridad
que hace vivir a los hermanos en la unidad!
Haz que en mí sea perfecta tu caridad,
y entonces seré amable, pacífico, humilde,
tolerante, y en vez de murmurar, oraré.
Tú bendices a los hermanos que viven en concordia,
y ellos te bendicen con este género de vida.
(In ps. 132, 12-13).
Muchos piensan en sus intereses,
aman las cosas terrenas,
ambicionan autoridad,
sólo les mueve el interés particular.
Yo, si quiero concederte un lugar en mi corazón,
debo gloriarme, no de mi interés particular,

sino del provecho común.
Yo deseo, Señor, tu amistad,
como tú deseas hospedarte en mí; ayúdame
a prepararte convenientemente mi corazón.
(In ps. 131, 3-6).

4 - En el Espíritu

"Más dentro de mí que mi misma interioridad"

En tu vida de fe, nada podrías ser o conseguir sin el poder de lo alto. Sería - valga la comparación - como si pretendieras cruzar de un salto el océano que te separa de otro continente. Y, créeme, no hay salto mayor que acceder a la vida nueva que nos ofrece Jesús. Y es su Espíritu quien nos aúpa y eleva - en sentido metafórico, se entiende - y nos acerca a la fuente de todo amor.

"Es la santidad de tu Espíritu - dice Agustín - que nos eleva más alto por amor de la seguridad, para que tengamos bien aupado nuestro corazón cerca de ti" (Conf. 13, 7, 8).

Es triste reconocer que el Espíritu Santo es el gran ausente en la consideración de muchos cristianos. Y por lo tanto, también en su oración y en el normal desenvolvimiento de su vida cristiana. Si se les preguntara si han recibido el Espíritu Santo al ser bautizados, responderían como los cristianos de Éfeso a Pablo: "Pero si nosotros no hemos oído decir siquiera que existía el Espíritu Santo".

Y, sin embargo, nadie tan presente como él., nadie ni nada más dentro de mí que él. *"Más interior a mí que mi misma interioridad"*, confesaba Agustín. (Conf. 3, 6, 11).

Nada tan presente a ti que tu alma, aunque no la palpes ni la sientas. Nada tan fuerte en tu familia, si las cosas marchan bien, que el amor, aunque no lo veas ni puedas medir su tamaño ni pesarlo. O la mente, y la conciencia, y la voluntad... Todo tan intangible, tan inmaterial, tan impalpable, pero tan real.

¿Te imaginas una vida humana sin el espíritu que la anima? Y aun la vida vegetal. El árbol, por muy sano que esté y por muy hermoso que sea a los ojos de todos, necesita estar plantado en tierra buena, junto a corrientes de agua y con clima apropiado, para que pueda dar el fruto que el campesino espera de él. Nadie ve la savia, pero viene a ser el alma del propio árbol.

Así, tú, hombre o mujer - salvadas las diferencias, que no son pocas ni pequeñas - que eres creyente y has sido llamado a vivir la vida de Jesús.

Un hogar nuevo

Tú, por la muerte y resurrección de Cristo y sin perder tu condición de humano, has sido trasplantado a una tierra que mana "leche y miel". Es un decir, ya lo sé, pero es que me recuerda la tierra prometida por Yahveh a los hijos de Israel al salir de Egipto, tierra de libertad y abundancia, y en la que podrá vivir el pueblo porque Dios estará muy cerca de él.

El bautismo que un día recibiste en nombre del Espíritu, significó para ti una auténtica liberación interior. Dios te sacó de una situación de lejanía y exilio, y te

llevó al hogar donde se está bien, donde todos somos hijos de Dios, y hermanos, y coherededos con Cristo, y miembros de una familia nueva, y en camino siempre hacia la patria común y definitiva.

Ahí o así se dio el salto de que te hablaba al comenzar esta reflexión.

Si era necesario el Espíritu para dar este salto, no lo es menos para vivir en esta nueva realidad, en la que nada, absolutamente nada, puedes hacer o conseguir sin su ayuda. Por ejemplo, crecer y dar fruto, ser testigo de Jesús, convivir con los hermanos, evangelizar..., nada, absolutamente nada. Ni siquiera decir "Señor, Señor" si no te asistiera el Espíritu. Pero, con él, todo.

"Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra" (Hech. 1, 8).

Y testigo, en lenguaje cristiano, es quien, por su fe en Jesús, habla de lo que vive, y vive lo que dice. O aquel que vive de tal manera, - o lo intenta, al menos - que los que lo ven o conocen se preguntan por la fuente de esa manera de ser y vivir. Hasta darse cuenta de que la fuente es el Espíritu que lo habita.

"Dulce huésped del alma"

Es riquísima y abundante la doctrina de San Agustín sobre el don de la inhabitación del Espíritu Santo en nosotros. Baste sólo una muestra: *"El Espíritu de Dios habita en el alma y, por el alma, en el cuerpo, para que también nuestros cuerpos sean templos del Espíritu Santo, don que nos otorga Dios" (Serm. 161, 6)*.

¿Por qué el árbol es frondoso, lleno de vida y generoso en frutos abundantes? Porque desde la raíz más honda hasta la última de sus hojas corre la savia que lo vivifica y alimenta. Si le faltara esta corriente de vida, nada podría producir, nada podría ofrecer. Moriría.

Nuestra savia, en cuanto creyentes, es el Espíritu. No lo ves, no lo tocas, no lo oyes, no lo palpas, pero lo sientes lleno de vida, de fuerza y vigor. Y lo saboreas muy dentro de ti y lo gozas, porque invade todo tu ser.

San Agustín recoge en un breve párrafo varias afirmaciones que hace San Pablo sobre el Espíritu Santo: *"Tu amor se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo que se nos ha dado, y que nos enseña las cosas espirituales, que nos muestra el camino encumbrado de la caridad, que dobla la rodilla por nosotros ante ti, para que conozcamos la ciencia del amor de Cristo" (Conf. 13, 7, 8).*

Ya lo ves: nada podemos sin el Espíritu. El es fuerza y poder, empuje y dinamismo, fuente de todo amor, vida de nuestra vida. *"Algo puedes hacer para nunca morir. Si temes la muerte, ama la vida. Tu vida es Dios, tu vida es Cristo, tu vida es el Espíritu Santo" (Serm. 161, 7).*

Es el alma de este cuerpo vivo que es la Iglesia, el maestro que enseña el único camino y la forma de caminar por él, nuestro valedor - hasta "doblar la rodilla" - ante el Padre. Sin él, todo esfuerzo sería inútil, y toda lucha, en vano. Con él, todo es fecundo. En él hemos sido bautizados; y por él, confirmados en la fe recibida y asumida.

Memoria viva de Jesús

El Espíritu nos recuerda las palabras de Jesús, y sus hechos, y toda su vida. Y este recuerdo se vuelve vida hoy, para ti y para mi, porque nos hace presente a Jesús en cada uno de los momentos de nuestra existencia, en cada uno de nuestros hermanos, en cada gesto de amor, solidaridad y sacrificio generoso de cualquier hombre o mujer de buena voluntad. Y nos enseña lo que tenemos que vivir.

Es el maestro interior: ilumina a quien busca la luz; orienta y conduce a quien quiere caminar, que eso es educar; penetra en quien se abre a él, y le regala los dones de consejo, sabiduría, ciencia, entendimiento, fortaleza, piedad y temor de Dios.

El Espíritu es el don que hace Jesús a su Iglesia una vez muerto y resucitado.

Cuando muere alguien a quien amamos por encima de todo - fuera de Dios, se entiende - permanece muy vivo, por un tiempo, su recuerdo, hasta sentirlo casi presente. Pero todo se va esfumando poco a poco con el tiempo. Por la única razón de que el que murió entró en el pasado; está condenado a seguir muriendo. El presente ya no le pertenece. Mucho menos, el futuro.

Pero en Jesús, no. Al morir, regresa al Padre y trasmite su Espíritu a la Iglesia. Así permanecerá siempre con nosotros: "Como el Padre me envió, así os envío yo. Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo" (Jn. 20, 22).

La carne y el Espíritu

Él, el Espíritu, hace posible nuestra conversión y el perdón de los pecados, nos congrega y nos agrupa en torno a Jesús, mantiene la unión entre los hermanos de la comunidad, es la fuerza que lanza a la Iglesia naciente a la tarea de la evangelización de todos los pueblos y acompaña y guía la acción de los apóstoles.

Sin él, nuestra vida sería una experiencia de muerte, pero con él, la muerte se hace vida, y vida en abundancia, y los frutos de la carne - "fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, iras..., envidias, embriagueces.. " (Gal. 5, 19) dan paso a los frutos del Espíritu: "amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí". (ib 5, 22).

Habita en nosotros, se une a nuestro espíritu, ora en nosotros y intercede por todos. ¡Qué inmensa riqueza ha depositado Dios en nuestras vidas! Una savia que nunca se agota. Un don siempre nuevo. Una fuente permanente de agua siempre viva.

"En este Don tuyo descansamos, en él te gozamos. Nuestro descanso es nuestro lugar. El amor nos encarama hacia allá, y tu Espíritu bueno realza nuestra humildad desde las puertas de la muerte" (Conf. 13, 9, 10).

Se nos da en la lucha

Pero él no lo es todo ni quiere hacerlo todo. Es decir, no quiere suplir la tarea que a cada cual compete en el crecimiento de la nueva vida que él mismo ha dado. En este mundo tenemos sólo - que es casi todo - las "primicias del Espíritu". Las arras, las llama también San Pablo. El resto, muy poco pero necesario, lo tenemos que poner nosotros. Algo así como la semilla llena de vida que necesita el cultivo constante para que pueda germinar, crecer y dar fruto.

Pero la fuerza vital la lleva dentro.

Esta nueva vida, la del Espíritu, se nos da en la lucha, en el combate contra "las obras de la carne". Tienes que arrimar al hombro, y esforzarte, y luchar.

Pero antes, y mientras tanto, es necesario que vivas la experiencia del Espíritu que viene siempre en ayuda de tu debilidad, y se hace tu fuerza, y vida de tu propia vida.

Con palabras de Agustín

Te presento a continuación unas cuantas afirmaciones de Agustín sobre el Espíritu Santo. Hay muchísimas a lo largo de todas sus obras, pero estas, aunque pocas, te darán una idea de la enorme riqueza que, en opinión del santo, es el Espíritu Santo para los que lo han recibido. No he creído necesario señalar las citas correspondientes. A ver qué te parecen:

- El Espíritu Santo es comunión entre el Padre y el Hijo.
- Si no fuera Dios, no tendría templo.
- Él es la promesa cumplida.
- Sólo lo tiene quien permanece en la unidad de Cristo
- Es necesario nacer de él y nutrirse de él.
- Se acerca por la humildad y se aleja por la soberbia.
- El Espíritu Santo es tu vida.
- Es buen huésped.
- Habita en el alma del creyente.
- No lo poseen quienes odian la gracia de la paz.
- Quien posee el Espíritu Santo puede perdonar.
- Es el alma del cuerpo de Cristo, La Iglesia.
- Descansa en el humilde.
- Nos introduce, por el bautismo, en la Iglesia.
- Donde hay Espíritu Santo hay santificación.
- Un mismo Espíritu anima a todos los cristianos.
- Por él amamos a Dios.
- Por él nos regeneramos y nacemos a una vida nueva.
- Es necesaria su ayuda para comprender la Sagrada Escritura.
- Nos guía y actúa en nosotros.
- Nos fortalece para poder tolerar los males presentes.
- Por él recibimos el perdón de los pecados, creemos en la resurrección de la carne y esperamos la vida eterna.

Ahora comprenderás mejor por qué no se puede dar una verdadera espiritualidad cristiana sin el Espíritu de Jesús, de quien dimana, por quien crece, cobra vigor y da fruto, y de quien somos hechos templos.

Los dones del Espíritu Santo exigen cuantos los han recibido, los ejerzan para el crecimiento de la Iglesia, como lo recuerda el Concilio. (Christifideles laici, 24)

Para recordar

•Sin la presencia y acción del Espíritu no es posible la vida cristiana. Como no es posible que el cuerpo tenga vida si le falta el alma.
•Sin él, no podrás crecer en la fe, dar fruto, ser testigo de Jesús, convivir con los hermanos, evangelizar, ni siquiera formular la oración más sencilla y breve.
•El Espíritu, en palabras de Agustín, está más íntimo a ti que tu misma intimidad. Es "dulce huésped del alma". Y, como está en todos los hermanos, nos une en un mismo amor.
•Es también memoria viva de Jesús: Nos recuerda y enseña todo lo que Jesús hizo o dijo. Es el maestro interior, nos regala sus siete dones, acrecienta el amor, reaviva la fe y reanima nuestra esperanza.

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿Qué experiencia tienes del Espíritu Santo en tu vida cristiana? ¿Cuentas con él en tus intentos para ser más y mejor cristiano?
2. ¿A qué se deberá en más de una ocasión el fracaso o el pobre resultado en tu esfuerzo por vivir mejor tu fe? ¿Crees que tu crecimiento en la fe o la mejoría que percibes en tu vida cristiana se debe más que todo a ti? ¿Por qué?
3. ¿Qué sientes en tu interior cuando experimentas la presencia del Espíritu en tu vida?
4. ¿A qué se deben tantos momentos de desánimo, desconsuelo y cansancio en tu vida? ¿Y los momentos de gozo, generosidad y paz interior?
5. Si el Espíritu es el motor de tu vida cristiana, ¿lo mantienes "encendido"? ¿Lo tienes apagado o lo apagas frecuentemente?
6. ¿En qué sentido tu cuerpo es templo del Espíritu Santo? ¿Cuándo y cómo lo expulsas de ti? ¿Cuándo y cómo vuelve a habitar dentro de ti?

Para orar con San Agustín

Oh Dios, ya sólo te amo a ti,
sólo te sigo a ti, sólo te busco a ti,
y solo a ti estoy dispuesto a servir.
Mándame lo que quieras, pero sáname antes
y abre mis oídos para que pueda oír tu voz.
Sana y abre mis ojos para que pueda ver
las indicaciones de tu voluntad;
aparta de mí la ignorancia, para que te conozca.
Dime adónde tengo que mirar para verte,
y confío en que cumpliré fielmente
todo lo que me mandes.
Siento necesidad de volver a ti; ábreme la puerta,
que estoy llamando;
enséñame cómo se puede llegar a ti.

Si te encuentran por la fe los que se refugian en ti,
dame la fe; si por la virtud, dame la virtud;
si por la ciencia, dame la ciencia.
Aumenta en mí la fe, afirma mi esperanza,
acrecienta mi caridad. Amén.

Búsqueda

"Hay que buscar la verdad con empeño para que su encuentro produzca mayor satisfacción. Y hay que disfrutarla sin hastío para seguir buscándola con nuevo afán"
(De Trin. 15, 2, 2)

"La búsqueda de Dios es la búsqueda de la felicidad. Y el encuentro con Dios es la felicidad misma"
(De mor. Ec. cath. 11, 18).

"Dios es el gran desconocido y no se le encuentra más que buscándole. Él mismo satisface al que le busca saciando su capacidad, y aumenta la capacidad del que le encuentra para que tenga que seguir buscándole"
(In Jn. 63, 1)

5. Experiencia Agustiniana

Una de las facetas más conocidas de vida de Agustín es la búsqueda incansable de la Verdad. Casi desde que tuvo uso de razón, pero, particularmente, a partir de su edad adolescente.

Al final, cuando la encontró, resultó que la Verdad, por la que tanto suspiraba, era Dios. Pero antes tuvo que recorrer un largo camino, más de quince años de empeño tenaz, de caídas y errores, y también de pequeños hallazgos que lo impulsaban a seguir preguntándose, inquieto siempre, insatisfecho consigo mismo.

Tenía todo ¿Qué le faltaba a Agustín? Nada. Humanamente, nada. Tenía una familia en la que se sentía muy querido; podía estudiar, algo que en aquel tiempo y lugar era un privilegio reservado a muy pocos; disponía de un grupo de amigos con los que se sentía muy a gusto, con quienes departía pequeñas travesuras, pero, también, momentos muy agradables; pudo trabajar en un profesión que era la suya y le gustaba; era y se sentía admirado por quienes lo conocían, que no eran pocos; afectivamente contaba con el amor de una mujer y el cariño de un hijo; estaba dotado, además, de una inteligencia aguda y brillante; no abundaba en dinero, es verdad, pero tampoco le faltaba. Tenía toda una vida por delante, que adivinaba segura y tranquila.

Entonces, ¿por qué andaba tan inquieto y desasosegado? ¿Qué echaba en falta? ¿Qué sentía dentro de sí o qué alimentaba su ansiedad y su desazón? Ni él lo sabía. Le faltaba Dios, aunque, en ese momento, él no se daba cuenta de ello. Lo reconocerá más tarde, cuando tenga la suerte, o la gracia, de encontrarlo: Y "la Verdad eres tú", reconocerá algún día. (Conf 4, 9, 14).

Vacío por dentro

"Me asqueaba la seguridad y me aburría el camino sin trampas. Interiormente sentía hambre por estar alejado del alimento interior, tú mismo, Dios mío" (Conf 3, 1, 1).

Vivía seguro, y el camino que en aquel momento iba recorriendo era tranquilo, sin contratiempos ni tropiezos. Y eso, que a cualquier otro joven como él le hubiera contentado sobradamente, a él le asqueaba y le aburría. Un vacío grande le iba requemando por dentro. Tenía todo, o de todo, y sentía hambre. Y añade a continuación: "Pero, a pesar de esta hambre, no gozaba de apetito".

Tenía hambre. En ese momento su hambre era sólo inanición, sensación de vacío y ansia insatisfecha, necesidad de alimento, y nada más, aunque ya era mucho. Tanto que es el primer paso o requisito indispensable para aspirar a lo más noble, a lo único que puede llenar del todo las aspiraciones más profundas del hombre.

Tú sabes que el conformismo es siempre paralizante y empobrecedor. A la bestia le bastan tres cosas para quedar satisfecha: cobijo donde guarecerse, alimento para llenar su estómago y pareja para procrear. A nada más aspira, porque nada más necesita.

Te repito que cualquier otro joven hubiera tirado ya la toalla. Agustín, no. Estaba hecho de otra pasta. En su opinión, tenía que haber algo que trascendiera los límites de la familia, que fuera el fundamento de todo saber humano, algo que estuviera más allá o más dentro - ni él lo sabía - de toda realidad humana, que la sustentara y le diera sentido.

Él sabía que las cosas no existen sin más o porque sí. Ni siquiera el hombre. Tenía que haber un porqué a tantas preguntas sin resolver. El río no existe sin la fuente de donde recibe el agua; ni el calor, sin el sol que sale todos los días.

Pero, sobre todo, tenía que haber algo que llenara las necesidades más vitales del hombre, que calmara sus inquietudes más íntimas, que colmara sus anhelos más incontenibles. Algo o alguien que fuera su descanso y su plenitud. La Verdad. Miraba a su alrededor, y no encontraba. Preguntaba, y le respondían con palabras vanas y engañosas. Suspiraba inútilmente. Vivía momentos de placer, y no era feliz.

Comienza la búsqueda

A partir de aquí el apetito por la Verdad iba a ser acuciante y en progresión geométrica, por decirlo de una manera gráfica. Y no buscaba únicamente porque necesitara llenarse de lo que, según él, le faltara. Sino, más bien, porque amaba. Así de claro y así de exigente. Dice el P. Capánaga, uno de los mejores agustinólogos de los últimos tiempos, que en Agustín "no tiene fin la búsqueda, porque no lo tiene el amor".

La búsqueda de Agustín no era la búsqueda del filósofo: intelectual y fría, especulativa y curiosa, racional y teórica; sino la del hombre que quiere conocer sus raíces, su "porqué y para qué está aquí", el porqué del mal y de las limitaciones humanas, amar y ser amado, alcanzar el descanso pleno y definitivo, la Verdad total, es decir, Dios a quien vislumbraba, por quien suspiraba, pero a quien no conocía. *"Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti" (Conf I, 1 1).*

Ya lo ves: el problema no radica tanto en la mente cuanto en el corazón. Es decir, radica en las fibras más íntimas y sensibles del hombre, en su ser vital, ahí donde anidan los sentimientos y donde germinan, crecen y cuajan sus aspiraciones más nobles.

Pero ocurre que, como el corazón necesita ser colmado, al no encontrar aquello que lo pueda llenar del todo, se contenta y solaza a veces con lo que va encontrando a su paso, con momentos de placer exiguos y casi siempre frustrantes.

"El tiempo no se toma vacaciones, ni los días pasan sobre nuestros sentidos sin hacer nada... Paulatinamente se iba colmando mi vacío con mis antiguos placeres" (Conf IV, 8, 13). Pero tampoco aquí encontraba descanso, ya que "mi dolor se iba replegando ante la vuelta de éstos" (Conf IV, 8, 13).

Y busca amar y ser amado en los amigos. Yo no sé si ha habido un santo, un hombre de Iglesia o un simple creyente, que haya valorado tanto la amistad, la haya gozado con tanta intensidad y con una fidelidad a toda prueba. Pero tampoco aquí encontraba descanso. *"Con ellos amaba lo que amaba en tu lugar: un mito colosal y una mentira inacabable" (ib).*

Él mismo reconocerá más tarde que *"la amistad no es auténtica si tú, Señor, no haces de aglutinante entre aquellos que están unidos a ti por medio del amor derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado" (Conf. IV, 4, 7).*

Hasta la fuente

Una vez más, le faltaba Dios. Cada frustración era un acicate para seguir buscando con más tesón; cada tropiezo, un látigo que le fustigaba y le lanzaba hacia metas más altas y difíciles. Nunca desistió en su empeño. ¿Por qué no contentarse con lo que se tiene a mano, con los pequeños o grandes goces de la vida, aunque fuera por caminos equivocados? Esta pregunta no estaba incluida en el acervo o caudal de sus inquietudes.

Por un momento Agustín deja de dirigirse a Dios en sus Confesiones y, hablando desde su experiencia, lanza "un aviso para navegantes". Nos habla a todos y nos dice: *"Pecadores, volved al corazón y adheríos a Aquel que os ha creado. Manteneos en su compañía y alcanzaréis seguridad. Descansad en él y encontraréis sosiego... ¿Qué interés tenéis en seguir sendereando por trochas y vericuetos trabajosos? El descanso no está donde lo buscáis... Estáis buscando la vida feliz en la región de la muerte. No está ahí. ¿Cómo va a haber allí vida feliz, donde si ni siquiera hay vida?" (Conf IV, 12, 18).*

No son consejos de alguien que ha sido un santo desde su niñez. Ni de un convertido a la fe cristiana desde otra confesión religiosa. Ni tampoco de quien ha llegado al sacerdocio y al episcopado después de una juventud más o menos sensata y sana.

Te lo dice quien, sediento siempre de lo mejor, ha probado el agua que manaba de todos los riachuelos que encontraba a su paso. Y nunca quedaba saciado. Por la única y sencilla razón de que en su búsqueda, siempre porfiada, no hallaba la fuente de todos ellos, en que el agua es pura y buena.

No es vana la alusión al símil de la fuente y al agua que de ella mana, puesto que la utiliza el mismo Jesús: "El que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para la vida eterna" (Jn 4, 14).

El orgullo se lo impedía

"Nada de esto sabía yo entonces", añade Agustín. Caminaba perdido dentro de

una selva enmarañada con mil senderos que iban a ninguna parte, sin acertar con el único que tenía salida.

No era lo suficientemente humilde para reconocer que se llega a la luz por el camino de la sencillez; que tenía que apearse de su autosuficiencia y orgullo para abajarse y advertir las huellas de Dios en los pequeños detalles de la vida, en el rostro del hermano que también sufre, en la pobreza de estilo de la Sagrada Escritura, en el cariño limpio de los pequeños, en la generosidad de los que aman de verdad. No era humilde.

"Yo trataba de acercarme a ti, pero sentía que tú me rechazabas, para que saboreara el gusto de la muerte y, además, porque resistes a los soberbios" (Conf V, 2, 2) Tenía entonces unos veintiséis o veintisiete años. Y no se daba cuenta, además, que el camino para encontrar la Verdad comenzaba en sí mismo; que debía arrancar de su propio corazón, y mirar desde allí, con ojos limpios, que son los que mejor ven; pero él miraba desde su mente desparramada en las cosas. A Dios se le ve únicamente con el corazón. Pero él, Agustín, andaba lejos de sí. *"¿Dónde estaba yo cuando te buscaba? Cierto que tú estabas delante de mí, pero, como yo había huido de mí mismo, no me encontraba. ¿Cómo iba a encontrarte a ti?" (Conf V, 2, 2).*

Pero Dios lo iba llevando como de la mano, imperceptiblemente, a veces con sobresaltos, pero siempre con seguridad. Y él se dejaba. Mejor, apenas oponía resistencia. Se iba acercando al final del túnel.

No siempre es verdad aquello de que "el que busca, encuentra". Porque puede hacerlo a medias o equivocadamente. Pero, cuando el objeto de tal búsqueda es Dios, y el camino que se va recorriendo arranca del corazón y no se detiene a pesar de todo, se le encuentra. Me buscaréis y me encontraréis cuando me solicitéis de todo corazón; me dejaré encontrar de vosotros (Jer 29, 13).

Y Agustín ponía ya mucho corazón a su búsqueda. Ya no era sólo curiosidad, ni tampoco la necesidad de encontrar un descanso a sus preocupaciones intelectuales. Se trataba de aquietar el corazón. Aquí, Dios se deja encontrar.

Y seguía preguntándose. O, lo que es lo mismo, seguía buscando. No lograba encajar, por ejemplo, la bondad de Dios y la existencia del mal; el origen del hombre, en cuanto salido de las manos de Dios, y su inclinación "natural" al pecado; el anhelo de felicidad en el hombre con su impotencia y frustraciones consiguientes; la atracción que Dios ejercía sobre él y la querencia carnal que lo empujaba por otros caminos; la alegría de un mendigo y su propia angustia y desdicha; la realidad de la muerte y el deseo de vivir sin un final en el camino.

Y seguía preguntándose. E iba encontrando indicios de la Verdad, indicadores en el camino, pequeños fulgores de la única Luz, belleza y bondad en las cosas y en algunos creyentes que lo iban acercando a la Bondad origen de todo lo bueno.

> *La vida según el Espíritu, cuyo fruto es la santificación, suscita y exige de todos y de cada uno de los bautizados el seguimiento y la imitación de Jesucristo. (Christifideles laici, 16)*

Para recordar

- Agustín tenía de todo, pero le faltaba el TODO, Dios. De ahí su sensación de vacío permanente.
- El hombre desea ardientemente ser feliz, luego tiene que haber algo o alguien que satisfaga o colme ese deseo. Luego, hay que buscarlo. Como Agustín.
- Buscaba a Dios con la mente, pero más con el corazón. Deseaba conocerlo y ansiaba poseerlo o ser poseído por él.
- Deseaba también "amar y ser amado". No podía vivir sin el amor de los amigos.
- Se iba acercando a Dios en la medida en que iba rebajando su orgullo y se revestía de humildad. Dios se revela a los humildes y sencillos.

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿A qué aspiras tú en la vida? ¿Qué sientes que te falta? ¿Con qué te contentas? ¿Eres feliz con lo que eres o tienes?
2. ¿Cuáles son tus inquietudes más profundas o qué es lo que más deseas en esta vida? ¿Qué haces para calmarlas o para encontrar lo que más deseas?
3. ¿Te desanimas fácilmente o sigues buscando a pesar de todo?
4. ¿Compartes con otros – como lo hizo Agustín – tus inquietudes, necesidades y esperanzas?
5. ¿Qué lugar ocupa la oración en esta búsqueda? ¿Y el estudio?
6. Dices que has encontrado a Dios, pero ¿te llena? ¿Encuentras en él el sosiego que necesitabas y el impulso para seguir buscando con más ahínco

Para orar con Agustín

Señor, yo soy tu siervo y el hijo de tu sierva.
Has roto mis cadenas
y voy a ofrecerte un sacrificio de alabanza.
Que te alaben mi corazón y mi lengua.
¿Quién era yo y cómo era yo?
¿Qué no hubo de malo en mis hechos,
o si no en mis hechos, sí en mis dichos,
y si no en mis dichos, sí en mi voluntad?
Pero tú, Señor, fuiste bueno y misericordioso
al explorar la profundidad de mi muerte
y al desecar con tu derecha
el abismo de mi canceroso corazón.
Todo el fondo de del problema estribaba en esto:
en dejar de querer lo que yo quería
y en comenzar a querer lo que querías tú.

¡Qué dulce me resultó de golpe
carecer de la dulzura de mis frivolidades!
Eras tú quien las iba alejando de mí.
Mi espíritu estaba libre ya de las angustias
inquietantes que entraña la ambición, el dinero,
el revolcarse y rascarse la sarna de las pasiones
Y platicaba contigo, Señor Dios mío,
claridad mía, mi riqueza y mi salvación.
(Conf. 9, 1, 1).

6 - Encuentra y sigue buscando

Su encuentro con la Palabra

Pero, al fin, encontró el sendero - que no era poco - que lo iría sacando de la selva de tantas dudas sin resolver y de tantos intentos fallidos. Encontró la luz adecuada para salir entre tanta maleza. La Palabra de Dios fue para él luz y sendero a la vez.

"Así pues, tomé con toda avidez las Santas Escrituras de tu Espíritu, con preferencia el apóstol Pablo, y fueron desvaneciéndose todos aquellos problemas en que a veces me parecía descubrir contradicciones e incoherencias" (Conf. VII, 21, 27).

Ya no buscaba tanto creer en Dios, cuanto descansar en él. Dios estaba fuera de toda duda. La búsqueda agustiniana emprendía ahora otros derroteros. No se trataba ya de hallar respuestas, sino de qué hacer para ir al encuentro de la Verdad hallada. Comenzaba a caminar con el corazón, no tanto con la mente, que se contenta o calma muchas veces con verdades a medias o con respuestas que a nada comprometen.

Porque para Agustín, la Verdad era también, y sobre todo, fuente de vida. Y para saciar su sed en esta fuente que manaba en lo alto de la montaña, había que echar por la borda el peso inútil de sus apetitos y vanidades, ponerse en camino y aligerar el paso. "Estaba seguro de que era mejor entregarme a tu amor que ceder a mis apetitos. Lo uno me agradaba y vencía, lo otro me apetecía y me ataba... No sólo el ir, sino también el llegar allá no consistía más que en querer ir, pero quererlo vigorosa y totalmente, y no andar con la voluntad medio anquilosada ni en continuo zarandeo de acá para allá" (Conf 8, 8, 19; 11, 25).

Ahora sí sentía hambre y sed. Y sabía ya dónde estaba el alimento y el agua buena y abundante. Un alimento que nunca mermaría por mucho que lo consumiera, y un agua que manaría siempre. "El que coma de este pan vivirá para siempre", había dicho Jesús (Jn 6, 51), y "el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás" (Jn 4, 13).

Así describe Agustín este momento de su vida: *"Yo decía para mis adentros: ¡Rápido! ¡Ya! ¡Ahora mismo!, y de la palabra ya me encaminaba a la acción. Ya estaba casi a punto de hacerlo, pero no lo hacía. Volvía a intentarlo de nuevo, y ya me quedaba un poquito menos, cada vez menos. Ya casi tocaba la meta con los dedos, ya casi era mía (la Verdad)" (Conf 8, 11, 25).*

Hacía más de quince años que había emprendido un camino sin retorno, aunque con desvíos y tropiezos, y estaba llegando al final de una etapa que él vislumbraba cercana. Al alcance casi de la mano.

"Deus semper maior" [1]

Un último empujón, y... la meta. Como los buenos atletas. Y allí se topó con la Luz total, con la Verdad sin engaños, con la Bondad y la Belleza, con el Amor sin límites y sin medida. Se topó con Dios. Más bien, fue Dios quien salió a su encuentro. Se encontraron los dos. Y fue feliz. Para siempre.

Y, ¡pásmate!, a pesar de eso siguió en búsqueda, siempre, más y más. Incansable y tenaz. Si ya había encontrado la Verdad por la que tanto había suspirado y sufrido, ¿por qué seguía buscando? Los buscadores de oro - y valga una comparación tan baja - en cuanto encuentran una pepita, buscan la veta, y luego el filón, y después todo lo que la mina pueda contener. Insaciables. El "Deus semper maior" de Agustín es el "Dios siempre un poco más allá". De ahí que el camino para llegar a él se llame inquietud, y el fin de cada etapa sea el principio de otra, y siempre "el buscar para encontrar" termine en "el encontrar para buscar". Porque en cada recodo del camino Dios se hace el encontradizo y también el huidizo.

Como el horizonte en un día claro y lleno de luz. Lo tienes casi al alcance de la mano y vas al punto más alto de la montaña para atraparlo. Y, una vez allí, lo ves también cercano, pero un poco más allá. Siempre cercano y hermoso, y siempre inalcanzable. Así, salvadas las diferencias, Dios.

Agustín se repite a sí mismo, al mismo tiempo que nos invita a todos, diciendo: "Busquémosle para hallarle, busquémosle después de hallarle" (In Jn 63, 1). Y cumplió a cabalidad con esta consigna a lo largo de toda su vida, hasta el encuentro definitivo con Dios, en la paz del reposo, la paz del sábado, la paz sin ocaso. (Conf 13, 35, 50).

En busca del hermano

Y busca también al hombre como camino para llegar a Dios y para hacer de él un hermano y un amigo; para construir juntos, en la medida de lo posible, una comunidad donde Dios fuera la única riqueza y patrimonio común; donde el amor fuera la ley fundamental; y no hubiera necesitados, sino comunicación de bienes; y la oración creara comunión, y hubiera unidad a pesar de las diferencias.

Y si el otro fuera enemigo, lo busca para alcanzar la reconciliación. Si pobre, para compartir con él lo que tiene. Si extraño, para acogerlo como hermano y amigo. Busca al otro, porque sabe que es un camino, el mejor, para llegar a Cristo.

"Pero tú, que no ves a Dios todavía, te harás digno de verlo amando a tu prójimo. Amando a tu prójimo limpias tus ojos para ver a Dios... Ama tu prójimo, pues, y contempla dentro de ti mismo la fuente del este amor al prójimo; aquí verás a Dios en la medida en que te capacites para ello" (In Jn 5, 7).

En el otro descubre el rostro de Dios; y a Dios, dice, se le honra, cuando se honra al hermano. Busca también al hermano porque necesita amar y ser amado. Y

[1] "Dios es siempre mayor"

para servir. Era lo suyo: "Mi corazón arde, pero no sólo por mí; ansío estar al servicio del amor fraterno" (Conf XI 2, 3).

Agustín, eterno buscador. Es un decir. Si prefieres, buscador siempre, porque amaba sin límite ni medida. Al menos lo intentaba con todas sus ganas.

Dentro de sí

Y buscador también dentro de sí mismo. ¿Te extraña? En el caso de Agustín, no. Es un maestro en interioridades, un buceador de sí mismo, conocedor de sus miserias humanas, pero también de su propia grandeza.

Porque el hombre, para Agustín, si por una parte es pozo insondable, enigma y misterio, por otra - la que vale - es "moneda de Dios" que lleva impresa su imagen, "grande maravilla", "absolutamente más sublime que todo el mundo". Y mil piropos más.

A pesar de ello, - dice Agustín - *"los hombres salen a hacer turismo para admirar las crestas de las montañas, el oleaje imponente del mar, el fácil y copioso curso de los ríos, los giros de las estrellas. Y, sin embargo, pasan de largo de sí mismos. No hacen turismo interior" (Conf 10, 8, 15).*

Se dirige a sí mismo, y se pregunta: *"¿Tú quién eres? Y me respondí: Hombre". No encuentra elogio mejor. Y se adentra dentro de sí para caminar consigo mismo, día a día, rastrea sus propias huellas, se mira y observa, y se da cuenta de que, al conocerse, va recorriendo un camino que lo llevará al conocimiento de Dios: "Dios, que eres siempre el mismo, conózcame a mí, conózcate a ti" (Sol 2, 1, 1).*

Esta ha sido, muy a grandes rasgos, la experiencia agustiniana en su camino de búsqueda de Dios, del hermano y de sí mismo. Termino con unas palabras del santo: *"El precio del amor eres tú mismo. Búscate, pues, y encuéntrate. Y tras encontrarte, date a ti mismo" (Serm 34).*

> *La Iglesia sabe que todos los esfuerzos que va realizando la humanidad para llegar a la comunión y a la participación, a pesar de todas las dificultades, retrasos y contradicciones causadas por las limitaciones humanas, por el pecado y por el maligno, encuentran una respuesta plena en Jesucristo, Redentor del hombre y del mundo (Christifideles laici, 7)*

Para recordar

- Agustín buscaba a Dios para descansar en él. Lo encontró y fue feliz. Nunca más buscó la felicidad en otros cauces de aguas siempre contaminadas. Lo decía él.
- En adelante, Dios sería, para él, la verdad plena y la fuente inagotable de su vida. ¿Lo es también para ti?
- Dios estaba con él, pero también "siempre un poco más allá". De ahí que toda su vida fue un camino de encuentro y búsqueda.
- Esta es una de las notas características de la espiritualidad agustiniana. Un verdadero programa de vida para todo creyente, mucho más para el laico "agustiniano".

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿Echas en falta a Dios? ¿En qué momentos o circunstancias?
2. ¿Dónde o por qué caminos buscas a Dios? ¿Crees que son los más adecuados? ¿En qué momentos? ¿Para qué lo buscas?
3. Si Dios es un tesoro para ti, ¿lo has encontrado ya? ¿En qué lo notas?
4. Si lo has encontrado, ¿te guardas para ti solo la buena noticia? Si la comunicas, ¿a quién lo haces?
5. ¿Qué Dios buscas cuando vas a la oración? ¿No será que en la oración te buscas, más bien, a ti mismo? ¿Y si crees que lo has encontrado, qué efecto produce en ti (paz, gozo, incomodidad o descontento, satisfacción, deseos de seguir buscándolo)?
6. ¿Crees que el hermano, quienquiera que él sea, es un camino para buscar y encontrar a Dios? ¿Por qué?

Para orar con San Agustín

¡Oh Verdad, luz de mi corazón,
que no me hablen mis tinieblas.
He ido deslizándome en estas realidades de aquí
y me he quedado a oscuras.
Pero incluso desde ellas, sí, desde ellas,
te he amado intensamente.
Anduve descarriado y me acordé de ti.
Detrás de mí oí tu voz que me gritaba que volviese,
pero apenas pude percibirla
debido al alboroto de los que no poseen la paz.
Y ahora, mira, vuelvo
sediento y anhelante a tu fuente.
Que nadie me corte el paso.
Voy a beber en ella y voy a vivir de ella.
Que no sea yo mi propia vida.
He vivido mal al querer vivir de mí.
He sido personalmente el causante de mi muerte.
En ti estoy comenzando a revivir.
Háblame tú, charla conmigo.
He dado crédito a tus libros,
y sus palabras son muy sabias.
(Conf 12, 10, 10).

7. Tarea de todo creyente

Es tu turno ahora. Quiero decir que, conocida la experiencia de Agustín a quien deseas imitar, te toca a ti iniciar o seguir una andadura parecida.

Vacilante, pero seguro

La fe es un camino. O, si prefieres, una manera de caminar. Da lo mismo. Es un caminar a través de muchas oscuridades y penumbras, de muchos miedos y dudas.

Con seguridad, eso sí, pero con pies vacilantes porque nunca acaba de clarear del todo el día y el sendero es sinuoso y estrecho, muy cuesta arriba en ocasiones, gratificante en otras, y nunca fácil y espacioso.

Pero es seguro, "más que nada en este mundo". Es seguro porque es el único que lleva a la Vida. No hay otro. "Entrad por la entrada estrecha, dice Jesús, porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha es la entrada y qué angosto el camino que lleva a la Vida!, y pocos son los que la encuentran" (Mt 7, 13-14).

Ya lo ves: además de angosto, es difícil dar con él. Y único. Es preciso, pues, buscarlo. O ¿es que ya lo has encontrado? Habrías dado, entonces, un primer paso, necesario e indispensable, para seguir las huellas de Jesús. Pero ten en cuenta que encontrarlo no significa sólo saber dónde está o cómo se llega a él, sino reconocerlo como tuyo, asumirlo y empezar a transitarlo.

A Agustín le costó más de quince años dar con él, y eso que buscaba con empeño constante. Pero él no conocía el desánimo o el cansancio. Unicamente los cobardes optan por lo más fácil y cómodo. Se contentan con las pequeñas satisfacciones que encuentran a lo largo del sendero y sin que les cueste mayor esfuerzo. Se dejan llevar por la vida, como la hoja que arrastra la corriente, y no la hacen ni la empujan, aunque sea contra corriente, hasta llegar a la fuente si fuera preciso.

Pero los decididos e inquietos son otra cosa. Arriesgan y se exponen. Saber perderse para ganarse de nuevo. Tienen madera de campeones. Porque hay que ser un campeón para ganar el Reino, aunque se llegue en el pelotón de cola. "El Reino de los Cielos sufre violencia, y únicamente lo esforzados lo arrebatan" (Mt 11, 12).

Y para llegar a él es necesario recorrer un camino. Obvio. Pero, ¿cuál es o dónde está?

Inherente al hombre

El hombre es un animal curioso, en el sentido mejor de la palabra. Le gusta y necesita indagar y escudriñar las cosas y los acontecimientos, quiere averiguarlo todo, y se da cuenta también de que, cuanto más sabe y conoce, más le falta por saber y conocer. Encuentra, y se pone a buscar de nuevo.

Salvo los conformistas y comodones. Ellos se buscan a sí mismos y se quedan satisfechos con las bellotas que encuentran a la vera de su camino. No les importa el porqué de las cosas, sino cómo llenar el estómago y sus apetitos más rastreros.

Pero el hombre, el que lo es de verdad, si es, además, creyente, se ve impulsado siempre a una búsqueda mayor; o más profunda. A lo largo y ancho de su existencia

se abre un campo inabarcable. El hombre es una mina sin fondo. Un abismo insondable, en palabras de Agustín.

El buen cazador rastrea las huellas que deja la pieza que persigue hasta dar con ella y gozar con su captura. Y el científico investiga y comprueba los indicios que lo van llevando al encuentro de lo que busca, a veces a lo largo de muchos años, y al fin lo halla, y se llena de júbilo, y lo da a conocer para beneficio o utilidad de todos. O quizás para compartir una experiencia gratificante. Que no es poco.

Por donde quiera que extiendas tu vista descubrirás vestigios de alguien que ha pasado por ese lugar.

Así el creyente: siempre caminando, siguiendo huellas siempre nuevas, siempre llegando, y vuelta a empezar de nuevo para seguir avanzando y llegar algún día a la meta final. Te lo dice Agustín a su modo y manera: *"Somos caminantes, peregrinos en tránsito. Debemos, pues, sentirnos siempre insatisfechos con lo que somos si queremos llegar a lo que aspiramos. Si nos complace lo que somos, dejaremos de avanzar. Si lo creemos suficiente, no volveremos a dar un paso más. Sigamos, pues, marchando, yendo hacia adelante, caminando hacia la meta". (Serm. 169, 15, 18).*

Más y más preguntas

Dices que eres creyente, pero ¿qué significa creer? ¿Te has puesto en situación de preguntar o investigar en qué, en quién y por qué crees? La fe es respuesta a la palabra de Dios que se te ha revelado y se te ha acercado en Jesucristo; pero, ¿qué podrías decir acerca de Dios? ¿Y de Jesucristo? "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?", preguntaba Jesús a sus discípulos (Mt 16, 15). Te lo pregunta también a ti.

Preguntas y más preguntas. Pero, recuerda: si tu pregunta surge del corazón, estás ya en búsqueda. Más todavía, te coloca en el camino que te irá llevando al encuentro de lo que echas en falta. Si el que tiene sed en el desierto se preguntara dónde habrá un pozo de agua para llegar hasta él y no morir, ya estaría poniendo alas a sus pies para lanzarse en su búsqueda. La sed le empujaría a buscar con ansia el pozo que, por lo que sea, adivina cerca. Le va la vida en ello.

¿De qué le sirve al hombre escudriñar todos los secretos de la creación - tarea ciertamente hermosa -, si no busca al que ha creado todo lo que existe? ¿De qué te sirve averiguar dónde están las claves para ser feliz, si no buscas a quien es la fuente de la misma felicidad?

"Desventurado el hombre que sabe todas las cosas y no os conoce a Vos, y bienaventurado el que os conoce a Vos, aunque las ignore". (Conf 5, 4)

Y muchos porqués

¿Por qué temes un futuro incierto para ti, si no buscas al que es el eterno presente, al que es vida de tu vida, camino y final feliz? ¿Por qué te lamentas de tus fracasos y de los reveses de la vida, y te deprimes y lloras, si no levantas la cabeza y pones alas a tus pies, y sales en búsqueda de quien es la fuerza en tu debilidad, el amor fiel, la mano siempre tendida, el perdón generoso, el compañero de camino y aun el mismo camino?

Y si amas de verdad, con amor generoso, sacrificado y entero, - y no dudo que así será - ¿por qué no buscas al Dios que es el origen y fundamento de todo amor,

para que el tuyo sea consistente y a prueba de todo, fecundo y hermoso?

Y si te preocupa tu salud y tienes miedo a la muerte - cosa, por otra parte, natural, con la obligación consiguiente de procurar tu curación y no morir -, ¿por qué no buscas al que es la salus, en latín, es decir, la salvación para todos y la vida plena, interminable y feliz?

Si admiras la belleza de todo lo creado, y te complace la bondad que abunda por todas partes, y gozas con el amor que das y recibes, y te agrada la verdad cuando la encuentras, y saboreas momentos de felicidad aunque sean fugaces..., ¿por qué no buscas al que es la misma Belleza, la Bondad suma, el Amor en sí mismo, la Verdad que nunca falla y la Felicidad para todo hombre?

Ya ves que el campo de búsqueda de Dios es muy amplio y que es preciso recorrerlo a lo largo y a lo ancho para encontrarte en él y ser feliz.

En busca del hermano

En Agustín, la búsqueda de Dios es también búsqueda del hombre. O al revés. Lo mismo da. No podía vivir sin el hermano, no entendía la vida sin que fuera fraterna, ni la fraternidad que no partiera de Dios, ni menos un Dios que no fuera amor.

Se accede Dios por el hermano. Como se accede a la meta colocada en lo alto de la montaña por el sendero que a ella va conduce. Tú sabes que el camino - así, con artículo determinado - es Cristo. No hay otro. Pero sabes también que si das un vaso de agua al que tiene sed, de comer al que tiene hambre, visitas a un enfermo, acoges al forastero, a Cristo das, visitas y acoges, aunque en tu mente sólo esté la imagen del menesteroso (Mt 25, 37-39)

Es decir, por el hermano se llega a Cristo, y por Cristo al Padre. Luego es preciso buscar también al hermano. Y hermano es todo hombre que Dios ha puesto en tu camino. Y también el que está más lejos. Particularmente el más débil, el más indefenso.

Transcribo por segunda vez unas palabras de Agustín: *"Pero tú, que no ves a Dios todavía, te harás digno de verlo amando a tu prójimo. Amando a tu prójimo limpias tus ojos para ver a Dios... Ama a tu prójimo, pues, y contempla dentro de ti mismo la fuente de este amor al prójimo; aquí verás a Dios en la medida en que te capacites para ello" (In Jn 17, 8).*

Busca al hombre, como Agustín, para encontrarte en él. Para compartir lo que eres y tienes. Para formar una fraternidad en el amor y, ojalá, una verdadera comunidad de vida. Como los primeros testigos de Jesús.

Busca al hombre por el hombre mismo, porque te necesita y tú necesitas de él. Con la generosidad de un amor gratuito; a fondo perdido, aunque nunca será tal; con el deseo de que él encuentre su camino y lo recorra con la dignidad que le es propia y sea protagonista de su propia historia; para construir con él la paz entre todos y luchar juntos por la justicia.

Y dentro de ti

Y busca dentro de ti. También por aquí se encuentra a Dios. Es uno de los caminos que presenta Agustín con más insistencia. Lo siguió él y le fue bien. De momento, y como anticipo de lo que diremos más adelante, ahí van estas palabras

del santo: *"Explora y reconoce lo que hay dentro de ti. Tus vestidos y tu carne te son externos. Desciende a tu intimidad, baja a la cámara secreta de tu conciencia. Si te exilias de ti mismo, ¿cómo podrás acercarte a Dios?" (In Jn 23, 10)*

> *Es la inserción en Cristo por medio de la fe y de los sacramentos de la iniciación cristiana, la raíz primera que origina la nueva condición del cristiano en el misterio de la Iglesia…, la que está en la base de todas las vocaciones y del dinamismo de la vida cristiana de los fieles laicos (Christifideles laici, 9)*

Para recordar

- El que busca a Dios lo encuentra. Mucho más si lo hace con el corazón. Es decir, con amor. "Buscarás al Yaveh tu Dios; y le encontrarás si le buscas con todo tu corazón y con toda tu alma" (Deut. 4, 29).
- Se le encuentra en la Palabra. Ahí está la fuente de la verdadera espiritualidad cristiana. ¿La lees con frecuencia? ¿La escuchas con amor?.
- A Dios se le encuentra, pero nunca se le posee del todo, nunca se le conoce del todo. De ahí la necesidad de seguir bucándolo siempre. Incansablemente. Como Agustín.
- Se le encuentra también en el hermano. Es el camino mejor para llegar al Padre. Y es el punto de encuentro con Cristo.
- Y dentro de ti. Recuerda que eres templo del Dios vivo. Adéntrate.

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿Si la fe es también camino, ¿cómo lo vas recorriendo? ¿Qué haces cuando te asaltan las dudas y ciertos desánimos?
2. ¿En qué te apoyas para seguir caminando? ¿Qué esperas encontrar al final del camino? ¿Por qué
3. Si el hermano es también camino para encontrar a Dios, ¿qué haces para recorrerlo? ¿En qué sueles tropezar y quizás caer?
4. ¿Te has ejercitado en el camino de la interiorización para encontrarte con Dios que te habita? ¿Qué experimentas entonces?
5. ¿Sientes hambre y sed de Dios? ¿En qué lo notas?
6. Hay hambre de Dios en el mundo. Al menos, mucha necesidad. ¿Qué haces con esta clase de hambrientos o necesitados? ¿Estarías en disposición de aportarles tu propia experiencia?

Para orar con San Agustín

Todo mi deseo está puesto en ti,
y de ti espero conseguir los medios
para secundar mi voluntad.

Si tú me abandonas, bien perdido estoy;
pero tú no abandonas a nadie,
porque eres el bien supremo,
y nadie te ha buscado con recto corazón
sin que te haya encontrado.
Pero sólo te han buscado con recta intención
aquellos a quienes tú has concedido esta gracia.
Haz, oh Padre, que yo te busque;
presérvame de error;
haz que al buscarte nada me salga al encuentro
en lugar de ti.
Y puesto que no deseo otra cosa que a ti,
haz, te suplico, Padre, que te encuentre.
Si en mí hay algún otro deseo inútil,
purifícame de él y hazme capaz de verte. Amén.
(Sol. I, 1).

8. Dios

De Dios y para Dios

Tú y yo, y todos, hemos sido creados por Dios y para Dios. No has aparecido en este mundo por generación espontánea, ni tus primeros padres fueron una pareja de primates, ni eres tampoco el punto final de una larga y lentísima evolución que echó a rodar por sí misma al principio de los tiempos.

Vienes, ciertamente, de tus padres, pero el primer eslabón de la cadena humana arranca de Dios. Y te creó, no por un capricho de los dioses de que se habla en los manuales de la mitología antigua, sino porque te amaba aun "antes de la constitución del mundo" (Ef 1, 4). Pensó en ti, te amó, podía hacerlo y te formó.

Y te creó para él. Ni siquiera para ti mismo. Mucho menos para otras metas menos nobles. Y no porque a él le hagas falta para algo. De eso, nada. Te creó para que fueras feliz en él, ahora y en una vida sin fin, e hicieras felices a los demás. Para que vivieras en armonía con su voluntad. Te creó para su gloria, pero sabiendo que, como dice San Ireneo, la gloria de Dios es el mismo hombre. Tú eres su gloria.

Así se explica que el deseo de Dios esté inscrito en el corazón de todo hombre. En tu propio corazón. Un tanto apagado en ocasiones; otras, despierto y vivo. Siempre está ahí.

Consciente o inconscientemente, anhelas sentir su cercanía, verlo si fuera posible, vivir para él y con él en plenitud y totalidad, sentirte siempre amado, gozar y ser feliz sin miedos ni término. Más todavía, serás feliz y harás felices a los demás en la medida en que guardes y vivas esta búsqueda y relación con Dios.

La creación no fue un hecho aislado por parte de Dios: te creó, te lanzó a este mundo y se desentendió de ti. Todo lo contrario. Te creó y no cesa de atraerte hacia sí, y sólo en él encontrarás el descanso que no cesas de buscar.

Atraído, pero no traído

Eres atraído por él como las partículas de hierro por el imán colocado muy cerca de ellas y que "se mueven inquietas hasta que no llegan a él".

Como la aguja de la brújula que busca siempre el norte y no descansa hasta que se posa en su sitio. O como el árbol que hunde sus raíces en la tierra atraído por la humedad que necesita, y se "siente siempre insatisfecho" hasta que encuentra el agua que busca.

Con la diferencia de que Dios te atrae, pero no te trae. Es decir, no te coacciona, no te fuerza a nada, no te empuja quieras o no, sino que te invita o tira de ti, pero respetando siempre tu autonomía personal o tu libertad.

Pero si no lo buscas - eso sí con entera libertad -, para encontrarte con él, sino que te desparramas hacia las cosas porque también tiran de ti, andarás desquiciado. También, como la puerta que, por muy hermosa que sea o bien fabricada que esté, si estuviera fuera de su quicio, no serviría para nada. Ni siquiera de adorno.

De ahí que tu primera tarea sea buscar tu quicio o tu centro de gravedad y dejarte atraer por él. En ello te va la vida, aquí y más allá. Recuerda una vez más las palabras de Agustín: *"Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti"*.

Nada extraño te estoy proponiendo, ya que la búsqueda es inherente a todo hombre. En el animal, también, pero en un nivel muy rastrero. El animal busca alimento, pareja y un lugar donde cobijarse. Poco más. Con eso se queda tranquilo, no digo feliz, porque nada más necesita.

El hombre, no. El hombre necesita siempre algo más, y lo echa en falta, aunque no sepa qué. Nunca está plenamente satisfecho con lo que es, hace o tiene. El hombre noble y cabal, el hombre-hombre, no confunde placer con felicidad, ni dinero con plenitud, ni hacer "lo que me da la gana" con la verdadera libertad, ni ciencia con sabiduría.

No todos sienten y obran así. Me refiero a los de espíritu rastrero, a los que la altura de sus ideales y deseos no levanta un palmo de sus necesidades biológicas. O poco más.

Una primera pregunta para iniciar tu camino de búsqueda: ¿Dónde está tu centro de gravedad, que es Dios mismo? ¿Cómo llegar a él? ¿Qué tendrías que dejar para lanzarte en su búsqueda? ¿Qué medios tendrías que emplear?

Tu propia búsqueda

Quiero suponer que tú tienes referencias más o menos claras de que Jesús es el Camino, además de la Verdad y la Vida. Tienes noticias de lo que hizo por ti y de lo que te ofrece. Sabes que, a cambio, te pide que le sigas. Pero - ojalá me equivoque - no encuentras la manera de sacudir tu flojera, levantarte y ponerte a caminar. Se está tan bien con un puñado de bellotas para llevarte a la boca y un cobijo para dormir...

Si no encuentras "la manera", busca. Y cuando la encuentres, busca también por dónde ir. Y, después, con quién. Y cómo. Y con qué medios. Y el porqué de tus pequeños o grandes desánimos. O de tus caídas. Busca también saber lo más posible acerca de Dios, de ti mismo, de los otros. Y el modo de llegar a ellos. Busca siempre. Eso es todo.

Es lo propio, además, de todo aquél que quiera ir al encuentro de Cristo al estilo de Agustín. Y por Cristo, al Padre, meta final y definitiva de todo creyente.

Más preguntas

¿En qué nivel de fe te encuentras? O, lo que es lo mismo, ¿a qué punto del camino has llegado? Y otra: ¿Estás contento y satisfecho con lo ya logrado, hasta decir, como Pedro en el Tabor, "¡qué bien se está aquí!", y no bajar de la montaña para subir a Jerusalén, cargar con tu cruz y morir a tantas cosas, para resucitar con Cristo y tus hermanos a una vida nueva?

Te lo decía antes: Toda pregunta que se hace desde el corazón es ya búsqueda inquieta y sincera. Y como el corazón humano es insaciable con las cosas transitorias o perecederas, su único descanso es Dios. Conoces ya el testimonio de Agustín.

Dios no está lejos de ti, sino muy cerca. Como no lo estaba lejos de Agustín, sino muy dentro de él. Vives en él, te mueves en él y existes en él. ¿Cabe mayor cercanía? Está en ti, dentro de ti. Y está en el hermano, particularmente en el que sufre. En su Palabra y en la Eucaristía. Y en las maravillas de todo lo creado. Y en los acontecimientos de cada día. Y en el clamor de los pobres. Y en el amor de los que te aman de verdad. Y en tu familia. Y en todo. Basta abrir los ojos del corazón para verlo.

"Él creó... todo el linaje humano, para que habitase sobre toda la faz de la tierra ... con el fin de que (los hombres) buscasen a Dios, para ver si a tientas le buscaban y le hallaban; por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros; pues en él vivimos, nos movemos y existimos" (Hch 17, 26-28)

Y otras: ¿Qué idea tienes de Dios? ¿Cómo lo buscas? ¿Con qué intenciones? ¿Para conseguir qué? ¿Y no será que muchas veces te contentas con un dios chiquito, a la medida de tus deseos, solución fácil para tus problemas de todos los días, un "dios-todo-lo-puede y solucionalo-todo", un juez que castiga a los malos y premia a los buenos, entre estos, tú?

¿Buscas a un dios formado a tu imagen y semejanza, hechura tuya a tenor de tus necesidades y miedos no confesados o a un Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo?

¿Ateos?

Hay quien dice - y no anda errado del todo - que para dar con el Dios vivo y verdadero, antes habría que hacerse ateo. No te asustes ni te escandalices. Ateo, en este caso, sería aquél que se ha ido despojando de un cúmulo de imágenes deformadas que han ido configurando en su mente y también en su corazón un dios falso, totalmente ajeno al Dios del evangelio, al Dios vivo y verdadero.

No es extraño, aunque sea triste, que haya en nuestro entorno tantos que se proclaman y sean ateos. Es que no se puede creer en una caricatura o en imágenes deformadas de Dios que aprendieron en su niñez: un Dios justiciero, ausente de los acontecimientos de este mundo, culpable en gran medida de nuestras miserias porque no las remedia, objeto de culto nada más, legislador más que vida para todos, exigente y temible, etc.

"Si piensas en Dios con categorías carnales, tu mente se convertirá en una fábrica de

ídolos" (In Epist. Jn. 40, 4)

Repito la pregunta: ¿Qué Dios estás buscando? Permíteme que te ofrezca algunas claves sencillas que puedan ayudarte en esta tarea.

Riesgo y aventura

No busques al Dios-seguro-a-todo-riesgo. De eso, nada. Ya se arriesgó del todo por ti en su Hijo Jesucristo. Ahora eres tú quien debe asumir el riesgo de avanzar hacia él por el camino de la fe y el amor. Dios es seguridad, es verdad, pero no es un cheque en blanco que, hagas lo que hagas, garantizará tu supervivencia.

Busca, más bien, al Dios que te lanza a la aventura de una vida nueva, que te coloca a la intemperie en un mundo deshumanizado para que, con su ayuda y presencia, lo humanices, que te pide vivir en la sencillez y desprendimiento de las cosas sin asirte a nada que no sea él.

Es un Dios que te dice "rema mar adentro", y "carga con tu cruz y sígueme", y "no todo el que diga Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos", y "bienaventurados cuando os insulten y os persigan por mi causa", y "el camino que lleva a la vida es estrecho".

Y podría seguir con muchas citas más del Evangelio y de todo el Nuevo Testamento. Quiero solamente añadir unas palabras de Agustín: *"Lucha y trabaja, que ningún atleta es coronado sin sudor y sin esfuerzo. Y la vida es eso: un gimnasio, una lucha, un certamen" (Serm. Morin 1, 2).*

Pero, "no temáis, yo he vencido al mundo" y "yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". Te lo dice Jesús. Esta es tu seguridad

Padre, pero no paternalista

No busques tampoco un Dios providencialista más que providente. Dios no es - te lo decía antes - un arregla-todo, la única solución a todos tus problemas, ni una yaya que te tiene siempre en sus brazos para que nada malo te ocurra.

Es otra imagen deformada de Dios que ha paralizado el dinamismo de muchos hombres y ha matado las iniciativas de otros. "Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti", dice con toda razón Agustín.

Hay una Providencia divina, pero no una humana providencia.

El Dios providente es el que ha puesto el mundo en tus manos y te ha dado la fuerza y los medios necesarios para seguir transformándolo; que te apoya en tu empeño de superación constante y te acompaña en tu caminar siempre difícil.

Es el Dios que te ha regalado su misma vida para que tú la pongas también al servicio de los demás, y te comunica "con derroche" su amor, lo hagas tuyo y con él trabajes por un mundo más humano y más justo. Es el que sostiene tu esperanza en medio de tantos contratiempos y alimenta tu fe para que la compartas con otros.

Pero recuerda también que tú eres providencia de Dios para tantos y tantas que necesitan un pedazo de pan, una porción, aunque pequeña, de justicia, y amor del bueno.

Tú haz lo que puedas. El resto corre por cuenta de Dios. Pero ten en cuenta que puedes mucho más de lo que te imaginas. Y no por ti mismo, sino por la fuerza que el mismo Dios ha puesto en ti. Esto se llama también Providencia.

"Dios no manda cosas imposibles, sino que al mandar te amonesta para que hagas lo que puedas y pidas lo que no puedas" (De nat. et grat. 43, 50).

Por otra parte, Dios no te quita la cruz que tanto te pesa, pero te da espaldas anchas y fuertes para cargarla. Esa es también su providencia para contigo. ¿Te parece poco?

Y tampoco un comodín

No busques tampoco un Dios comodín para encajar las piezas de una historia personal que no acabas nunca de integrar. Es decir, si Jesús te dice que no se puede servir a Dios y al dinero, tú..., a los dos, que para eso sirve el comodín. Dicho en refrán muy conocido: para "poner una vela a Dios y otra al diablo", y así quedar bien con este último personaje y con la conciencia acallada.

Y con un comodín en casa puedes desdoblar tranquilamente tu personalidad o hacer de ella compartimentos distintos y aun opuestos: eres uno en el templo al que no faltas ningún domingo, y otro en tus negocios, no importa cómo se hagan. Ya llegará el domingo para empatar de nuevo. *"¿Buscas a Dios en la Iglesia o te buscas a ti mismo?"(Serm. 137, 9)*

Robas y engañas, te aprovechas de los más débiles, adulteras y eres infiel en tu matrimonio, o cometes cualquier otro pecado, pero ya te confesarás para reconciliarte contigo mismo - que no con Dios - sin propósito de enmienda. Y tan tranquilo.

Dios no se acomoda a la vida de nadie. Más bien, invita al hombre a que se acomode a él. Nos invita a configurarnos con Cristo, y a tener sus mismos sentimientos, y seguirle hasta el final, sin fisuras ni repliegues.

"Una parte de ti mismo busca a Dios. La otra está encadenada al mundo. Y ambas luchan entre sí. Únete, pues, a Dios y unifícate en ti mismo. Lucha sin descanso, hasta que logres conquistar esa parte de ti que se resiste a Dios" (In ps. 63, 9).

El Dios de Jesús

Busca al Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo. ¿Quién y cómo es? Es tarea tuya averiguarlo, como también mía. Abre la Biblia, en particular el Nuevo Testamento y preferentemente el Evangelio, y lo sabrás por el mismo Jesús, porque "nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar" (Mt. 11, 27).

Lee, reflexiona, saborea, guarda la Palabra y medítala, como María, y déjate llenar por ella. Pero hazlo con sencillez y humildad, sin juicios previos ni posturas ya tomadas y mantenidas. Ábrete al Espíritu y déjate conducir por él. Y encontrarás a Dios.

> *El hombre es interpelado en su libertad por la llamada de Dios a crecer, a madurar, a dar fruto. No puede dejar de responder; no puede dejar de asumir su propia responsabilidad (Christifideles laici, 5/9)*

Para recordar

- Vienes de Dios, vives para Dios y vas hacia Dios. No es otro el origen de tu vida, ni otro el camino ni otra la meta de tu existencia.

• Eso sí: Dios no te fuerza a nada. Te invita y te atrae. Eres tú quien debe optar libremente por él y caminar hacia él.
• Si optas por otras metas, andarás desquiciado y no serás feliz. Porque Dios es "el centro de gravedad" de tu vida.
• Toda pregunta que se hace desde el corazón es ya búsqueda, y también encuentro. Búsqueda de la felicidad y la felicidad misma. Es una experiencia profundamente agustiniana.
• Es necesario despojarse de muchas imágenes falsas de Dios y creer en el Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo. Es el único que salva.

Para la reflexión y el diálogo

En el texto que acabas de leer hay bastantes preguntas o interrogantes que te pueden servir para reflexionar y dialogar.

En tu reflexión personal o en grupo pueden surgir otras preguntas más apropiadas quizás.

Para orar con Agustín

¡Oh Señor! haz que, fundado en tus promesas,
crea en lo pasado, conozca lo presente
y espere en lo porvenir.
Tú eres ahora mi esperanza;
mi esperanza digo y no mi herencia;
serás mi posesión cuando llegue
a la tierra feliz de los que viven.
Estar unido a ti es la vida;
alejarse de ti es la muerte segura.
Me cobijo bajo tus alas protectoras:
ampárame y llévame contigo.
Sí, tú también llevas a los pequeñuelos.
Los conducirás hasta su vejez.
Sólo apoyándome en ti soy fuerte;
de mí sólo tengo enfermedad y flaqueza.
Ampárame Señor.

9. Tres caminos

No conseguirías llegar a la cima de la montaña más alta si no conocieras los distintos caminos que a ella te puedan llevar. Te perderías entre los matorrales, o en el bosque sin senderos ni espacios claros.

Y si hubiera un solo camino, habría maneras diferentes de ascender por él a la cumbre: como científico que va investigando el origen, el porqué y para qué de todo lo que va encontrando, o como poeta que goza con la hermosura de todo lo que ve,

o como simple caminante. Y otras.

Maneras distintas, todas ellas válidas y hermosas, para acercarte a la cima, gozar y descansar en ella.

Dios es la cima de todo y la montaña misma. En la medida en que vas ascendiendo hacia él, ya estás en él. Por dondequiera encuentras huellas de su paso. Buscas la luz que te va guiando y que será plena allá arriba. Y el descanso de tantas fatigas. Y la seguridad definitiva, la bondad de todo y para siempre, y la fuente de la felicidad que tanto ansías.

Agustín, andariego de muchos caminos, nos propone, de momento, tres para ir hacia Dios. O mejor, tres maneras de caminar. Cada una de ellas responde a otros tantos aspectos de los muchos con que aparece ante nuestros ojos la imagen de Dios.

Te recuerdo, antes de seguir adelante, que Dios, porque es simplicísimo, no puede ser seccionado en facetas y aspectos múltiples. Él es, en sí y por sí, la Unidad. Y, por serlo, es la Belleza, la Bondad, el Amor. Todo inseparable, todo uno. No son aspectos separables de su ser, sino que todo es una y única realidad.

Pero el hombre, dada su limitación y su escasa capacidad intelectual - aunque grande por ser un don espléndido de Dios - tiene que separar, tiene que dividir, para ir viendo poco a poco, lo que es Uno.

Por otra parte, Dios, porque es inmenso, es inabarcable. Y porque es inabarcable, las manos del hombre no lo pueden asir, ni el entendimiento "comprehender". Como el horizonte en un día claro y luminoso. Te lo decía antes: por mucho que te acerques a él, no podrás atraparlo con tus manos ni encerrarlo en tu mente pequeña; ni siquiera tocarlo. Apenas contemplarlo, que ya es mucho y, quizás, la manera mejor de conocerlo.

Agustín propone, entre otros, tres caminos o maneras de caminar para ir llegando al conocimiento y contemplación de Dios. O al mismo Dios. Presenta a Dios como principium nostrum, lumen nostrum, bonum nostrum. Es decir, Dios como principio nuestro, luz nuestra, bien nuestro. O, lo que es lo mismo, Dios autor y origen de todo, la verdad y la luz interior que a ella lleva, y la fuente de toda felicidad.

Te invito a conocer y recorrer cada uno de estos caminos.

Principium nostrum. Origen de todo.

"Si Dios es la sabiduría por la que fueron creadas todas las cosas, el verdadero filósofo es el amante de Dios" (De civ. Dei 8, 1). Filósofo, por etimología, es el amante de la sabiduría; y, como la sabiduría, en últimas y para Agustín, es Dios, el hombre busca a Dios, a quien ama, a través de las cosas creadas.

Estas vienen a ser peldaños que te van llevando al autor de todo. Nada existe para sí ni por sí sólo. Al menos en un primer momento. Porque, en un segundo momento, la naturaleza, una vez salida de las manos de Dios, sigue su curso y, por la fuerza que le fue dada y a veces con la intervención del hombre, va recreándose día a día.

El amor a la verdad lleva al filósofo, y todo creyente lo es, a buscar la razón y los porqués de cuanto existe, al principio y origen, donde aparece, no sólo la potencia creadora, sino el amor que lo funda todo.

Ya no se pone en juego únicamente la curiosidad intelectual para conocer fríamente el origen de las cosas, sino la búsqueda insaciable de una voluntad primera y firme que es, ante todo, AMOR, para unirse a él.

"Os amo, Señor; no dudo y estoy seguro de ello. Heristeis mi corazón con vuestra palabra y os amé. El cielo y la tierra y todo cuanto en ellos se encierra, de todas partes me dicen que os ame; ni cesan de decírselo a todos, de suerte que no tienen excusa... De no ser así, tanto el cielo como la tierra pregonarían tus alabanzas a sordos". (Conf. 10, 6, 8).

Puedes contemplar el mundo con ojos de científico. Si te mueves con espíritu noble, sin prejuicios tontos ni miras bastardas, podrás dar con el autor de todo. *"Esta es toda la ciencia del hombre: el saber que nada es por sí mismo y que todo lo que es, lo es de Dios y para Dios". (In ps. 1, 1).*

Lo puedes hacer con ojos de poeta, y así gozar con lo que ves y saborear la belleza que contemplas en la naturaleza. La belleza de un cuadro te mueve a buscar la firma de su autor. Contemplas la armonía de color y sonido del valle y los montes cercanos, y concluyes que alguien superior a ti y a todo hombre la ha creado o la ha ido formando a lo largo del tiempo con la paciencia y delicadeza del mejor de los artistas.

La belleza de todo lo creado te lleva a buscar al que es la BELLEZA suma. *"La hermosura del universo es como un libro. Contempla, examina, lee lo que hay arriba y abajo. No hizo Dios letras de molde para que le conocieras, sino que puso ante tus ojos las criaturas. ¿A qué buscas testimonio más elocuente? El cielo y la tierra te están gritando: "Somos hechura de Dios" (Serm. Mai 126, 6).*

La naturaleza es buena. Como es bueno todo lo que ha salido de las manos de Dios. Así lo refleja la Biblia cuando se refiere al hecho de la creación. Y si ahora aparece deteriorada en sus ríos y en sus bosques, en el aire que respiramos y en la capa de ozono que es ya agujero, es porque el hombre, en lugar de ser un re-creador, es un depredador de todo lo que Dios ha puesto en sus manos.

A pesar de muchos deterioros, abundan los destellos de una belleza siempre virgen y los vestigios de una bondad increada, pero comunicada y presente en todo lo que nos rodea y que el hombre tiene que rastrear y descubrir.

Agustín, una vez más, es maestro experimentado en esta tarea. Venteó incansablemente las huellas que iba dejando a su paso el autor de cuanto existe.

Pregunté a la tierra y contestó: "No soy yo". Pregunté al mar y a los abismos y a los vivientes que nadan en ellos, y respondieron: "No somos tu Dios: búscalo sobre nosotros". Interrogué al aire y dijo con todos sus moradores: "No soy tu Dios". Pregunté al cielo, al sol, la luna y las estrellas: "Tampoco somos nosotros el Dios que buscas". Todas claman: "Él nos hizo" (Conf 10, 6, 8-9).

Lumen nostrum. La luz de la Verdad

El animal se deja llevar por impulsos. Su instinto le va indicando el camino a seguir para defenderse y sobrevivir en un ambiente hostil, procrear y comer. Su capacidad intelectual es chata. No se pregunta nada. En su vida no hay verdades ni mentiras, sino necesidades satisfechas o no. O poco más.

El hombre es otra cosa. Además de animal, es inteligencia y voluntad, es reflexión y pensamiento, razón y juicio. Y una de las diferencias más notorias con

el animal es su capacidad para preguntar y preguntarse, y su convicción de que necesita de una luz - luz de toda otra luz - para andar por la vida con criterios firmes y principios sólidos.

El espíritu humano se mueve en el ámbito de una serie de verdades absolutas, necesarias y universales. Desde las verdades matemáticas y geométricas, hasta las metafísicas. La ley de la gravedad, la dimensión de los cuerpos, "nada se puede amar si no se conoce antes", las cosas existen, la muerte es el fin de la vida,... Todo eso lo entiendes tú, y el chino o el esquimal que vive a muchos miles de kilómetros, el hombre de ayer y de hoy.

"El conocimiento de unas mismas verdades dentro de la inmensa variedad de gentes y razas, dice el P. Capánaga, es un fenómeno que cautivó a Agustín ya en su primera elucubración filosófica, y movió a algunos filósofos a suponer que todos los entendimientos, es decir, todos los hombres, tienen un entendimiento único, que en todos ve las mismas verdades, que se hacen universales. Pero no; cada persona posee su propio entendimiento, aunque hay una fuente única para todos ellos". (Buscando a Dios con San Agustín, Ed. Augustinus, pag 27).

Hay, tiene que haber, una Verdad que fundamenta todas las demás, o una Luz que ilumina nuestro entendimiento para que podamos conocer las verdades humanas necesarias y universales.

Agustín, como todo hombre si se lo propusiera, supo ascender hasta la Verdad primera, hasta la Luz de toda luz. Y allí encontró a Dios. *"Donde hallé la Verdad, allí encontré a Dios, que es la misma Verdad". (Conf. 10, 26, 35).*

Y nos invita a recorrer el mismo camino con el fin de encontrar la Verdad, amarla y gozar con ella: *"Te prometí demostrarte, si te acuerdas, que había algo que es superior a nuestra mente y razón. Ahí la tienes; es la misma Verdad. Abrázala, si puedes, gózate con ella y alégrate en el Señor, que colmará las aspiraciones de tu corazón" (De lib. arb. 2, 13).*

Bonum nostrum. Nuestro Bien

Sal a la calle y pregunta a la gente si quiere ser feliz. Ninguno - a no ser los pasotas de todo, los resignados, los desilusionados de la vida y también algún que otro despistado - te dirá que para qué, que ni siquiera vale la pena pensar en ello. Que no.

Fuera de estos casos - y una vez más la excepción confirma la regla - el hombre, todo hombre y mujer, desea ser feliz. Y cuando "la cosa va en serio", no hay momento de placer, por intenso que sea, que lo satisfaga del todo. Además de que nunca es pleno, siempre está latente el miedo a perderlo y a que le siga otro momento, mucho más largo, de desencanto y frustración.

El hombre, lo mismo que el ciervo de los salmos, es un eterno peregrino hacia las fuentes de agua que pueda satisfacer la sed que lo quema por dentro y por la que suspira día y noche.

Todos queremos vivir mejor, no sufrir nunca, amar y ser amados, gozar de todo y con todos, no tener miedo a nada ni a nadie, tener éxito en todo lo que nos propongamos, vivir felices "en una vida sin fin". ¿O no?

Y esto es así porque hay algo grabado en el interior del mismo hombre con

trazos indelebles, inscrito en su mismo ser, que lo hace sentirse siempre necesitado y siempre impotente. ¿Qué ocurre, entonces? Algo le falta, y ese algo tiene que existir y en alguna parte tiene que estar.

El niño llora cuando tiene hambre o ganas de comer. Es su forma de pedir. Desea algo que necesita, algo que, aunque no sepa qué, tiene que existir para su crecimiento y desarrollo. Simplemente, para ser hombre. Y los ojos necesitan de luz para poder ver. Y si no, ¿para qué los ojos?

Todo ser humano, de hoy y de siempre, adulto, joven y maduro, anhela ser feliz. Hay en él una fuerza que es deseo incontenible y nunca saciado. *"Todo hombre sin excepción quiere ser feliz. No hay quien no lo quiera, y esto por encima de todas las cosas; más aún, todo cuanto se quiere va encaminado a ese fin" (Serm 306).*

Y esto es así por voluntad del mismo Dios. O dicho con otras palabras y en interrogante: ¿Habría que admitir que Dios ha creado al hombre con deseos truncados y necesidades vitales que nunca podrían saciarse y con vocación únicamente para el sufrimiento al no poder descansar nunca en algo estable, pleno y definitivo? Si Dios es amor, que lo es, imposible.

Luego, concluye Agustín y con él nosotros, tiene que existir la felicidad plena y definitiva, la vida feliz, y también, necesariamente, quien la proporcione. Es decir, Dios. *"El seguimiento de Dios es la búsqueda de la felicidad y su posesión la felicidad misma". (De mor. Eccl. cath. 1, 11, 28)*. Cualquier otra cosa, por muy buena que sea, es perecedera. Luego, no sería fuente permanente de nada.

Ahora bien, en esta búsqueda de la felicidad no te quedes a medio camino. Es decir, en momentos de gozo que pasan siempre, en actos de placer que nunca llenan, en una vida tranquilizada y con una conciencia acallada. Recuerda lo del burro: pienso para hoy, paja para dormir esta noche y temperatura-ambiente.

Tu futuro definitivo es Dios, que ya está presente en ti. Pero también es tu hoy; es decir, puedes ser feliz, aquí y ahora, en lo que humanamente cabe, y cabe más de lo que te imaginas, si conectas con él, como tu fuente, y si trabajas por hacer felices a los demás.

Dios y los demás se hacen un solo sendero para caminar en pos de la VIDA. La hallarás y descansarás.

> *Sin duda la formación espiritual ha de ocupar un puesto privilegiado en la vida de cada uno, llamado como está a crecer ininterrumpidamente en la intimidad con Jesús, en la conformidad con la voluntad del Padre, en la entrega a los hermanos en la caridad y la justicia (Christifideles laici, 59)*

Para recordar

- Cristo es el único camino para llegar al Padre. Sin embargo, dada nuestra condición humana, hay distintas maneras de caminar, formas diferentes para ir hacia Dios.
- Una de ellas, a través de contemplación de las cosas creadas. Nada existe por sí sólo; tiene que haber alguien que, al menos en un primer momento, lo haya lanzado a la existencia.

•La belleza de todo lo creado es un canto al creador. El creyente, lo mismo que Agustín, ama la naturaleza, la respeta, la defiende y la va re-creando permanentemente.
•Dios es la Verdad primera, la Luz sobre toda luz, el fundamento de todo lo que existe. En él no hay engaño, oscuridad o duda.
•El encuentro con Dios es la felicidad misma. Dios es el único bien que permanece y satisface plenamente las ansias más vitales del hombre.

Para la reflexión y el diálogo

1. Cuando quieres encontrarte con Dios, ¿qué caminos emprendes? ¿Dentro de ti? ¿A través de las cosas? ¿En el hermano? ¿En los libros? ¿En los acontecimientos que ocurren? ¿En el dolor y sufrimientos propios o ajenos?
2. ¿Qué te dice la naturaleza de todo lo creado? ¿Acostumbras a contemplarla con curiosidad, respeto y admiración? ¿Qué encuentras en ella? ¿Qué te dice la armonía, el orden y belleza que ves en ella?
3. ¿Sueles preguntarte el porqué y para qué de todo lo que Dios ha creado? Si es así, ¿a qué conclusiones llegas?
4. En ti hay una insaciable de felicidad. ¿Qué buscas para saciarla? ¿A qué fuentes acudes? ¿Te hacen, en lo que cabe, feliz o te sirven sólo para lograr momentos de placer y diversión?
5. ¿Qué lugar ocupa Dios en la búsqueda de tu felicidad? Uno es feliz en la medida en que hace felices a los demás. ¿Cuál es tu experiencia en este sentido?

Para orar con San Agustín

¿Cómo, pues, os busco, Señor?
Porque cuando os busco, Dios mío, Busco la vida feliz.
Búsqueos yo, para que viva mi alma.
Busco la vida feliz.
Porque mi cuerpo vive de mi alma
y mi alma vive de Vos (Conf. 10, 23, 29).
Señor y Dios mío,
da alegría al alma de tu siervo,
porque en ti ha puesto su esperanza
y hazle sentir esa alegría hasta ser elevado a ti.
(Serm 311, 14).
Sólo tú puedes hacerme feliz,
porque solamente el bien que procede de ti
es verdadero bien.
Sé tú, Señor, mi herencia,
porque tú eres el que me sustentas y conservas;
y que sea yo posesión tuya,
a fin de que tú me gobiernes y dirijas
(In ps. 5, 1)

10. Cristo, camino y compañero de ruta

Como comprenderás, no pretendo encerrar en unas brevísimas páginas toda la abundante y riquísima doctrina de Agustín sobre Jesucristo. Ni siquiera sobre Cristo Camino. Obvio. Entre otras razones, porque no quisiera encontrarme en la playa de cualquier mar a un niño intentando meter toda el agua del mar en el hoyito que acaba de hacer en la arena, y echarme, así, en cara mi pretensión.

Quiero presentarte sólo dos rasgos de Jesús, si así se puede hablar, que Agustín suele comentar con cierto detenimiento y énfasis, y que te pueden ayudar a ir mejor hacia Dios y encontrarte con Él. Con Cristo buscamos al Padre, y lo encontramos en él: Cristo, Camino y compañero de ruta.

Te advierto, en primer lugar, que Cristo es algo más, mucho más, de lo que puede ser un mapa de carreteras donde aparece señalado el camino mejor para llegar al lugar deseado. Y mucho más también que un guía de turismo que acompaña al viajero inexperto por una ruta desconocida, que quiere gozar de lo que ve y regresar sano y salvo a su casa.

Todo es luz

Cristo es el camino y el compañero de ruta en un viaje que nos lleva hasta el Padre, meta final para todos. Porque el sendero, cuando lleva a la Vida, es duro y difícil, empinado y estrecho, con tentaciones y sobresaltos. Nada se hace fácil cuando la debilidad del hombre es grande y la meta le supera.

Y porque la tarea es ardua, él se hace camino. Camino de ida y vuelta. Vino del Padre, se hizo uno más entre los hombres, y vuelve al Padre llevando sobre sus hombros a los hombres nuevos de todos los tiempos.

"Descendió buscando a sus conciudadanos, y se hizo uno de tantos. ¿Cómo descendió? Tomando forma de esclavo. Tomando la forma de esclavo. Anduvo aquí entre nosotros el Dios-Hombre; con nosotros se igualó en la condición humana, conservando con el Padre su divinidad..., y nos dijo; ¿Qué hacéis aquí?... Trabajemos, volvamos. ¿Por dónde volvemos? Yo me extiendo a vuestros pies, yo me hago camino. Seguidme" (Denis 20, 9).

Desde entonces la vida del hombre ya no es laberinto. Desde entonces el hombre encuentra trochas y atajos siempre abiertos. Desde entonces la fe es camino de luz en un mundo que, cuando es de pecado, sólo nos ofrece tinieblas, y es también puente para salvar muchos vacíos que la vida nos brinda.

Caminar es fácil cuando la vida es simple y vulgar; es decir, cuando las aspiraciones son enanas y los ideales nobles casi no existen. Y también cuando las esperanzas son pequeñas o casi no se dan. Cuando se vive apenas de ilusiones, más que de ilusión única y mantenida, y de vanidades que frustran porque se desinflan al menor contratiempo. Cuando se vive sólo de pequeñas necesidades cotidianas que hay que satisfacer, pero que no exigen mayor esfuerzo.

Caminos cerrados

Cuando esto sucede, el camino - si es que es tal - se hace corto y cómodo. Se va por atajos, pero no se avanza. Todo está al alcance de la mano. Porque la ley, la ley suprema, es la del mínimo esfuerzo. El matrimonio, por ejemplo, mientras dure. El

amor, hasta cierto punto. El sacrificio, no vale la pena, se rehuye. El trabajo, un mal necesario. La fe, un consuelo o un paño caliente. Dios, para ciertos momentos. El otro, un competidor o, si todo va bien, un compañero para sentirme mejor.

Y tampoco hay camino cuando el hombre hace del mundo - en su intención, claro está - su casa permanente. No hay adónde ir, ni siquiera caminos, porque ya estamos en ella. ¡Qué bien se está aquí! No hay lugar para la trascendencia. Ni falta que hace. Y el hombre, el que puede, hace de este mundo un bunker: ahí se encierra, ahí goza, ahí se defiende de potenciales enemigos, ahí muere. Y no germina ni produce nada. Todo muere con él. Como todo era para él, al desaparecer de este mundo, nada queda. Y ocurre también, muchas veces, que el hombre se hace camino de sí mismo. Él es, o se hace, la medida de sí mismo; y la meta de sus aspiraciones y deseos no va más allá de sus necesidades más apremiantes o de otras muchas creadas para engordar su yo. El camino interior termina donde comienza el bienestar personal o los momentos de placer. No vale la pena ir más allá.

En estos casos, él, el hombre, es punto de partida y de llegada. Si va hacia el otro, lo hace para retornar a sí mismo después de haber conseguido lo que pretendía: un favor, un beneficio personal, amor, placer, aceptación o aplauso. El otro es un trampolín para trepar o un baúl de donde sacar algún provecho.

Y sucede lo mismo en el camino que el hombre emprende hacia Dios con el único fin de arrancarle la solución a todos sus problemas o la concesión de una ayuda eficaz para cualquier necesidad. Como si Dios fuera una de esas máquinas automáticas de las que sacas un paquete de cigarrillos o una bebida cualquiera después de introducir la moneda señalada y de apretar el botón indicado.

Dios no sería, entonces, el final de un camino, sino un punto de retorno hacia ti. A ti, a través de Dios. “Que no se haga tu voluntad, sino la mía”. Ir hacia Dios para aprovecharse de Él. También aquí, como en todo camino, hay amor. Pero es un amor cerrado, que termina donde empieza; amor del malo, puro y simple egoísmo, nada generoso, ni gratuito.

Todo es relativo. Uno es lo absoluto.

Pero viene Jesús y trastoca todo. El hombre no es para sí mismo, sino para Dios. Y, por eso mismo, para los demás. Nada hay absoluto en este mundo, aunque todo, o casi todo, sea estupendo. Nada. Todo es relativo. Ni la salud, ni el dinero, ni la familia, ni siquiera la propia vida. Nada tiene valor absoluto.

El verdadero camino pasa de largo por todas estas cosas, sin despreciarlas, más bien amándolas y valorándolas, y se dirige hacia lo único absoluto. A Dios, meta final, horizonte de todos, vida de nuestra vida.

Por eso, un enfermo es tan persona como otra cualquiera, y un pobre también. Y hay quien renuncia a la propia familia para servir más y mejor a la causa del Evangelio. Y la vida se tiene y crece en la medida en que se entrega.

Pero el camino, aunque sea hacia lo absoluto, se hace pisando la tierra por donde pasas. Con los pies en el suelo. Porque del barro de esta tierra hemos sido moldeados, y somos de la familia humana, que es carne también, y en este mundo hemos sido plantados para germinar, dar fruto y morir.

Un pueblo en marcha

La historia de la salvación es la historia de un pueblo en camino. Abraham y su gente se puso en camino para iniciar una andadura que no terminaría nunca, salvando distancias geográficas - Egipto, éxodo, desierto, tierra prometida, deportaciones, vuelta a casa, nuevas deportaciones y nuevos regresos - pero, sobre todo, poniendo en marcha, en cada momento, el corazón de creyente y la fe del que ama. Y la fe y el corazón de todo un pueblo.

Los caminos de Dios son muchas veces desconcertantes. "Mis caminos no son vuestros caminos" dice el Señor, pero llevan siempre a la posesión de lo prometido. Ponerse en camino supone siempre renuncia y desarraigo, coraje y cierta dosis de espíritu aventurero. Pero, sobre todo, mucha confianza, total confianza, en el Dios que llama e invita a seguirle.

Y es que todo camino es seguimiento y liberación. Israel sale de Egipto, cruza el mar, se lanza al desierto y experimenta lo que es "marchar con su Dios" (Miq 6, 8). Desde entonces, el creyente vive en éxodo permanente. Éxodo que no es evasión, sino ruta que purifica y libera, y, en el caso de Israel y de cada cual, constitución del pueblo y maduración en la fe de todo creyente.

Por este mundo transita nuestro camino. Somos peregrinos en un éxodo nuevo. Pero peregrino no es el que va de paso, sin más, con la mirada puesta únicamente en el término de su viaje, sino quien, sin acampar de manera estable en un lugar para fijar allí su residencia, vive la realidad que pisa, la asume, intenta mejorarla, y sigue caminando.

Únicamente aquí, en este mundo, tiene sentido la fe; en la meta no tendrá razón de ser, y desaparecerá. Y la fe es caminar entre seguridades e incertidumbres, entre espacios luminosos pero también de tinieblas, con desánimos y nuevos empujes. Es luz y fermento, fuerza y empuje, vida y muerte, y vida de nuevo.

En este éxodo - liberación, cimentación de su fe, fermento, muerte y vida - el creyente está siguiendo a alguien que camina al frente y que, además, se hace camino, Cristo. *"Yo me hago camino, yo seré vuestro fin. Seguidme"*, en palabras de Agustín.

Fe y vida

Porque Jesús se hace camino y camina con nosotros, la fe del creyente es vida nueva, es decir, una pascua siempre renovada. Porque el creyente, el que vive de la fe, camina y pasa de la esclavitud a la libertad, del pecado a la gracia, de la muerte a la vida, del yo al hermano, de la instalación a la precariedad, de las tinieblas a la luz.

Así lo entendieron los primeros cristianos. San Lucas dice que Saulo pidió cartas al Sumo Sacerdote "para la sinagoga de Damasco, para que si encontraba seguidores del Camino, hombres y mujeres, los pudiera llevar atados a Jerusalén" (Hech 9, 2).

Seguidores del Camino. Seguidores de Jesús. Son los creyentes de las primeras comunidades cristianas. Porque se trata del "Camino nuevo y vivo, inaugurado por Cristo para nosotros", dice el autor de la Carta a los Hebreos (10, 20).

Los primeros creyentes tienen conciencia de haber encontrado el verdadero camino, y también de que este camino no es un estilo de vida sin más, una manera

de ser, una serie de normas, sino una persona, Jesús.

Lo primero lo entendían los fariseos: "Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de Dios" (Mt 22, 16). Ellos intuían que Jesús proponía tan sólo una nueva forma de observar y cumplir la Ley, que era su camino, pero lo segundo, que la nueva Ley se llamara Gracia, y que con ella se inauguraba un camino nuevo, que era el mismo Jesús, no cabía en su mente cerrada y obtusa.

"Y adonde yo voy ya sabéis el camino. Le dice Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino? Le dice Jesús: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí" (Jn 14, 5-6).

Jesús es el Hombre Nuevo, la Alianza definitiva que se establece en el éxodo, un camino abierto al amor gratuito y que termina en el encuentro con el Padre, que a su paso por este mundo va construyendo un Reino de justicia, amor y paz, de verdad y vida, de santidad y gracia, en el que caben todos los hombres de buena voluntad, con tal de que sean sencillos y humildes, como Él, y se comprometan a "echar una mano" - mejor, las dos; y todo lo que es y tiene - para ayudar al hermano que camina con él.

Así lo entendió también Agustín: *"Nuestros pasos en este camino son el amor de Dios y del prójimo. El que ama, corre, y el que con más fuerza ama, con mayor ligereza corre, y cuanto más frío es el amor, con mayor pereza se mueve en el camino. Y, si no ama, está inmovilizado en él" (Mai 12, 2).*

Ama y camina

Ya lo ves: camina únicamente el que ama. Y el camino será o se hará, en tu caso, según lo que ames.

Y entonces, sólo entonces y por pura lógica - la lógica del Evangelio, que es contundente, aunque a los ojos del mundo parezca muchas veces contradicción y paradoja - si estás en el Camino, ya has llegado, aunque la carrera no esté del todo consumada. Entonces, en la meta final, ya no habrá camino, todo será encuentro feliz, descanso y gozo.

¿Qué es llegar, en el proyecto de Jesús, sino, también, seguirle, ser su testigo en las realidades de este mundo, acogerle a Él y a quien lo envía, ser sus amigos y ya no siervos, y vivir como resucitados con Él? Todo hombre desea la verdad y la vida, pero no todos saben el camino hacia ellas... *"Por eso Cristo, que era la Verdad y la Vida, se hizo también el Camino. Camina, pues, por el hombre y llegarás a Dios. Yendo por él, llegas a él... Camina con las costumbres, no con los pies, que incluso con pies sanos quedes extraviarte... Es mejor ser un cojo en el camino que un buen corredor fuera de él" (Serm 141, 4, 4).*

> *Unidos a Cristo y constituidos en el Espíritu "testigos" de Cristo Resucitado, los fieles laicos son hechos partícipes tanto del sobrenatural sentido de fe de la Iglesia, cuanto de la gracia de la palabra. Por su pertenencia a Cristo, Señor y Rey del universo, los fieles laicos participan en su oficio real y son llamados por Él para servir al Reino de Dios y difundirlo en la historia. (Christifideles laici, 14)*

Para recordar

•Cristo se hace camino y compañero de ruta en un viaje que nos lleva al Padre. "Nadie va al Padre sino por mí". Fuera de él no hay salvación. Es el único mediador.
•El hombre se pierde cuando se hace camino de sí mismo; es decir, cuando se busca únicamente a sí mismo.
•El viaje por este mundo no es para pasar de largo por él, sino para ir construyendo en él el Reino de Cristo, un Reino de amor, justicia, paz, bondad y vida.
•No puede haber, por tanto, divorcio entre fe y vida, sino integración necesaria. Ama y camina. "Camina por el hombre y llegarás a Dios"

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿Qué te sugieren las palabras de Jesús: Yo soy el camino? ¿Hay otros caminos para llegar al Padre? ¿Por qué?
2. ¿Te queda fácil dar con este camino? ¿Qué dificultades encuentras en tu vida para seguir a Cristo? ¿Cómo las superas? ¿O te desanimas fácilmente?
3. ¿Qué experimentas cuando tomas otros derroteros en tu vida? ¿Adónde te diriges cuando caminas por ellos? ¿Cuáles tus metas y tus aspiraciones?
4. ¿Y qué experimentas cuando optas por seguir a Cristo-Camino? ¿Cansancio, gozo, esperanza, desánimo, seguridad...?
5. ¿Qué sientes al encontrarte con otros hermanos que caminan contigo? ¿Qué haces para que su andadura sea menos pesada, animosa, firme y decidida?
6. ¿Pasas de largo por la vida o trabajas para mejorar lo que ves en tu entorno? ¿Por ejemplo?

Para orar con Agustín

¡Oh Dios mío!
Yo caminaba errante y me iba separando de ti.
Ahora quiero empezar a seguirte,
porque tú has sido el primero en buscarme
y llevarme sobre tus hombros (In ps. 69, 6).
Tú me has dicho:
"Yo soy el camino, la verdad y la vida".
Sí, Dios mío,
tú eres el verdadero camino;
vas a ti mismo y por ti mismo;
yo, en cambio, ¿adónde iré sino a ti?,
¿y por dónde sino por ti?
Iré a ti siguiendo tus pasos.
Es difícil el camino que has andado,
pero también son grandes las promesas

que has hecho.
Soportaré las penas y trabajos corporales,
pero al fin llegaré
a la posesión de los bienes eternos.
(In ps. 36, 2, 16).

11 - Cristo, la Verdad para todo hombre

Pilato y Jesús

Pilato debió de quedar pasmado y boquiabierto cuando Jesús no quiso responder a la pregunta que le acababa de formular. No entendía su silencio. Tenía en sus manos la vida de ese hombre - eso creía él - y este hombre daba la callada por respuesta.

Y la pregunta de Pilato, "¿Qué es la verdad?", era de mucho calado. Más de lo que él se imaginaba. Quizás estaba formulada con sana curiosidad y con el deseo de conocer, como buen romano que era, cuál era o en qué consistía la verdad. Porque no había una respuesta satisfactoria y única entre los grandes filósofos de la época.

Si no había entendido poco antes el significado del Reino del que hablaba Jesús, ni veía claro que este pobre hombre para quien pedían la muerte, maniatado y maltratado, se presentara como rey, ¡cuánto menos iba a entender en qué consistía la Verdad! Es que, con perdón de Pilato, "no es la miel para la boca del asno"

No hubiera podido digerir y soportar la respuesta de Jesús. ¿Acaso un enfermo, convaleciente de una enfermedad estomacal grave, podría digerir una comida abundante y variada, rica en grasas y calorías, sin enfermarse de nuevo? ¿Le sería de algún provecho o, más bien, de perjuicio?

Si Jesús le hubiera contestado: "Yo soy la Verdad", - porque esa era la respuesta - la reacción de Pilato hubiera sido de sorpresa, rechazo y burla. ¿Qué sentido tenía, entonces, responderle?

Tú, sí

Pero tú sí lo puedes entender. Entre otras razones, porque "estás tocado por la gracia". Es decir, eres creyente, sabes que Jesús es el enviado del Padre, la "luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo", y que el que le siga "no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida".

Abundan expresiones parecidas a lo largo de los cuatro evangelios, particularmente en el de Juan, en las que Jesús se presenta como la Verdad, la Palabra que da la vida, la luz de toda luz.

Sabes esto y lo aceptas. Tu fe es adhesión a la persona de Jesús, no sólo aceptación de una serie de verdades contenidas en la Sagrada Escritura o expresadas por la Iglesia a través de los tiempos. Por ejemplo, las contenidas en el credo que recitamos en la misa. Sabes también que las verdades no serían tales si no se fundamentaran en la Verdad. Y la Verdad es Jesús.

¿Te atreverías tú a presentarte en público diciendo que eres la verdad sin

engaño, la certeza total, la sabiduría personificada? Ni tú, ni yo, ni nadie. Ni que estuviéramos locos o fuéramos perturbados mentales. Un poco locos, quizás sí, pero nunca tan tontos ni tan presuntuosos.

Pero Jesús sí se presentó como tal. Lo hizo "a ciencia y a conciencia". Es que era, y es, mucho más que un hombre. Es hombre como nosotros y Dios como el Padre. Él y el Padre son uno. Y todo lo que es, vive o comunica, lo ha recibido del Padre. No puede haber por tanto en él engaño ni error. No puede haber falacia ni mentira, sino verdad viva o vida verdadera.

Verdad y verdades

Son muchas las verdades que te encuentras a lo largo de tu camino. Verdades de orden natural, y que se dan profusamente en el campo de la ciencia, de la vida moral, en la realidad de las cosas.

Dos y dos son cuatro; en todo triángulo rectángulo, el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos; la tierra gira alrededor del sol, etc. Estas verdades no son Jesucristo. Son estáticas y nada dinámicas, a nada nos comprometen, no responden a inquietud humana alguna, no nos hacen mejores ni satisfacen nuestras aspiraciones más nobles, ni calman nuestras preocupaciones más íntimas.

Estas verdades, que enriquecen al ser humano, se mueven únicamente en el campo del conocimiento. El corazón, por hablar de alguna manera, recorre otros caminos.

Y hay también otras verdades que orientan y aportan valores al ser íntimo del hombre. O lo mueven e inquietan. La verdad de un amor fiel y generoso, el servicio prestado a quien lo necesita, el esfuerzo que se pone en la construcción de un mundo más humano y mejor, la persona del otro como capacidad de las más hermosas realizaciones, y cientos más.

Cristo no es ninguna verdad de orden científico o matemático como las que tú conoces; ni una serie de verdades de orden moral, aunque sí está en ellas y las anima y potencia. Son huellas que el hombre debe rastrear para llegar a quien las ha originado. Y, en últimas, en él se asientan y de él arrancan con más fuerza.

Tres en uno

Sobra decir que el hombre no es fuente de verdades. Sólo las hace suyas - cuando su pensamiento refleja la realidad de cualquier cosa - y las goza. Y no lo es, entre otras cosas, porque él no es la medida de las cosas. Es un ser contingente. Tiene la existencia que Dios le ha dado o aquella a la que ha llegado. Nada es por sí mismo. Únicamente Dios. Y Cristo es Dios. El es la Verdad. Es una de las afirmaciones más rotundas del Evangelio. No solamente por lo que dice o enseña, sino por lo que es y vive. De tal manera, que las tres expresiones con las que él se da a conocer - camino, verdad y vida - vienen a decir y a ser lo mismo. Es camino porque es la vida, es verdad porque es vida y camino, y es vida a la que se llega por él mismo con toda verdad.

Lo viene a decir a su manera San Agustín: *"Es la misma Verdad, Verbo de Dios, Dios en el seno de Dios, Hijo primogénito. Esta Verdad se vistió de carne por nuestro bien". (In Jn. 41, 1).*

Vive en el seno de Dios, y se ha hecho camino para venir a nosotros, vestirse de nuestra propia carne, y llevarnos al Padre. Todo una sola cosa. O dicho en pocas palabras: es la revelación de la verdad de Dios y de la verdad del hombre.

Y, ¿qué es la Verdad?

Difícil me lo pones. Como dice San Agustín cuando quiere explicar en qué consiste el tiempo, *"si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si trato de explicárselo a quien me lo pregunta, no lo sé".*

Pero lo voy a intentar. Primero, lo que no es: La Verdad de que hablamos no es un concepto filosófico. Tampoco una realidad científica. Ni una realidad moral. Ni tampoco es decir lo que se siente, cuando lo que se siente es un reflejo fiel de la realidad de las cosas. Esto se llama veracidad.

La Verdad, con mayúsculas, es la misma realidad divina. Y abarca, claro está, todo lo que es Dios. El Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Y decir "la misma realidad divina" es decir Bondad y Misericordia, Justicia y Santidad verdaderas, Belleza suma, Amor total, Comunidad de vida y Luz sobre toda luz, etc. Así, con mayúsculas, para destacar mejor la realidad que contienen.

Tú podrás ser bueno, pero no eres la bondad; misericordioso, pero no la misericordia; lámpara que se enciende, pero no luz siempre encendida, amante, pero no fuente del mismo amor.

Un verdadero regalo

Jesús, que es uno con el Padre, sí es la Verdad. La posee y la comunica. Así lo expresa Agustín:

"Cristo es, en el seno del Padre, la verdad y la vida; él es el Verbo de Dios... Siendo, pues, en el Padre la verdad y la vida, y no sabiendo nosotros por dónde ir a esta Verdad, él, Hijo de Dios, Verdad eterna y Vida en el Padre, se hizo hombre para ser, para nosotros, camino. Siguiendo el camino de su humanidad, llegarás a la divinidad" (Serm 141, 4).

Y esta Verdad, cuando se nos comunica y la acogemos, se hace vida. Y vida feliz. Ahora, en lo que cabe. Después en plenitud.

"Si yo les formulo a todos esta pregunta: '¿Qué preferís; gozar de la verdad o de la mentira?', me contestarán que prefieren gozar de la verdad. Claro, y es porque la felicidad es el gozo de la verdad, es decir, el gozo de ti, que eres la Verdad, oh Dios, mi luz y la salvación de mi rostro, Dios, mío. Esta felicidad todos la desean, todos desean esta vida que es la única feliz, todos desean este gozo de Verdad" (Conf. 10, 23, 33).

Estamos en la Verdad

El hombre no posee la Verdad, sino que está en ella. Porque, por su bautismo y la fe, está en Jesucristo.

Y porque estás en la Verdad, tu amor, si es - que debe ser - como el de Jesús, no conocerá límite ni medida. Aun a los mismos enemigos; y con preferencia a los más débiles; hasta dar la vida, si fuera preciso; siempre y en todo. "Como yo os he amado". ¡Casi nada!. Porque Dios es amor. Esa es la verdad.

Y el sufrimiento - inexplicable, muchas veces - tendrá sentido. Porque Jesús lo asumió, lo hizo suyo, y lo sufrió en carne propia. Desde entonces la cruz, tu cruz,

asociada a la de Jesús, es cercanía de Dios, amor entregado, crecimiento en la fe y salvación para todos. La Verdad fue también crucificada. Y fructificó.

Y la esperanza es firme. Y será generadora de vida siempre nueva, impulso para seguir caminando, seguridad y gozo aun en los momentos más aciagos, que son muchos y, en ocasiones, amargos y dramáticos. Porque Jesucristo, la Verdad, es el cumplimiento de todas las promesas.

Y cuando se está en la Verdad, al mundo se le mira con otros ojos. Todo queda relativizado, a la vez que re-valorado. El trabajo será derecho y deber; la política, servicio; la familia, comunidad de amor fecundo; el ocio, momento para crecer y ser más, y relación con el otro; la amistad, encuentro; el dinero, para el hombre y no al revés, y en tanto en cuanto.

Y la fe, camino seguro, aunque oscuro muchas veces. Crees en quien es la Verdad y que, además, la dice y la vive. Por eso, caminar en la fe, es caminar en la verdad. Y por eso, también, nuestra fe se hace vida. ¿Cabe mayor regalo o don más excelente?

El Evangelio vivo y personal, Jesucristo mismo, es la noticia nueva y portadora de alegría que la Iglesia testifica y anuncia cada día a todos los hombres.
En este anuncio y en este testimonio los fieles laicos tienen un puesto original e irreemplazable. (Christifideles laici, 7)

Para recordar

- Jesús es la Verdad, porque es el Hijo de Dios. En él no hay engaño, ni mentira, ni oscuridad. Nuestras verdades, pequeñas o grandes, lo son en tanto en cuanto dimanen de él o estén de acuerdo con su vida y mensaje.
- Y esta Verdad, Jesús, se nos comunica, la acogemos, y se hace vida en nosotros. ¿Cabe mayor regalo o don más excelente?
- El hombre no puede poseer la Verdad, sino que, por la gracia, está en ella. Y esto es fuente de gozo y vida. Pero el pecado nos hunde en el mundo de la mentira y la frustración. En la muerte.
- Cuando se está en la Verdad, al mundo se le mira con ojos nuevos. Y se ama más al hermano, y se hace luz a nuestro alrededor.

Para la reflexión y el diálogo

1. Reflexiona entre la Verdad, Cristo, y las distintas verdades que percibes a tu alrededor. ¿Qué diferencias aprecias?
2. ¿Cuáles son los engaños o mentiras que encuentras en tu entorno? (familia, trabajo, amistades, política, grupos o comunidades, etc.) ¿Qué se pretende conseguir con el engaño o la mentira?
3. ¿Por qué no puede haber engaño o falsedad en la vida y palabras de Jesús? ¿Por qué o en qué sentido Jesús se identifica con la verdad?

4. Has oído decir que el demonio es el padre de la mentira, ¿por qué?
5. Si Cristo es la verdad – que lo es - ¿por qué no se le cree del todo, o se le cree a medias, o en tanto en cuanto?
6. ¿A qué te compromete vivir en la verdad?

Para orar con Agustín

Oh Verdad, luz de mi corazón,
que no me hablen mis tinieblas!
He ido deslizándome en estas realidades de aquí,
y me he quedado a oscuras.
Pero incluso desde ellas, sí, desde ellas,
te he amado intensamente.
Anduve descarriado y me acordé de ti.
Detrás de mí oí tu voz que me gritaba que volviese,
pero apenas pude percibirla
debido al alboroto de los que no poseen la paz.
Y ahora, mira, vuelvo sediento
y anhelante a tu fuente.
Que nadie me corte el paso.
Voy a beber en ella y voy a vivir de ella.
Que no sea yo mi propia vida.
He vivido mal al querer vivir de mí.
He sido personalmente el causante de mi muerte,
En ti estoy comenzando a revivir.
Háblame tú, charla conmigo"
(Conf. 12, 10, 10).

12 - Cristo, vida para todos

Eres hombre o mujer en cuanto que amas las cosas y a los amigos, crees en lo que no ves porque te fías de aquél a quien amas, dialogas con quien te encuentras, entiendes, te preguntas y reflexionas sobre ti mismo y lo que te rodea, miras al futuro y proyectas, miras al pasado y gozas o te entristeces. Y por tantas cosas más. Por todo aquello que te diferencia del animal.

Tu vida humana es así. Una verdadera maravilla. Tanto que, por todo ello o en todo ello, eres imagen y semejanza de Dios.

Alma de tu alma

Pero eres mucho más. Porque Cristo murió y resucitó, eres una vida nueva. Te has incorporado a ella por el bautismo y la vives. La VIDA NUEVA es Cristo. Él te ha enraizado, te ha penetrado y llenado de él, y te ha configurado a él. Él es tu vida. Mejor, la vida de tu vida.

Fíjate: eres hijo de Dios como él es Hijo. Coheredero con él, que es el Heredero. Adoptivo, eso sí, pero hijo también. Partícipe de la divina naturaleza o divinizado, porque te ha injertado en él hasta hacerte uno en él. Miembro de su cuerpo, que es la Iglesia, de la que él es la Cabeza. Siendo el mismo, eres ya otro. La gracia te ha transformado.

La semilla de trigo que tienes en la mano no es la espiga llena de muchos granos. Es apenas un pequeño grano, insignificante y humilde. Pero si lo siembras en tierra buena, si lo cuidas y recibe la luz, el calor y el agua necesarios, se transformará en una espiga llena de nuevos granos. Era trigo antes, y es trigo ahora. Sigue siendo el mismo trigo, pero distinto a la vez.

Así también nosotros. Hemos pasado, con Jesús, por un proceso de muerte y resurrección, y somos hombres nuevos y mujeres nuevas. La gracia nos ha transformado.

¡Qué intercambio tan admirable! Nosotros tenemos la vida por él. Él tuvo la vida por nosotros (Serm. 130, 5). Se hizo hombre para que el hombre se hiciese Dios (Serm. 371).

Y sigue: *Se hizo "Dios con nosotros" para que nosotros fuésemos "dioses con él". El que para estar con nosotros se hizo uno de nosotros, ha hecho que nosotros estemos con él, haciéndonos uno con él. (In ps. 145, 1).*

Te lo decía: eres hombre o mujer, que ya es mucho, pero eres, ya, mucho más. Eres un ser humano elevado a la categoría de "ser divinizado". Así como el alma es la vida de tu cuerpo - es un decir, pero, para entendernos, vale -, Dios es la vida de tu alma. De todo tu ser nuevo.

"La vida del cuerpo es el alma, la vida del alma es Dios. Pues el Espíritu de Dios habita en el alma, y por el alma en el cuerpo para hacer de nuestros cuerpos templos del Espíritu Santo, recibido de Dios" (Serm. 161, 6).

Hay cegueras que matan

Todo esto escapa a los modos de pensar y creer de los que en nada creen. Obvio. ¡Allá ellos! Pero nosotros tenemos la certeza que surge de nuestra fe. Nos fiamos de quien no miente ni se engaña, de quien todo lo sabe y, además, nos lo dice: "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10, 10).

¡Qué malo es acostumbrarse a ciertas palabras o frases que aprendimos de niños o tiempo ha! La vida, la humana, nos la transmitieron nuestros padres, y antes de que viniera Cristo, muchos miles de años antes, ya existía sobre la tierra. Luego él se refería a otra clase de vida. Se refiere a los que, habiendo muerto al pecado, "viven para Dios en Cristo Jesús" (Rom 6, 10-11).

Conocer a Cristo es tener ya la vida nueva (Jn 17, 3). Y, en la biblia, conocer significa también acoger, hacerlo tuyo y amar. Conocer con el corazón.

Te decía antes que esta vida, la vida nueva, no la ven ni la aprecian los que ven y miran sólo con los ojos de la cara, porque "está escondida con Cristo en Dios" (Col 3, 3). Como tampoco ve el alma de nadie si, quien mira, ve tan sólo materia y carne. Hay cegueras que matan, como las que no son capaces de ver la vida o el alma de lo que vive.

No sé si fue casualidad o pura coincidencia, pero lo cierto es que San Pablo quedó ciego de los ojos del cuerpo, y así pudo ver a Cristo con el fulgor de una luz

nueva y afirmar rotundamente: "Para mí la vida es Cristo" (Fil 1, 21). Lo descubrió con los ojos del corazón iluminados por la gracia de lo alto. Y para ti, que así miras, también. Y para Agustín. Y para todos los cristianos que creen con fe viva.

Como la vid y los sarmientos

Hay en el evangelio una parábola o comparación con la que Jesús quiere explicar e ilustrar toda esta realidad tan hermosa. Lo van a matar al día siguiente, y él se presenta como la vida que no muere. Lo van a abandonar todos, y afirma que quien no se mantenga unido a él no podrá dar fruto alguno.

Es el momento de la despedida, y dice que se queda bien arraigado en la tierra para que todo sea siempre encuentro y comunión. Jesús no será flor de un día, sino tronco añoso, pero siempre nuevo para que todos podamos frutos en él, por él y con él.

Y les dijo: "Yo soy la vid verdadera, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí, no podéis hacer nada" (Jn. 15, 5).

Le agrada a Agustín este símil y lo comenta largamente en varios de sus sermones. Lo utiliza para explicar el misterio de Cristo, cabeza de la Iglesia, que es su cuerpo; para hablar de Cristo Mediador entre Dios y los hombres y de la pretensión del hombre de obrar la justicia por sí mismo, sin la ayuda de la gracia.

"Pues de una misma naturaleza son la vid y los sarmientos; por lo cual, siendo Dios, de cuya naturaleza no somos nosotros, se hizo hombre, para que en él fuese vid la naturaleza humana, pudiendo ser los hombres sarmientos de suyos". (In Jn. 80, 1)

El hombre, desde su nada, es elevado hasta la cercanía de Dios para quedar unido vitalmente a él, participar de su misma naturaleza y dar fruto. Frutos de gracia, se entiende. De santidad y justicia. Frutos de vida nueva y amor al hermano. Los frutos que se esperan de su condición de bautizado y creyente en Jesús.

El sarmiento no vive por sí mismo. La vida nueva que hay en ti no sería tal si de ti dependiera. Te viene dada y se mantiene porque alguien, que es la fuente de toda vida y la Vida misma, te la comunica. Algo así como la vida del niño que la madre lleva en su seno.

Humildes y fecundos

El soberbio, el autosuficiente, el que cree y piensa que él es el centro de todo lo que a él concierne, rechaza toda dependencia de otro. Hasta de Cristo. Y le ocurre lo que al sarmiento desgajado de la vid: libre e independiente, pero inútil para dar el fruto que Dios espera de él.

Agustín se dirige a ellos, y les dice: *"Vosotros decís que el hombre obra por sí mismo la justicia; ésta es la hondura de vuestra soberbia. El que cree que por sí mismo produce el fruto, no está en la vid; el que no está en la vid, no está en Cristo; el que no está en Cristo, no es cristiano. Estas son las honduras de vuestra perdición". (In Jn. 81, 2).*

El humilde es un camino abierto a la gracia. El sencillo acoge con gratitud el don que se le ofrece. El pobre sabe que, por sí mismo, nada puede, y se abre a quien lo es todo.

Agustín, en cuanto conoció a Cristo, se injertó en él, vivió de él, produjo frutos de

santidad en sí y para otros, y ahora vive feliz en él. Tú y yo, desde nuestra condición de creyentes en la escuela de Agustín, vivimos también de Cristo, pretendemos y nos esforzamos, con su gracia, en ser fecundos y esperamos vivir siempre en él. Que así sea.

El evangelista Juan nos invita a calar en profundidad y nos lleva a descubrir el misterio de la viña. Ella es el símbolo y la figura, no sólo del Pueblo de Dios, sino de Jesús mismo. Él es la vid y nosotros, sus discípulos, somos los sarmientos. Él es la vid verdadera a la que los sarmientos están vitalmente unidos. (Christifideles laici, 8)

Para recordar

- Porque Cristo murió y resucitó, eres vida nueva. Te has incorporado a ella por el bautismo y la mantienes por tu fe viva. Para ti, como para San Pablo y San Agustín, "la vida es Cristo".
- El mundo no aprecia y ni siquiera conoce esta vida nueva. Son otros sus criterios, sus valores y sus metas. Así se explica tanto egoísmo y ambición, tanta injusticia e insolidaridad. Y tantas frustraciones.
- Si quieres ser fuerte y fecundo en esta vida nueva, tienes que permanecer en Cristo, como los sarmientos en la vid.
- El pecado te desgaja de ella, y mueres. El amor y el perdón de injerta de nuevo, y vives. Agustín vivió esta experiencia de muerte y vida. Una vida nueva para siempre. ¿Por qué tú no?

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿Qué significa para tu vida de fe que Cristo sea la Vida? ¿Cómo te alimenta? ¿Qué clase de frutos nos puedes dar si no estás unido a Cristo?
2. ¿Qué significa estar unido a Cristo, como los sarmientos a la vid? ¿Qué haces para mantenerte unido a él? ¿Qué sientes o experimentas en esta unión?
3. ¿Haces partícipes a otros de esta vida nueva que Cristo te regala? De ser así, ¿cómo lo haces? ¿Cómo compartes con ellos esta experiencia?
4. Se dice que vivimos en una cultura de muerte (violación de los derechos humanos, guerras, violencia, abortos, situaciones de injusticia, terrorismo, exclusión de los más débiles, etc.).
5. ¿Qué haces tú para trabajar por una cultura de vida? ¿Te inhibes? ¿Das la cara? ¿Compartes angustias y esperanzas? ¿Denuncias, si es preciso, y sirves al más débil?

Para orar con San Agustín

¡Qué bien me hace, Señor, unirme a ti!
Quiero servirte gratuitamente;
deseo servirte
lo mismo cuando me colmas de bienes
que cuando me los niegas;
nada temo tanto como verme privado de ti.
Quítame lo que quieras,
con tal que no me prives de ti mismo
(Serm. 32, 28).
Tú dijiste:
"Yo soy la vid, vosotros los sarmientos,
y mi Padre es el labrador".
Luego tú me cultivas,
y si doy fruto preparas el granero.
Pero si con la mano de tan excelso agricultor
permanezco estéril
y en vez de trigo produjera abrojos,
no quiero decir lo que ha de suceder;
prefiero concluir
con un pensamiento más consolador
(Serm. 113, 6).

13. No te desparrames hacia fuera

Las cosas son buenas y hermosas

Quiero comenzar esta reflexión con unas palabras de San Agustín: *"Vemos todas estas cosas - todo lo creado por Dios -; cada una en particular es buena, y en conjunto todas son muy buenas" (Conf. 13, 32, 47)*. Y añade a continuación: *"Tus obras te alaban para que nosotros te amemos. Y nosotros te amamos para que te alaben tus obras".*

Estas palabras son una verdadera confesión de fe en la bondad de todo lo creado. Todas las cosas son buenas y, por lo tanto, hermosas y admirables. Lo reconoce también el santo en otro lugar:

"Es menester contemplar con fruto y saborear con deleite la hermosura del cielo, el orden de las estrellas, las variantes de luna, el flujo y el reflujo de las estaciones, la increíble energía de las semillas que engendran las especies y las cosas todas... Hay que contemplarlo todo, no para ejercitar una vana y pasajera curiosidad, sino para erigir una escala hacia las cosas inmortales y eternas" (De ver. rel. 29, 72).

Pero las cosas son buenas sólo "en tanto en cuanto". No son buenas y hermosas en sí o por sí mismas, sino porque han sido creadas por Dios, de él dependen y a él nos

llevan. Su bondad es derivada de la Bondad única, y su hermosura es participación de la Belleza absoluta.

"Todas las cosas son bellas porque las haces tú. Pero tú, que eres su hacedor, eres indeciblemente más bello" (Conf. 13, 20, 28).

Sin esta referencia a Dios, las cosas se tornan malas. No dan descanso al alma ni hacen feliz al hombre. "Porque, adondequiera que se vuelva el alma del hombre o se apoye fuera de ti, hallará siempre dolor, aunque se apoye en las hermosuras que están fuera de ti". (Conf. 4, 10, 15).

Admíralas, saboréalas, poséelas, pero sin entregarles tu libertad y tu dignidad de hombre o mujer. Descubre su bondad y belleza y goza de ellas, pero sin negarles su referencia creacional, afirmando siempre que son lo que son - buenas y hermosas - porque es Dios quien las ha creado y está presente en ellas.

"A través del Espíritu vemos que es bueno lo que de cualquier modo existe, porque proviene de Aquél que es, no de cualquier modo, sino que es el que es el Ser Perfecto", en clara alusión al YO SOY del Ex, 3, 14 (Conf. 13, 31, 46).

Así hay que entender y valorar estas palabras de Agustín. Por eso las cosas, si no arrancan de Dios y a Él conducen, no son caminos de nada. Son apenas andaduras que a ninguna parte llevan, o caminos que deleitan y que terminan en sí mismos. No hay meta en el horizonte, ni fuente en su origen.

Noli foras ire [2]

Hay expresiones de Agustín que, por la fuerza de su expresión y la riqueza de su contenido, merecen ser conservadas y transcritas en latín, su lengua original. Y hay cuatro expresiones, entre otras, que, unidas entre sí, marcan el camino agustiniano de la espiritualidad y resumen todo un itinerario que siguió nuestro santo: Noli foras ire; in teipsum redi; in interiore hominis habitat veritas; et transcende et teipsum.

Que en la lengua en que tú y yo hablamos significa: No quieras desparramarte hacia fuera; entra dentro de ti mismo; en el interior del hombre reside la verdad; y trasciéndete a ti mismo.

Noli foras ire. No salgas fuera de ti. No te disipes en las cosas, no te pierdas en ellas, ni te esclavices a ellas. No seas frívolo ni superficial. Frases en negativo porque es, quizás, la forma más rotunda de expresar una afirmación. No dejan lugar a la excepción, a la epiqueya. Cierran, y no abren, el más pequeño resquicio por donde escapar.

Es la primera etapa de un itinerario que comienza por dentro y no por fuera de uno mismo. Fue el gran hallazgo de Agustín. En cuanto lo descubrió, comenzó a caminar. Antes erraba despistado y desparramado; ahora, camina.

Caminos que dispersan

"Endereza al Señor tus caminos y Él actuará". Tarea difícil para el hombre de hoy. Siempre lo ha sido, es verdad. Y lo ha sido porque el hombre suele caminar, más que todo, por lo que percibe con los sentidos o por donde lo lanzan sus percepciones más inmediatas y sus tendencias e impulsos primarios. Se deja llevar.

[2] "No quieras ir afuera"

Y es también difícil, porque el hombre - por comodidad o por inercia, vete a saber - no suele ir más allá o más al fondo de las cosas. Acostumbra a quedarse en la periferia y en lo superficial de lo que ve o siente, porque le produce un placer fácil e inmediato o un descanso, que aunque pasajero, de momento le llena. Sale al balcón de su vida, y ahí se queda, admirando todo lo que pasa por fuera de sí mismo. Y goza con lo que ve. Pero se mete dentro, y se encuentra solo y vacío.

Camina por las cosas o el mundo exterior. Que no estaría mal - sino todo lo contrario - si lo hiciera desde él mismo, sin fragmentarse por dentro en mil pedazos, a pedazo por cada momento de placer, y si en él no perdiera su dignidad por cada cosa a la que se apega y se esclaviza, por cada persona a la que se entrega sin amor.

Es el pecado

Para Agustín, no otra cosa es el pecado. Así lo define en multitud de ocasiones:

"Apartarse de Dios y acercarse a las cosas" (Conf. 1, 14, 23).

"Amar las criaturas olvidando al Creador" (Conf. 2, 3, 6).

"Amar más el bien privado que el Bien de todos" (Conf. 3, 8, 13)

"Dar la espalda a la Luz y la cara a los objetos iluminados" (Conf. 4, 16, 30).

"Dispersarse, dividirse, pudrirse en el propio placer" (Conf. 2, 1, 1).

"Andar por fuera, abandonando el interior" (Conf. 7, 7, 11).

"Amar la parte como si fuera el todo" (Conf. 3, 8, 16).

Todas estas definiciones tienen un denominador común: un volcarse en las criaturas, dando la espalda a quien las ha creado; gozar de ellas, olvidando la fuente de toda felicidad; quedarse en ellas sin llegar hasta Dios en quien tienen su consistencia; dispersarse en ellas.

El que se aparta de Dios permanece también fuera de sí mismo, apátrida y errabundo, y resbala hacia las criaturas. Los pecadores *"abandonando a Dios, comienzan a poner todo su amor en sí mismos, pero son arrojados de sí mismos para amar las cosas que están fuera de sí" (Serm 96,2)*

Te lo decía antes y tú lo sabes: Todas las cosas son buenas, legítimas y válidas cuando el hombre no se dispersa en ellas, cuando, desde Dios, Belleza, Verdad y Bondad, va en busca de lo bello para gozar con él, de lo verdadero para seguir creciendo y de lo bueno para ser feliz.

Es el camino que han recorrido los hombres y mujeres que han hecho historia, aunque sólo sea la de andar por casa, porque han vivido con dignidad y honradez, y sin perder nada de sí.

Pero se tornan vacías, por muy halagadoras que ellas sean, si las haces meta última de tus aspiraciones y deseos. Y como suelen ser variadas y múltiples (personas y lugares, profesión y trabajo, dinero y posesiones, tú mismo, etc.), te rompen por dentro, te disgregan en mil pedazos y a la larga, te dejan vacío o te esclavizan, que es peor.

"¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que estabas dentro de mí, y yo fuera, y fuera te buscaba yo y sobre esas hermosuras que tú creaste me arrojaba deforme. Lejos de ti me tenían aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no tendrían ser" (Conf.10,27,38).

No sé si alguien, fuera de Agustín, sería capaz de expresar con tan breves

palabras una experiencia tan intensa y tan profunda: Dios dentro de él, y él, buscándolo fuera, en las cosas creadas. Fuera de sí mismo. Lejos de Dios. Deforme y esclavo, mendigo de placeres y siempre hambriento.

No te dejes engañar

Porque no puede haber plenitud sin unidad interior. Ni libertad sin la gracia de quien vino a liberarnos de toda atadura. Y no encontrarás felicidad en la infidelidad al único QUE ES.

Andar por dentro es ya otra cosa. Pero lo hemos hecho difícil porque el mundo, nuestro mundo, nos bombardea a cada momento con imágenes y sonidos, con halagos de toda clase, y tira de nosotros para ofrecernos soluciones para todo, para proporcionarnos descanso al trabajo que él nos impone, alivio en las tensiones a que nos somete y placeres para todos los gustos.

A los poderes de este mundo - político, económico y social, salvo honrosas excepciones - no les conviene que el hombre pueda disponer de momentos de silencio prolongados, frecuentes y creativos, ni que se entregue a la reflexión personal o viva una vida interior. No les conviene que el hombre camine por dentro. Sería peligroso para ellos. No quieren pensadores, sino consumidores.

Ellos, tales poderes, piensan por nosotros, reflexionan por nosotros y actúan por nosotros. ¡Y qué bien lo hacen los astutos de ellos! Crean a cada momento nuevas necesidades que pretenden satisfacer con productos inútiles y efímeros. Ellos se encargan de llenar tus espacios de tiempo libre con ofertas atractivas, pero vanas, que evaden y alienan. Y se enriquecen, claro.

Saben que cuanto más se disperse el hombre en las cosas, más vulnerable y débil será. Y, por lo tanto, más domesticable. Y, por lo tanto también, menos hombre.

No niego - afirmo, más bien; y te lo decía antes - que en el mundo hay mucho de belleza, bondad y verdad. En las personas y en las cosas. Abunda el bien por encima del mal, la verdad más que la mentira, y es mucho más lo hermoso que lo feo.

Desde dentro de sí mismo

Expresada esta opinión, afirmo también que el hombre, cuando sale de sí mismo sin antes poseerse a sí mismo, se pierde entre las cosas. Se desparrama y se disgrega. Y se hace esclavo. Y *"al que anda desparramado en lo exterior le resulta difícil entrar en su interior" (De ord. 2, 11, 30).*

No ocurre esto cuando va a ellas desde él mismo. Es decir, cuando antes ha iniciado y recorrido un camino interior, donde se ha encontrado a sí mismo, porque ha encontrado antes la Verdad que habita en él.

Agustín

Agustín fue andariego de muchos caminos. Por fuera de sí mismo, durante más de quince años. Errante y disperso. Por dentro, el resto de su vida, hasta llegar a quien es la culminación de todo, al encuentro de quien es el ÚNICO y el TODO.

"Yo, por mi parte, me alejé de Ti y anduve sin rumbo en tus caminos durante mi adolescencia, demasiado desviado del equilibrio que me ofrecías y me convertí en un terreno empobrecido" (Conf. 2, 10, 18).

Desparramado y roto; alejado de la fuente de todo amor y sediento de amores que no sacian ni calman; mil caminos en su pobre vida por no conocer al único Camino que lleva a la Verdad; de espaldas a Dios a quien buscaba y volcado a las criaturas. Disperso en sus apegos y sin descanso. Cuando falta la gracia, que es armonía con el ÚNICO, todo es ruptura y desparramiento en las cosas que no tienen consistencia. Eso era su vida joven; o mejor, eso eran los mil caminos que lo llevaban a la muerte.

He aquí otro testimonio del santo:

"Recordar quiero mis maldades pasadas, y las torpezas carnales de mi alma; no porque las ame, sino por amarte a ti, ¡Dios mío! Por amor de tu amor hago esto, recorriendo con amargo recuerdo mis perversísimos caminos, para que tú me seas dulce, dulzura no engañosa, dulzura dichosa e imperecedera, y recogiéndome yo mismo de aquella disgregación con que me repartí en pedazos, cuando apartado de ti, que eres uno, me desvanecí en muchas cosas. Porque hubo un tiempo en mi adolescencia en que me abrasaba por hartarme de estas cosas bajas, y convertirme en un matorral de varios y sombríos amores; y se consumó me hermosura, y me convertí en podredumbre a tus ojos, agradándome a mí mismo, y deseando agradar a los ojos de los hombres" (Conf. 2, I,1).

Se encontraba a sí mismo, por el pecado, roto en mil pedazos y disgregado en muchos apegos, con su alma dispersa y desparramada en las cosas, lejos de sí mismo, con el alma hecha jirones, infeliz y desdichado, sin encontrar la dicha y felicidad que en ellas buscaba.

"Te buscaba fuera de mí"

Buscaba la Verdad, a Dios, únicamente por el camino de los sentidos, hacia afuera, a impulsos de sus pasiones y vanidades, y no con la razón y la inteligencia, por los caminos de la introspección. Y se equivocó: *"Ay, ay de mí, por qué escalones descendí a lo profundo del abismo, fatigado y acongojado por la falta de verdad, cuando te buscaba, Dios mío, no con el entendimiento del alma, con que quisiste que aventajase a los brutos, sino con el sentido de la carne. Pero Tú estabas más dentro de mí que lo más íntimo de mí, y más alto que lo más alto de mi ser" (Conf 3, 6, 11).*

¡Qué atinadamente refleja aquí Agustín, con su propia experiencia, la situación de tantos y tantas que buscan su felicidad y su plenitud en las cosas que perecen, en los placeres que se esfuman al poco tiempo de gozados, en los halagos engañosos de lo que es inconsistente…, en el pecado!

Porque al pecado se llega por el gozo o placer que en él parece que se pueda encontrar. Así lo presenta la tentación: es agradable la pereza y a nadie perjudica; es un placer la lujuria y ¿por qué no gozarlo?; es dulce la venganza y el espíritu resentido se aquieta con ella; es bueno y legítimo -¿por qué no? - gozar de lo que tengo y aspirar a tener más y más, aunque sea a costa de los otros; es legítima la mentira para no quedar mal; y digno de elogio el engaño en los negocios; y…

Convéncete: quien cae en cualquier clase de pecado, cae fácilmente en todos los demás. Porque la conciencia ya está adormecida, el espíritu desparramado y los criterios de vida se hacen rastreros y relajados.

Por esos senderos caminaba Agustín. Desbocado y sin rumbo. Hasta que pisó el freno de sus impulsos, detuvo la marcha, reflexionó y cambió de ruta. Ya no sería hacia ninguna parte, sino hacia adentro.

Entró dentro de sí, dio con la fuente, y con el Camino, y con el Creador de todo, y con la Verdad por la que tanto suspiraba. Y comenzó a recorrer un camino nuevo. Por él encontraría la Verdad.

> *Embriagado por las prodigiosas conquistas de un irrefrenable desarrollo, y fascinado sobre todo por la más antigua y siempre nueva tentación de querer llegar a ser como Dios mediante el uso de una libertad sin límites, el hombre arranca las raíces religiosas que están en su corazón: se olvida de Dios, lo considera sin significado para su propia existencia, lo rechaza poniéndose a adorar los más diversos ídolos (tener, gozar, poder). (Christifideles laici, 4)*

Para recordar

- Todas las cosas son buenas, es verdad, pero "en tanto en cuanto" No hay cosas malas, sino malos amores, dice el santo. ¿Por qué?.
- Las cosas (personas y lugares, dinero y cualquier clase de bienes, prestigio y poder...), sin la referencia última a Dios, fuente de todo, dispersan y esclavizan, producen vacío y no satisfacen las aspiraciones más nobles del hombre. ¿De qué cosas te consideras esclavo?. ¿Has encontrado la felicidad, y no sólo momentos de placer, en el uso y disfrute de las cosas, al margen de Dios?
- El pecado es, entre otras cosas y en palabras de Agustín, "una aversión o alejamiento del bien inmutable (Dios), y una conversión a los bienes mudables y pasajeros". ¿Cuál es tu experiencia en este sentido?
- Si te has apartado de Dios por el pecado, ¿cuáles son - como en el caso del hijo pródigo - tus bellotas, tus cerdos, tu país lejano, tu hambre, tus añoranzas? Si te has desparramado en estas cosas, ¿eres feliz?
- En Agustín, la conversión y adhesión a Cristo pasa por el camino de la interioridad. Es un camino válido para todos lo que quieren vivir su fe en Jesús, y particularmente para los que quieran ser cristianos "a lo agustiniano".

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿Qué cosas de la vida te atraen más? ¿Cuáles son las que más te distraen o te preocupan? ¿Hay algo que te obsesiona más, que te hace sufrir si no la tienes y la gozas?
2. ¿Ejerces tu capacidad de reflexión para interiorizarte, en un clima de silencio exterior e interior? ¿Qué dificultades encuentras? ¿Cuáles son tus logros? ¿Qué encuentras dentro de ti?
3. ¿Qué experimentas cuando – ¡Dios no lo quiera! – te apartas de Dios por el pecado grave?
4. ¿Qué caminos emprendes para ser, en lo que cabe, feliz? ¿Sueles encontrar en ellos la felicidad? ¿Por qué?
5. ¿Haces partícipes a otros de tu experiencia de búsqueda y encuentro con Dios?

Para orar con Agustín

Señor y Dios mío,
da alegría al alma de su siervo,
porque en ti ha puesto su esperanza,
y hazle sentir esa felicidad de haberse elevado a ti.
Sólo tú puedes hacerme feliz,
porque solamente el bien que de ti procede
es verdadero bien.
Fuera de ti, todo es vanidad.
¿Qué riqueza es la mía entre los trabajos
y afanes de que estoy rodeado?
¿Cómo es que me dejo arrastrar del amor
de las cosas presentes?
¿Por qué corro tras de esas cosas,
que conozco ser las menos apreciables
cual si fuesen las más necesarias,
sabiendo que esto es vanidad y mentira?
Sé tú, Señor, mi herencia,
porque tú eres el que me sustentas y conservas;
y que sea yo posesión tuya,
a fin de que tú me gobiernes y dirijas.
Te ofrezco todo mi corazón
sobre el altar del holocausto,
ofrendándolo a ti en sacrificio de alabanza.
Que arda todo en amor tuyo.
(In ps. 85, 6)

14. Entra dentro de ti mismo

Entra dentro de ti mismo. Es el segundo paso del principio agustiniano de espiritualidad; o, lo que es lo mismo, de la interioridad agustiniana como camino de búsqueda y encuentro con la verdad.

Agustín te invita a asomarte al interior de ti mismo y adentrarte en él; a la reflexión profunda y seria, que viene a ser un doblarte del todo hasta verte como en un espejo; a bucear en las profundidades de tu personalidad, sin pena ni vergüenza, para verte tal como eres, y descubrir el porqué de muchas cosas.

Allí, en lo más íntimo de ti, te vas a encontrar a ti mismo, porque es el lugar donde decides tu propio destino, y razonas y amas. Allí está la raíz de donde brota lo que eres y haces. Y desde allí podrás crecer hacia lo alto; o, lo que es lo mismo, crecer hacia dentro, muy adentro, hasta encontrarte con el mismo Dios.

"Regresa a tu corazón. ¿Por qué huyes y te pierdes lejos de ti? ¿Por qué andas por caminos solitarios? ¿Por qué vagabundeas? ¡Vuélvete! ¿Adónde? Al Señor. Él esta a la espera.

Regresa, primero, a tu corazón, tú que andas desterrado y errabundo. ¿No te conoces a ti mismo y quieres conocer a tu Creador? Regresa, repito, a tu corazón, y examina qué sientes acerca de Dios allí dentro donde tú mismo eres su imagen" (In Jn 18. 10).

Para crecer

¿Te imaginas un árbol frondoso y lleno de frutos abundantes, cuya vida no arranque de su raíz hasta llegar a la hoja más lejana, a la rama más alta? Primero es raíz y, luego, árbol crecido. Primero "se mira a sí mismo"; es decir, se hunde en la tierra, para luego crecer y expandirse. Y a la hora de levantar un edificio cualquiera, mucho más si es de los más altos de la ciudad, el ingeniero examina el suelo y ahonda en él, cuanto más mejor, hasta encontrar roca firme que le permita construir hacia arriba.

No hay construcción posible de una personalidad fuerte y sólida si no se parte de un único cimiento igualmente sólido y fuerte. El distraído, el disperso, el que tiene un espíritu disgregado y desparramado en las cosas, nunca podrá encontrarse.

El hombre agustiniano es aquel que se vuelve al interior de sí mismo, y ahí reflexiona sobre el sentido de su vida, y ahí decide su propio destino, y juzga y proyecta. Es allí, en ese reducto interior - raíz profunda de lo que él es y hace – donde, conociéndose o reconociéndose a la luz de la Verdad, encuentra la capacidad para amar y optar por lo mejor, la luz para orientar su vida en la dirección de la verdad, el camino de la fe y nuevos impulsos pasa seguir buscando la verdad sobre las cosas, sobre el hombre, sobre sí mismo, sobre Dios.

Primero, por dentro

Vivimos en un mundo que nos distrae, un mundo lleno de imágenes y sonidos, de halagos y ofertas para todo. Todo, o casi todo, tiende a ser evasión, un salir constante de nosotros mismos hacia una felicidad que nos quieren vender por un puñado de monedas y que pretenden camuflar con un hermoso papel de regalo, o con el halago de un placer intenso por el uso y consumo de todo tipo de "drogas" - tener, poder, gozar - que nos alienan y empobrecen.

No encontrarás sosiego ni descanso en las cosas si "viajas" a ellas escapándote de ti. En ellas hay ruido y tensiones, halagos, placeres efímeros y desazón. También cosas muy buenas, excelentes. Cierto. Que abundan, gracias a Dios. Pero están también las que te distraen y perturban. No es fácil escapar de ellas; por eso necesitas retornar a tu interior, meterte muy dentro de ti, retornar a ti.

Es el consejo de Agustín: *"Dejemos algún margen para el silencio. Retorna a tu interior y apártate de todo estrépito. Vuelve la vista a tu interior, donde no hay barullos ni peleas, donde tienes un retiro apacible para tu conciencia..., atiende con calma y serenidad a la verdad para que entiendas" (Serm 52, 22).*

Los grandes hombres que en el mundo han sido – grandes por sus hazañas, aportes a la ciencia, literatos, luchadores por la justicia, los santos, particularmente los santos, y muchos más - partieron, quieras que no, del conocimiento de sí mismos, de sus posibilidades y también de sus propias limitaciones.

Al fin y al cabo, las "conquistas" alcanzadas por ellos vienen a ser, en un primer momento, la proyección hacia afuera de un potencial escondido dentro de sí,

que ellos, u otros, encontraron y potenciaron. Tuvieron que hacer, en algunos casos inconscientemente, un viaje hacia dentro de sí mismos, para luego salir y proyectarse. Luego llegarían las circunstancias favorables, el esfuerzo propio, la ayuda de otros, la capacidad de liderazgo, etc. Pero nunca hubieran logrado nada, o muy poco, sin un trabajo de interiorización personal.

Tu matrimonio, por ejemplo, sería un fracaso si lo contrajeras sin conocerte a ti mismo; tu carrera profesional, un error y un camino equivocado, si no respondiera en primer lugar a una inclinación interior unida a la capacidad requerida para su ejercicio; y también, si fuera el caso, tu vocación religiosa o sacerdotal si estuviera motivada únicamente por motivos externos a ti.

Para ser persona, hombre o mujer, y no un mero individuo, se requiere una capacidad de interiorización y un proceso permanente de adentrarse o meterse dentro de sí para verse y conocerse. La persona crece desde dentro. Luego vendrán las ayudas de fuera, las circunstancias, otras motivaciones. Siempre ha sido válido el principio tan conocido que en latín dice "cognosce te ipsum", conócete a ti mismo.

Si así es en todo hombre, mucho más en lo que se refiere al creyente, al que quiera seguir a Jesús en un estilo de vida nuevo.

Como Agustín

San Agustín descubrió todo esto tarde, es verdad, pero a tiempo. Y ahí comenzó su andadura nueva. Más de quince años estuvo despistado – fuera del camino – porque no había comenzado por donde debía. Pero su mérito está en que nunca desmayó, jamás tiró la toalla. Hasta que cayó en la cuenta de su error.

Caminaba "por fuera de sí", por senderos que a ninguna parte conducían; no llegaba a ninguna parte, no encontraba paz ni sosiego, hasta que hastiado de tantas cosas, y empujado por la lectura de ciertos libros, se dijo: in te ipsum redi, "vuélvete hacia dentro de ti".

Y se adentró. Dio un quiebro a su vida y comenzó a enderezar el rumbo de su existencia. Lo cuenta así: *"Amonestado por aquellos libros a volver a mí mismo, entré en mi interior guiado por ti, Señor, y lo pude hacer, porque tú me ayudaste. Entré, y con la vista de mi alma, vi una luz inconmutable; no esta luz ordinaria y visible a toda carne… Quien conoce la Verdad, ése conoce esa luz… ¡Tú eres mi Dios! A ti suspiro día y noche" (Conf 7, X, 16).*

Como el hijo pródigo se veía reflejado en cada uno de los pasos que recorrió el hijo pródigo: en su "andar por fuera" en los placeres de la carne, en su vida entregada a los puercos o pasiones más bajas, en la miseria y el hambre… "Entró en sí mismo", dice la parábola. También Agustín. El hermano menor de la parábola salió de la casa del padre con el placer puesto en una pequeña bolsa repleta de dinero. Pensaba que tenía el mundo en sus manos, y cayó en las manos de ese mundo y sus cosas. Pensaba que era más libre, y se hizo esclavo hasta de los puercos que cuidaba. Pensaba que sería más hombre, y se encontró vacío de todo.

Todo esto lo vivió Agustín dramáticamente: *"Yo, por mi parte, me alejé de ti, Dios mío, y anduve sin rumbo en mi adolescencia, demasiado desviado del equilibrio que me ofrecías y me convertí en un terreno empobrecido" (Conf 2, X, 18).* Lo mismo que el hijo pródigo: con la vida por delante, con muchos amigos, brillante en los estudios, un

hogar bueno, pero alejado y sin rumbo.

Es posible que también tú hayas vivido o sufrido, en mayor o menor grado, esta misma experiencia. Son muchos los que han pasado por ella y son muchos también los que hoy en día la sufren y la viven.

Es en el sacramento de la reconciliación cuando uno suele oír: "Desde que me alejé de Dios he ido cayendo en un pecado grave…, y en otro…, y en otro"; "no he vuelto a la Iglesia desde hace varios meses, donde me sentía tan a gusto, y no me siento bien, no encuentro paz ni sosiego"; "he dejado de frecuentar los sacramentos, me siento débil y la tentación me puede". Son experiencias como las del hijo pródigo, como las de Agustín.

"No busques la felicidad en la región de la muerte, dirá Agustín refiriéndose al pecado, No está ahí. No puede haber felicidad donde ni siquiera hay vida verdadera" (Conf 4, 12, 18). "Por eso el hombre debe reencontrar primero su propia identidad para que, haciendo de ella un trampolín, pueda dar el salto y elevarse hasta Dios" (Retract 1, 8,3).

Sigamos la andadura del hijo de la parábola. Viéndose en la mayor miseria física y moral, dice el texto bíblico que entró dentro de sí. O recapacitó, que es lo mismo. Dejó de vagabundear por la región de la muerte, y se puso a caminar por un camino nuevo, hacia adentro. Y se encontró hambriento de un padre de quien se había alejado, de una casa que había abandonado, de un amor del bueno, de un pedazo de pan compartido. Jamás habría vuelto a la casa del padre si no hubiera retornado a sí para conocer su situación, su miseria, el poquito de amor que le quedaba y su hambre de pan y cariño.

Así también Agustín. Arranca, primero, con una confesión: *"Tú, Señor, estabas delante de mí, pero, como había huido de mí mismo, no me encontraba, ¡cuánto menos a ti!" (Conf, 5, 2, 2).* Y luego, al tiempo, decide buscar por donde debía: "por dentro de sí". Y comenzó a vislumbrar la Verdad que tanto buscaba y hambreaba. Se encontró a sí mismo y halló también el comienzo de un sendero nuevo o por el que podría retornar a la casa del Padre.

Un camino para todos

Y como a él le fue bien, nos invita a todos a emprender ese mismo camino con decisión y gozo. Nos estimula a ir más allá de nosotros mismos, a la fuente donde se encuentra la verdad de todo, el mismo Dios. No teoriza. Habla desde su experiencia personal

Busqué al Señor y él me respondió (Sal 34, 5). ¿Dónde escuchó el Señor? Dentro. ¿Dónde contestó? Dentro. Allí oras, allí te escucha, allí te sientes feliz…, como lo indica el Señor en el evangelio: 'Entra en tu cuarto, cierra la puerta y reza a tu Padre en privado…'. Por eso, cuando entras en tu cuarto entras en tu corazón. Dichosos aquellos que hallan sus delicias al entrar en sus corazones y no hallan en ellos mal alguno (In ps 33, serm 2).

Y añade: "No nos limitemos al disfrute de las realidades temporales. También nosotros tenemos nuestro apartamento. ¿Por qué no entramos dentro? ¿Por qué no reflexionamos en los años eternos ni encontramos alegría en las obras del Señor? (In ps 76, 13-14)

Esta es la experiencia de Agustín. ¿Es también la tuya?

La conciencia de cada hombre, cuando tiene el coraje de afrontar los interrogantes más graves de la existencia humana, y en particular el del sentido de la vida, del sufrimiento y de la muerte, no puede dejar de hacer propia aquella palabra de verdad proclamada a voces por San Agustín: "Nos has hecho, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti".
(Chritifideles laici, 4)

Para recordar

- En el proceso agustiniano de interiorización, el segundo paso es entrar dentro de uno mismo. Ahí dentro está la raíz de donde brota lo que eres y haces.
- Crecerás en tu personalidad de creyente en la medida en que ahondes y te metas dentro de ti. Como el árbol, como el edificio..
- Es rica la experiencia de Agustín. Siguió, sin saberlo, los pasos del hijo de la parábola, y así pudo encontrar el camino de retorno a la casa del Padre
- Es también un camino válido para todo hombre que quiera buscar y encontrar el sentido de su vida.

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿Qué zonas de tu personalidad escapan todavía a tu conocimiento? ¿Crees que te conoces lo suficiente como para proyectar tu vida personal y crecer en la fe?
2. ¿Qué te dice el símil de la raíz y el árbol, el cimiento y el edificio? ¿Cuál es tu raíz y tu cimiento? ¿Por qué?
3. ¿Te ves retratado en la parábola del hijo pródigo? Si así es, ¿en qué situaciones? ¿Qué haces entonces?
4. ¿Qué te dice la experiencia de Agustín? ¿Es también la tuya?
5. ¿En qué circunstancias o momentos te pones a reflexionar sobre ti mismo? ¿Qué encuentras entonces?

Para orar con Agustín

Tarde te amé,
belleza tan antigua y tan nueva,
tarde te amé
El caso es que tú estabas dentro de mí y yo fuera
y fuera te andaba buscando.
y, como un engendro de fealdad,
me abalanzaba sobre la belleza de tus criaturas.
Tú estabas conmigo,
pero yo no estaba contigo.
Me tenían prisionero lejos de ti aquellas cosas
que, si no existieran en ti, serían algo inexistente

Me llamaste,
me gritaste,
y curaste mi sordera.
Relampagueaste,
resplandeciste,
y tu esplendor disipó mi ceguera
Exhalaste tu perfume,
respiré hondo,
y suspiro por ti.
Te he paladeado,
y me muero de hambre y de sed.
Me has tocado,
y ardo en deseos de tu paz
(Confesiones 10, 27, 38)

15. En el hombre interior habita la verdad

Es un paso más en el proceso de interiorización agustiniana. Ya diste dos: el primero, no ir hacia afuera; el segundo, entrar dentro de ti. Este paso podría considerarse, más bien, un hallazgo. El que bucea en su mar interior, sin descanso ni desmayo, con empeño y hambre siempre sentida de la verdad, se topa al fin con ella.

Ahí está Dios. Más íntimo a ti, dice el santo, que tu misma intimidad. Más dentro de ti, que tú mismo. Ya ves que no se trata de un salto en el vacío hacia lo profundo de ti. Ahí hay Algo, o mejor, Alguien que te espera, que te acoge. La Verdad.

Dios es la verdad de todo, es la misma Verdad. Dios-Verdad, en quien, de quien y por quien son verdaderas todas las cosas (Sol 1,1,1).

Muchas verdades y una sola verdad

Hay verdades y hay verdad. Es bueno distinguir ambos términos. Dice el diccionario de la Real Academia de la Lengua que verdad es la "conformidad de las cosas con el concepto que de ellas se forma la mente"; o también "conformidad de lo que se dice con lo que se siente o se piensa".

Verdad me parece que es lo que es, dice el santo. *Nada, pues, habrá falso, pues todo lo que es, es verdadero (Sol 2, 5, 8).* Es una definición de la verdad ontológica. Y en otro lugar: Llamo verdadero a aquello que es en sí tal como parece al sujeto conocedor, si quiere y puede conocerlo.

Así, es verdad que la tierra gira alrededor del sol; o que dos y tres son cinco; o que los ríos llevan agua. Son afirmaciones de orden científico que nadie puede negar, pero que nada dicen al corazón humano.

Hay otra clase de verdades que se refieren al orden moral, porque aportan contenidos de valor al corazón humano. Por ejemplo, entre miles, "el que mucho ama, perdona siempre", "uno es feliz en la medida en que hace feliz a los demás",

"el corazón no se llena ni satisface con dinero, sino con amor"...

Todo esto lo sabía también Agustín. Es más, lo experimentaba en carne propia, lo vivía. Pero él buscaba la verdad fundamento de todo; la verdad como respuesta a los interrogantes más profundos del hombre; la verdad, que una vez conocida, fuera capaz de llenar y satisfacer sus anhelos y las necesidades más vitales del corazón.

Es cierto que los riachuelos de agua pueden satisfacer la sed del caminante en días de sol y fatiga. Pero el agua de la fuente es más limpia, más clara, más fresca. Y es, además, el origen del río.

Es cierto que los momentos de placer y gozo, cuando son sanos y perduran, alegran el corazón y sosiegan el espíritu. Pero no es menos cierto que cuando uno descubre la fuente de donde brotan todos ellos, y bebe de ella, se sacia y "ya nunca más volverá a tener sed" (Jn).

De la verdad y la mentira

El mundo está lleno de engaños y fraudes, de mentiras y falsedades. Examina, si no, el campo de la política, donde todo o casi todo se somete al logro del poder por el poder y se airean promesas que no se van a cumplir, o se dice lo que conviene en ese momento, aunque se piense lo contrario; el campo de los negocios, donde lo que manda y marca criterios de comportamiento es el dinero, y valen las trampas y los manejos sucios, aun dentro, muchas veces, de un marco de legalidad; el campo de las relaciones humanas; en la vida familiar, porque interesa que no salgan a la luz ciertas aventuras extramatrimoniales o el mal manejo del dinero. Y tantas más.

Se dice, y en ocasiones es verdad, que no hay mentira mayor que una verdad a medias.

A nadie le gusta que le mientan. Aunque se trate de asuntos sin importancia o de cosas banales. Nos molestamos cuando alguien, por las razones que sean, nos engaña. Nos sentimos, entonces, humillados y manipulados. Burlados.

Pero no es menos cierto que sentimos una cierta inclinación a simular lo que no es, a engañar y así quedar bien, a ocultar ciertos hechos o errores que podrían delatarnos o dejarnos en evidencia y a manipular al otro para provecho propio.

He conocido a muchos que querían engañar – dice el santo –, pero a nadie que quiera ser engañado (Conf 10, 23, 24).

Verdades que sí lo son

Abundan así mismo las grandes verdades. Verdades que reafirman y consolidan el amor y la confianza, que impulsan al hombre a seguir creciendo como persona en un grupo o comunidad de hermanos, a construir un mundo más humano, más justo y solidario, y una familia más integrada en la unidad y la fidelidad.

Cuando sabes, porque es verdad, que Dios te ama, que tu esposo te es fiel en todo momento, que tu trabajo es valorado y reconocido porque te ven capaz y responsable, que disfrutas de una paz como fruto del amor y no del miedo o de una imposición absurda e inhumana, que, en lo que cabe, eres libre y no esclavo de nada ni de nadie, que tu servicio al hermano le hace sentirse mejor..., cuando todo esto ocurre, eres más feliz. Porque arrancan de Dios-Verdad de todo

Pero todo esto, toda esta serie de pequeñas o grandes verdades, necesita un

sustento, un punto de partida o una fuente de donde dimanan todas ellas. Nada se sostiene por sí mismo o en sí mismo. Todo necesita estar asentado en la roca "inmóvil en sí misma". Tú y yo sabemos que esta roca firme es Dios. Necio es aquel hombre que edifica su casa sobre arena... Es sabio quien la levanta sobre la roca (Mt. 7, 24-27).

San Agustín es reiterativo al afirmar que la verdad es el mismo Dios: *Donde he encontrado la verdad, allí he encontrado al mismo Dios, que es la mismísima Verdad (Conf 10, 24, 35). O el mismo Jesucristo, el Verbo, el Hijo de Dios: Cuando Cristo da testimonio de la verdad, da testimonio de sí, porque voz suya es: Yo soy la verdad (In Jn 115, 4). El Señor es la misma Verdad, la Verdad suprema (Serm 28, 5).*

Y está dentro de ti. Te lo decía el santo un poco más arriba: Más dentro de ti, que tú mismo (o que tu misma intimidad). En el interior de ti mismo. Ahí está Dios, que te habita. *En el interior del hombre está la verdad; es en el interior del hombre donde Dios habita como en su templo; es en el interior del hombre donde Cristo, maestro interior, enseña al hombre la verdad (El Maestro 11, 38).*

Se trata de reconstruir la vida "desde el cimiento último", para que pueda tener consistencia y unidad. El hombre se renueva, no desde materiales dispersos, sino desde el interior. De este encuentro con la Verdad-Dios surge el hombre nuevo. Nadie sale de este encuentro con las manos vacías, mucho menos deteriorado. Nace entonces, o renace, una vida nueva, porque brota de la misma fuente de la vida que mana sin cesar y comunica su mismo ser a quien a ella se acerca.

¡Qué gran regalo de Dios al hombre! La liturgia de la Iglesia dice del Espíritu Santo que es dulce huésped del alma.

El camino mejor

Me dirás que a Dios se le puede encontrar también en la eucaristía, en su palabra, en la naturaleza, en los acontecimientos de la historia, en el hermano, etc. Y es verdad. Pero, antes, hay que partir de un deseo y, en ocasiones, de una necesidad sentida. Pero este deseo, aunque lo consideres tuyo – y lo es - lo impulsa el mismo Dios que está dentro de ti. Y es Dios también quien, en últimas, te hace sentir la necesidad de buscarle.

Entonces me dirigí a todas las cosas que rodean las puertas de mi ser: "Habladme de mi Dios, ya que vosotras no lo sois. Decidme algo de Él". Y me gritaron con voz poderosa: "Él es quien nos hizo".

Acto seguido me dirigí a mí mismo y me pregunté: "Y tú ¿quién eres?" Yo contesté: "Un hombre". Aquí me tienes, equipado de un cuerpo y de un alma, el uno, exterior, la otra interior. ¿A cuál de los dos debo preguntarle sobre mi Dios, a quien ya había buscado con el cuerpo, desde la tierra hasta el cielo? Indudablemente el elemento interior es el más selecto. A él se referían todos lo elementos externos, diciendo: "No somos tu Dios", "Él fue quien nos hizo".

La búsqueda de Dios arranca del corazón y es allí también donde, en primer lugar, se logra el encuentro con Él. Porque, no lo olvides, él está muy dentro de ti.

Pero, no es fácil el camino; para lograrlo, es necesario cultivar la capacidad para reflexionar y meditar. Es imprescindible equiparse de una buena dosis de constancia, paciencia, humildad, amor limpio, y deseo, mantenido a toda costa, de encontrarse con el Dios de la vida.

El hallazgo de la verdad es la felicidad misma

Una vez encontrado, serás feliz. Oye al santo: *Entonces, ¿cómo te busco, Señor? Porque al buscarte, Dios mío, busco la vida feliz. Te buscaré, Señor, para que viva mi alma (Conf 10, 20, 29).*

¿Cabe mayor riqueza que Dios dentro de ti? Quienquiera que seas, dondequiera que estés, no importa tu profesión o trabajo, rico o pobre, laico o clérigo, joven o adulto, si estás en sintonía con Dios, porque escuchas su palabra y la cumples, eres morada de Dios.

Si estás en gracia y sin pecado, eres templo del mismo Dios. Más sagrado que el templo más hermoso o cualquier basílica mayor.

Y si todavía domina en ti el pecado, Dios se hará el encontradizo dentro de ti si lo buscas de corazón si quieres regresar a Él para quedarte con Él.

Y termino con unas palabras de Agustín que valen por todo un libro: *Dios-Verdad, en quien, de quien y por quien son verdaderas todas las verdades. Dios, de quien separarse es morir, a quien acercarse es resucitar, con quien habitar es vivir. Dios, de quien huir es caer, a quien volver es levantarse, en quien apoyarse es estar seguro. Dios, a quien nos urge la fe, nos acerca la esperanza y nos une la caridad (Sol 1, 1, 3).*

> *El mundo actual testifica, siempre de manera más amplia y viva, la apertura a una visión espiritual y trascendente de la vida, el despertar de una búsqueda religiosa, el retorno al sentido de lo sagrado y a la oración, la voluntad de ser libres en el invocar el nombre del Señor. (Christifideles laici, 4)*

Para recordar

- Hay muchas verdades y una sola verdad. Pero tales verdades lo son en verdad (y valga la redundancia) en tanto en cuanto arrancan de la única Verdad, que es Dios.
- En opinión de San Agustín, el camino mejor para llegar a ella es el que va al interior del hombre. Las cosas exteriores vienen a ser indicadores de ese camino.
- El hallazgo de la verdad es la felicidad misma. Dios es la única fuente de la auténtica felicidad. En la tierra, en lo que cabe; en el cielo, plenamente.

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿Cómo te sientes cuando te eres engañado por alguien? ¿Y cuando eres tú quien ha engañado o mentido?
2. ¿Sueles utilizar la mentira o el engaño para obtener algún beneficio? ¿A qué se deben tus pequeñas o grandes mentiras, si es que las dices? ¿Te has sentido perjudicado por tener que decir en algún momento la verdad?
3. ¿Eres, como Agustín, buscador de la verdad? ¿Qué dificultades encuentras para encontrarla?

4. ¿Qué supone para ti conocer a Dios que es la Verdad? ¿Cómo influye en tu vida, en tus relaciones con los demás, en la familia, en el trabajo, etc.?

Para orar con Agustín

Señor y Dios mío, en ti creo,
Padre, Hijo y Espíritu Santo,
mi única esperanza.
Óyeme para que no sucumba al desaliento
y deje de buscarte;
sino que ansíe siempre tu rostro con ardor.
Dame fuerzas para la búsqueda,
tú que hiciste te encontrara
y me has dado esperanzas
de un conocimiento más perfecto.
Ante ti está mi fuerza y mi debilidad:
sana ésta, conserva aquélla.
Ante ti está mi ciencia y mi ignorancia:
si me abres, recibe al que entra;
si me cierras el postigo, abre al que llama y te ame.
Haz que me acuerde de ti,
te comprenda y te ame.
Acrecienta en mí estos dones
Hasta mi reforma completa. Amén
(De Trin. 15, 28, 51)

16. Trasciéndete a ti mismo

El camino de la interioridad no termina en uno mismo

Transcribo unas palabras del P. Francisco Moriones del primer volumen de su obra "Espiritualidad Agustino-Recoleta". Dice así: *"Aleccionado por la experiencia del feliz desenlace de su drama personal, san Agustín formuló el famoso principio de interioridad, llamado a producir también frutos de conversión y santidad en otros santos. Sin embargo, para que el programa agustiniano de interioridad produzca los deseados resultados, debe ser aplicado en su totalidad. No recomienda san Agustín la interioridad por la mera interioridad. La auténtica interioridad debe conducir a la trascendencia... Es necesario que el hombre entre en sí mismo, para después elevarse sobre sí mismo, y hallarse con Dios"*. El subrayado es mío.

Bien sabía san Agustín que el "proceso de interioridad" no podía terminar en el aposento último y más recóndito de la propia intimidad. El santo no buscaba un refugio, sino un camino. Ansiaba el descanso para su corazón inquieto, pero lo buscaba para seguir moviéndose en torno a otro centro, Dios, quien iba a ser, en adelante, el norte de su vida y la meta final.

El buscador de oro no se contenta con el hallazgo feliz de unas pepitas de tan preciado metal en la mina que va horadando dentro de la tierra, sino que, al encontrarlas, ahonda más todavía, encuentra un tesoro más abundante, y sale con él para su utilización y disfrute.

El árbol – es un suponer – no daría fruto si se limitara únicamente a mirar sólo sus raíces y en ellas se gozara y descansara. Primero, se "profundiza" él mismo, y luego, desde ellas, crece hacia lo alto y da fruto. Bajad para que podáis subir hasta Dios (Conf. 4, 12, 19), nos dice el santo, como si tuviera presente este el ejemplo anterior.

Hacia Dios y el hermano

Es la invitación de Agustín: salir de uno mismo, con Dios, para emprender, sin descanso, un camino nuevo que lo lleva siempre a "la casa del Padre", al encuentro de Dios y de los hermanos. Recuerda la parábola del hijo pródigo.

Comprenderás que el "hombre interior agustiniano" no se identifica con el introvertido. El introvertido es el hombre metido en sí mismo, reservado, cerrado al mundo exterior; y, si se abre a él, es para conseguir todo aquello que le pueda aprovechar, y refugiarse de nuevo en su propia cueva.

El "hombre interior agustiniano" se abre al otro – Dios, el hermano, el mundo... – lo asume, se entrega y comparte.

Cuando hayas encontrado tu camino de retorno a ti mismo, no te cierres en banda en tu interior... Vuélvete a aquel que te creó (Serm 330, 3)

La espiritualidad cristiana, y por lo tanto la agustiniana, no es, no puede ser, una espiritualidad intimista. Sería, entonces, huida y evasión, y no encuentro y servicio.

De lo interior poseído, al exterior como encuentro

Es lo que buscan, en último término, muchos hombres y mujeres de hoy. A veces, por caminos equivocados. Acuden, por ejemplo, a las llamadas espiritualidades orientales, que ofrecen, a quienes las hacen suyas y las practican, relajación, paz interior, autodominio y tranquilidad. Aspiración ciertamente legítima, pero que se quedan a mitad de camino y hacen abortar las aspiraciones más profundas del hombre y sus inquietudes más sanas.

No es lo mismo, por tanto, la llamada "meditación transcendental" utilizada en estas espiritualidades, que la interioridad transcendida agustiniana.

La primera va únicamente de lo exterior a lo interior. Y ahí se queda, ahí se refugia. "Transciende" – dicen los que la practican – o pasa de las preocupaciones y realidades del mundo, con sus miedos y tensiones, a la quietud y el sosiego total.

"¡Qué bien se está aquí!", decía Pedro en el Tabor. Se veía sin problemas ni preocupaciones, a salvo de trabajos y sufrimientos, alejado de los hombres que lo pudieran inquietar, feliz y contento. Pero el evangelista dice que no sabía lo que decía. Y las palabras de Jesús lo despiertan de su ensueño: "Levantaos, no tengáis miedo... El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho, ser despreciado...".

Es la invitación a salir de un cierto ensimismamiento o la búsqueda de uno mismo, para vivir en relación con todo lo creado. El tesoro – la Verdad-Dios - que has encontrado dentro de ti no es sólo para ti. Se perdería para ti si no lo compartieras. Te quedarías sin nada si no lo comunicaras. Dejarías de ser tú mismo si te buscaras

sólo a ti mismo.

La fuente va entregando toda el agua que desde el interior de la tierra le va llegando. Sería agua muerta si la reservara toda para sí. Se convertiría en fuente de nada. Es fuente de agua viva porque sale de sí y corre. Se convierte en fuente de vida.

Dios nos convoca a que nos acerquemos y bebamos, si es que tenemos sed interior. Más aún: dice que si bebemos, de nuestras profundidades brotarán surtidores de agua viva... Si llegara a pensar (el hombre) que lo que bebe lo bebe sólo para sí mismo, no serían aguas vivas las que fluirían de sus profundidades. (In Jn 32, 4).

La "interioridad transcendida"

Es "la interioridad transcendida". Así la llaman los agustinólogos. No se trata de huir de nosotros mismos, - sería una actitud alienante - sino de ir más allá de uno mismo, con Dios-Verdad como bagaje, y, orientados al mismo tiempo, hacia el mismo Dios. Y nos situamos así en el mundo, para transformarlo, y con los hermanos, para compartir con ellos la experiencia del amor de un Padre común a todos.

No otra cosa hace la mujer del evangelio que busca la moneda perdida por todos los rincones de la casa. Cuando la encuentra, salta de alegría y contento, sale a comunicar a las vecinas la buena noticia y comparte con ellas la alegría por el hallazgo feliz de la moneda perdida.

El hombre agustiniano sabe que su vida no se agota en su propio yo. Su vida es lugar de encuentro con Dios y los hermanos. Él mismo se convierte en camino abierto y generoso, para ir siempre un poco más allá de su propia realidad y encontrarse siempre con Dios y los hermanos.

También la naturaleza se hace objeto de amor, cuidado y goce. En ella se comparte la vida, en ella nos relacionamos con el hermano, en ella encontramos huellas y presencia de Dios.

El hombre agustiniano defiende y cuida todo lo creado, recrea el medio natural en que vive y trabaja y se recrea con la bondad y belleza de las cosas creadas. Es ecólogo en el mejor sentido de la palabra.

La psicología moderna, si es sana, dirá que este es un camino adecuado que nos ayuda a crecer como personas equilibradas, maduras y sanas. O a ser más y mejores personas. Entre otras razones, porque se parte, en primer lugar, del conocimiento de uno mismo. *¡Oh Dios que eres siempre el mismo! Conózcame a mí, conózcate a ti. He aquí mi plegaria (Sol 2, 1, 1). ¡Oh, si los hombres conociesen lo que son: hombres! (Conf 9, 13, 34).*

Conocimiento y aceptación

Este conocimiento lleva al hombre a descubrir que él "vale la pena"; que su vida es un don pero también una conquista permanente, que es preciso valorarla y amarla, defenderla, cuidarla y comunicarla; que tiene su historia personal en la que él es su propio protagonista; que su personalidad, con sus rasgos positivos y negativos – que de todo habrá – debe ser lugar de encuentro en el hogar común que es la humanidad.

Y conocerá también que tiene talentos, no importa cuántos ni de qué clase, que no puede enterrar.

Que está hecho "a imagen y semejanza de Dios" y que, por lo tanto, es también

- debe ser - como su creador, donación generosa y amor gratuito. De no ser así, caería en un narcisismo absurdo y alienante.

Y se pasa, después, por la aceptación de lo que él es, de sus propias limitaciones, pero también de sus cualidades y talentos. Ahora hablan de la autoestima como medio muy adecuado para ser uno mismo, sin inhibiciones ni bloqueos, valorándose como persona, con capacidad para relacionarse con los demás desde su yo personal y único.

Cuida, por tanto, su salud, defiende su libertad, estudia para ser más y servir, se educa en la responsabilidad y crece en madurez. Porque se ama a sí mismo. Es un deber.

Dios nos ama primero

Además de la autoestima como valor, el hombre agustiniano tiene una estima superior que le viene de Otro, sabe que es estimado y amado por Alguien. Experimenta ese amor y se goza con él. *Amar y ser amado era la cosa más dulce para mí (Conf 3, 1, 1).*

Ama a Dios, porque Dios le amó primero. Ama al hermano, porque así vivió Cristo el amor.

Se ama a sí mismo, para poder amar a los demás. Pero, además, se deja amar con un amor entregado hasta el extremo – el de Cristo -, y lo derrama hacia el hermano. Es vaso comunicante de lo que es y tiene. Nada se reserva para sí. Da y se da. Sabe que la vida se tiene en cuanto se comunica. Y el amor, también. Experimenta gozosamente ese amor y hace a otros partícipes de él.

Se pregunta Agustín: *¿Con cuánto amor debemos amar al hermano y con cuánto a Dios? No debemos preocuparnos por esta cuestión: a Dios debemos amarle incomparablemente más que a nosotros; al hermano, como a nosotros mismos; y a nosotros mismos tanto más nos amamos, cuanto más amemos a Dios (De Trin 8, 7, 12).*

Todo eso significa el término "transcender" en el proceso de interioridad agustiniana.

> *La síntesis vital entre evangelio y los deberes cotidianos de la vida que los fieles laicos sabrán plasmar, será el más espléndido y convincente testimonio de que, no el miedo, sino la búsqueda y la adhesión a Cristo son el factor determinante para que el hombre viva y crezca, y para que se configuren nuevos modos de vida más conformes a la dignidad humana. (Christifideles laici, 34)*

Para recordar

- El camino de la interioridad agustiniana va más allá de uno mismo. No tiene cabida, por tanto en sus objetivos, la evasión, el ensimismamiento, la autocomplacencia. Para eso están las llamadas "espiritualidades orientales".
- Sí, como medio, la autoestima. El "camino agustiniano" va hacia Dios, como aspiración y meta, y pasa por el hermano. No otra cosa pide el evangelio de Jesús.
- También la naturaleza se hace objeto de amor, cuidado y goce. En ella se

comparte la vida, en ella nos relacionamos con el hermano, en ella encontramos huellas y presencia de Dios.

•Pero antes, es necesario conocerse a fondo – en lo hondo de uno mismo – y aceptarse tal cual es, con sus limitaciones y posibilidades, con sus talentos y vacíos, con sus capacidades y deficiencias. Y superarse día a día.

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿Qué buscas cuando, en la meditación o contemplación, entras dentro de ti? ¿Te buscas a ti sólo (paz, autodominio, evasión de la realidad...), o vas siempre un poco más allá?
2. Si es la Verdad-Dios a quien buscas, una vez hallada, ¿te la quedas sólo para ti? ¿A qué te impulsa Dios? ¿Qué te pide tu fe, qué te exige el amor que Dios ha derramado en ti?
3. ¿Compartes con tus hermanos tu experiencia de un Dios que te ama y que es Padre de todos? ¿Qué gestos o señales das de que es así?
4. ¿Defiendes la naturaleza o la destruyes? ¿La cuidas? ¿Cómo?

Para orar con Agustín

He aquí, Señor, que tú me incitas a amarte.
¿Y podría yo amarte
si antes tú no me hubieses amado?
Si hasta el presente he sido perezoso
para corresponder a ese amor
que no lo sea en adelante
Has sido el primero en amarme,
y ¿ni aun así te amo!
En esto se manifiesta tu amor para conmigo:
en venir a este mundo
para que yo consiga por ti la vida, Dios mío,
si te amo de veras,
Encenderé en tu amor a todos mis allegados
y a todos los que viven en mi casa.
Traeré a todos los que pueda
con mis exhortaciones, con mis ruegos...,
siempre con mansedumbre y dulzura.
Yo crezco por ti, no tú por mí.
Y no obstante, tú fuiste el primero en amarme,
antes de que yo te amase.
Y me amaste hasta el punto
de venir al mundo por para morir por mí.
Tú, que nos has creado,
te hiciste uno de nosotros.
(In ps 33. y 149)

17.- Creer con amor

Qué es la fe

No es fácil ofrecer una definición exacta acerca de lo que es la fe. Antes se decía, y todavía lo dicen muchos, que fe es creer lo que no vemos. En parte es verdad, pero no deja de ser una definición muy pobre, además de fría e inútil. Una fe así deja indiferente a quien cree de ese modo. Es como creer que la tierra dista del sol equis kilómetros. Los que sean. ¡Qué más da!

Para muchos la fe viene a ser tener en la cabeza una serie de verdades dogmáticas. Pero, si estas verdades se quedan depositadas en la mente nada más, como si de un baúl se tratara donde estuvieran todas ellas encerradas bajo siete llaves para que ninguna de ellas se perdiera, de nada o de muy poco servirían. (Dios, los sacramentos, la Iglesia, la resurrección de los muertos...).

Otros dicen que son cristianos porque están bautizados, se confirmaron y quizás hasta se casaron por la Iglesia. Son bautizados, pero puede ocurrir que no sean creyentes.

Para otros la fe viene a ser una adhesión personal a las verdades reveladas, contenidas en la Sagrada Escritura o transmitidas por la tradición y enseñadas por el magisterio de la Iglesia. Se trata, en este caso, de un avance en el camino de la fe. Están todavía a medio camino.

Hay quien dice que la fe no se tiene, sino que se vive. Aunque sería más exacto decir que la fe se tiene en cuanto se vive. Parece un juego de palabras, pero no lo es. El matiz que diferencia o distingue ambas afirmaciones es importante.

"La fe, según el Catecismo de la Iglesia Católica, es ante todo una adhesión personal del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado" (n. 150). Y añade: "Para el cristiano, creer en Dios es inseparablemente creer en Aquel que él ha enviado, su Hijo amado, en quien ha puesto toda su complacencia" (n. 151).

Según esta doctrina del Catecismo, dos son los elementos que integran la fe: la adhesión personal del hombre a Dios y el asentimiento a la verdad revelada.

¿Qué nos dice San Agustín acerca de todo esto?

Creer a y creer en

La fe es inseparable del amor y la esperanza. Quien cree con fe cristiana, ama; quien ama, cree; quien cree y ama, espera. No se puede dar una sin las otras dos. Más todavía, podría decirse que todo es fe, todo es amor, y todo es esperanza.

Importa mucho distinguir entre creer a Cristo y creer en Cristo. Porque también los demonios creen que Él es el Cristo. Pero ellos no creen en Cristo. Cree en Cristo el que espera en Él y le ama, porque si tiene fe sin esperanza y sin amor, cree que existe Cristo, pero no cree en Cristo (Serm 144, 2).

La preposición a indica solamente asentimiento o aceptación de una verdad dicha por alguien, pero la persona de este alguien queda al margen del acto de fe. Por el contrario, la preposición en implica y exige adhesión a la persona que afirma o dice una verdad y aceptación de esta verdad. Esta persona es Dios, es Cristo.

Fe y cambio de vida

La fe, en cuanto adhesión a la persona de Cristo – mucho más si es con amor, como así debe ser, ya que creer en Cristo es amarle (In ps 130, 1) – conlleva necesariamente un cambio de vida. El cristiano ha encontrado, entonces, otro molde al que tiene que ajustar su vida, sin dejar de ser él mismo. Ha encontrado a alguien, Cristo, a quien merece la pena seguir, por quien todo se puede dejar, con quien todo se puede compartir.

Le ocurrió a Saulo camino de Damasco; le ocurrió a Agustín en su camino de búsqueda incansable; les ocurre a todos los creyentes de verdad.

Puesta en práctica la adhesión a la persona de Jesús, se sigue, sin la menor dificultad, la aceptación de todo lo que él dice, de todo su mensaje. Y es fácil creer a la Iglesia, depositaria y pregonera del mensaje de Jesús. Es esta fe cristiana la que te une a la Iglesia, la que te hace vivir en comunión con ella.

A quien cree en Cristo, por la fe que tiene en él, le viene Cristo a él y, en cierto modo, se une con él y se hace miembro de su cuerpo, cosa que no se haría si a la fe no se unieran la esperanza y la caridad (Serm 144, 2).

La fe en Jesús determina la dirección de la vida del creyente. Ya no será él, en adelante, el centro o la meta de sí mismo, sino Cristo. El mundo, más que un lugar permanente para vivir con un final irremediable, será una tarea para transformarlo y re-crearlo y un camino para ir siempre un poco más allá.

Y el otro, quienquiera que él sea, no será un extraño ni un competidor, sino un hermano, la prolongación del propio yo, para compartir la vida y caminar unidos hacia Dios. Los creyentes, una sola alma y un solo corazón hacia Dios. Y será así, porque el amor – o la fe animada por el amor - será el centro de la vida cristiana. Es difícil que viva mal quien cree bien (Serm 49, 2).

Fe dinámica

La fe, como la vida misma, es algo dinámico. Es un don de Dios, nace en nosotros, crece, madura y da fruto. Una fe estática y pasiva, no será cristiana. Una piedra podrá ser una mole enorme, y hasta hermosa a la vista, pero será materia muerta. Y un árbol, o una planta pequeñita - lo mismo da- , tiene vida. Es vida que le ha llegado en la semilla, que germina, nace, crece y da su fruto.

Así, la fe

Y aquí "entra" el hombre. Aquí "entras" tú. Dice San Agustín en otro contexto: Dios, que te ha creado sin ti, no te salvará sin ti. Aplicadas estas palabras a la fe, podríamos decir: La fe, don de Dios, podrá morir, o quedarse enana y raquítica, y no madurar ni dar fruto, e incluso morir, sin tu colaboración.

En la vida de la gracia, tú no tienes nada que sea tuyo o cuyo origen, en últimas, esté en ti. Eres pura capacidad. Todo es don. Hasta tu misma capacidad es don. Pero serás llenado en tanto en cuanto te abras a Dios. Y la medida de lo que se te da – la fe - irá creciendo y aumentando en ti.

Prepara tu vaso para ir a la fuente, a la fuente de la gracia. ¿Qué significa "prepara tu vaso"? Crezca tu fe, aumente tu fe, robustézcase tu fe (Serm. Frang. 2, 6) Y en otro lugar: Crezca tu fe, aumente tu fe, hágase firme tu fe; no sea vacilante, quebradiza, no se tronche

con las tribulaciones de este siglo. Pasada por el fuego, sea sólida tu fe. Cuando dispongas y tuvieres tu fe, como recipiente idóneo, el Señor te colmará (Serm 339, 6).

Requisitos o condiciones

Para ello es necesario ser humilde. El soberbio no cree a nadie, mucho menos en nadie. El humilde se presenta a Dios como un recipiente vacío, sin nada y necesitado de todo, y Dios, que se revela a los humildes y sencillos, lo va llenando. Como la planta que germina en el humus de la tierra para nacer, crecer y dar fruto.

Otro elemento importante para que pueda crecer tu fe es la catequesis y la celebración litúrgica. Como la planta que necesita la labor asidua del campesino, que la riega, la abona, la libra de malas hierbas, la protege y le ayuda a dar fruto.

La catequesis no es tanto conocimiento cuanto formación y vivencia. También conocimiento, claro está. Es necesario saber los contenidos de la fe. Cuanto más, mejor. *Cree para entender y entiende para creer (In Jn 29, 6).*

San Agustín afirma que la fe es un medio excelente para conocer más profundamente los misterios de Dios (Serm 126, 11). La fe, unida al amor, radica en el corazón, y los ojos del corazón, afirma el santo, son más penetrantes y vigorosos que los ojos de la carne.

Pero también afirma que cuanto más completo sea el conocimiento de los contenidos de la fe, esta será más firme, más sólida y a prueba de los vaivenes del tiempo y de los hombres.

Este papel lo cumple la acción catequética, que debe ser progresiva, sistemática en lo posible, y vivencial. Si la fuente de la fe es Dios, la catequesis será un apoyo necesario.

Catequesis y liturgia

También la celebración litúrgica. Una de las primeras experiencias litúrgicas de Agustín, cuando estaba naciendo a la fe cristiana, lo llenó de honda emoción y piedad: *¡Cuántas lágrimas derramé escuchando los bellos himnos y cánticos que resonaban en tu iglesia! Me producían una honda emoción. Aquellas voces penetraban en mis oídos, y tu verdad iba penetrando en mi corazón. Fomentaban los sentimientos de piedad, y las lágrimas que derramaba me hacían bien (Conf 9, 6, 14).*

Si esto fue al comienzo de su camino de fe, no cabe duda que esa misma fe se iba acrecentando y vigorizando en las celebraciones litúrgicas en las que, en adelante, participaba o presidía. En uno de sus sermones, dentro de una celebración litúrgica, dirá que el creyente acepta con sencillez la Palabra de Dios y encuentra en ella una luz para su camino en este mundo.

La fe es compromiso

San Agustín sabía además que, si la fe es un don, se guarda, se cultiva y acrecienta en la medida en que se da o comunica a otros. La fe, al ir acompañada y animada por el amor, tiene que derramarse necesariamente hacia los demás, hacia el hermano. Dicho de otra manera - y una vez más -, la fe se tiene o se vive, en cuanto se comparte.

Cuando la fe se "tiene", como si de un tesoro bien guardado se tratara,

únicamente para ti, al margen de la vida de los demás, porque es tuyo, porque Dios te lo ha dado y debes conservarlo y defenderlo por encima de todo, corre el peligro de que se vaya marchitando y aun pueda morir.

Pero si la fe personal se "vive" con toda la fuerza del amor generoso, ella misma te llevará al encuentro con el hermano para compartir, para servir, para compadecer – en el sentido de sufrir con él – y cargar juntos la cruz, para construir juntos un mundo mejor, más justo y solidario. No seas depósito que contiene, dirá el santo, sino arroyo que fluye.

La adhesión personal a Cristo, que eso es la fe, exige asumir su misma misión, y hacer propios sus mismas actitudes, sus sentimientos más firmes. Vino a servir, y no a ser servido; y este servicio lo ejercía con el más pobre, con los enfermos, con los excluidos de entonces, los pecadores públicos.

Esta es mi amonestación, mi exhortación; esto es lo que enseño a vuestra caridad en el nombre del Señor: que vuestra fe vaya acompañada del amor; porque es posible tener fe y carecer de amor. Aquí radica, o de aquí arranca, la fuerza y vitalidad de tu fe, porque no hay mayor compromiso humano que el amor.

La fe es riesgo, pero también seguridad

Como lo es la vida misma. De ahí que sea también una aventura fascinante. La fe implica riesgo, pero no es temeridad. Por la sencilla razón de que se apoya en Dios que ama y todo lo puede, y confía plenamente en Él. Como es un riesgo también los primeros pasos que da el niño cuando comienza a caminar, pero se lanza y se aventura porque sabe que su madre está ahí para acogerlo. En ella encuentra seguridad y apoyo, porque confía en ella.

La fe es camino oscuro muchas veces, pero seguro, y también lleno de luces que van señalando la ruta. Es exigente, pero está lleno de apoyos para recobrar fuerzas, superar pruebas y seguir avanzando. Este camino no lo recorren los mediocres ni los satisfechos con lo que son y tienen; ni tampoco los indiferentes a todo, ni los débiles de espíritu.

Termino con unas palabras de nuestro santo: *Para poder progresar es necesario pensar más en lo que nos falta que en lo que tenemos (Serm 354, 5). Lucha y trabaja, que ningún atleta es coronado sin sudor y sin esfuerzo (Serm Morin 10, 2).* Y en otro lugar: *Despierte nuestra fe y manténgase siempre vigilante (In ps. 85, 1)*. Luchar, trabajar y vigilar. Es tu tarea. El resto, que es casi todo, lo pone de Dios.

> *El hombre es interpelado en su libertad por la llamada de Dios a crecer, a madurar, a dar fruto. No puede dejar de responder; no puede dejar de asumir su personal responsabilidad. (Christifideles laici, 57).*

Para recordar

- La fe es, ante todo, adhesión personal del hombre a Dios. Es también, en segundo lugar, asentimiento a la verdad revelada.
- La fe cristiana es inseparable del amor y la esperanza. Quien ama, cree. Quien

cree, espera.
•No es lo mismo creer a alguien que creer en alguien. Esta segunda acepción de la fe lleva a aceptar a la persona que me habla y, en lo que cabe, identificarse con él. Con Cristo.
•No es verdadera fe la que se conserva y no se comunica. Es necesariamente compromiso con el hermano.

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿Cómo has vivido hasta ahora tu fe?. En la actualidad, ¿la tienes o también la vives? ¿Qué diferencia hay entre ambos conceptos? En palabras de Agustín, ¿eres "arroyo que fluye o sólo depósito"?
2. ¿Qué elementos o condiciones te faltan para que tu fe sea viva? ¿Qué impedimentos encuentras para creer así?
3. ¿Conoces los contenidos de la fe? ¿Podrías dar razón de ellos a quien te preguntara o a quien te presentara otras opiniones? ¿Qué haces para formarte más y mejor en este sentido? ¿Es suficiente?
4. ¿A que te compromete tu fe cristiana? ¿Cuál es tu compromiso mayor en la Iglesia y con el hermano? ¿A qué más podrías comprometerte en tu vida de creyente? ¿Qué le falta en este sentido al grupo del que formas parte?

Para orar con Agustín

Señor mío Jesucristo, yo creo en ti,
pero haz que crea de tal modo
que también te ame.
La verdadera fe consiste en amarte.
No basta creer como los demonios,
que no amaban, y, a pesar de ello, creían.
Haz, Señor, que yo crea de modo que,
creyendo, te ame, y no te diga:
"¿Qué tengo que ver contigo"?,
sino, más bien,
"Tú me has redimido y yo quiero ser todo tuyo"
Uniré a mi fe recta una vida recta,
para alabarte
confesando la verdad con las palabras,
y llevando una vida buena con las obras.
Encenderé en tu amor a todos mis allegados
y a todos los que viven en mi casa.
Traeré a todos los que pueda
con mis exhortaciones, con mis ruegos...,
siempre con mansedumbre y dulzura.
Yo crezco por ti, no tú por mí.
Y no obstante, tú fuiste el primero en amarme,

antes de que yo te amase.
Y me amaste hasta el punto
de venir al mundo para morir por mí.
Tú, que nos has creado,
te hiciste uno de nosotros.
(In ps 33. y 149)

Encuentro

"Dios empieza a habitar en ticuando tú empiezas a amarle a él. Ama, pues, cada vez más a tu habitadorpara que, habitando en ti más perfectamente, Él te lleve a la plenitud de la perfección".
(In ep. Jn 8, 12)

"El precio del amor eres tú mismo. Búscate, pues, y encuéntrate. Y tras encontrarte, date a ti mismo"
(Serm 34)

"La búsqueda de Dios es la búsqueda de la felicidad. Y el encuentro con Dios es la felicidad misma"
(De mor. Ec. Cath. 11, 18)

18.- Renacidos por el bautismo

Una de las experiencias más intensamente vividas por Agustín fue su bautismo. Fue el punto final de una búsqueda apasionante y el inicio de un encuentro que no terminaría nunca. Conoces, sin duda, la escena del huerto de Milán. Desde hacía varios días se libraba en su interior una lucha de vida o muerte. Quería y no quería dar el paso definitivo. Su querer no era total y su no querer tampoco lo era. Dudaba entre morir a la muerte y vivir a la vida. Son sus palabras.

Se acercaba el momento más feliz de su vida. Entonces, en medio de aquella encarnizada pelea de mi casa interior, y que yo había avivado fuertemente en la intimidad de mi propio corazón, alterado tanto mi rostro como mi mente, me acerco a Alipio, exclamando: "Pero qué es lo que nos pasa? ¿Qué significan esas palabras que acabas de oír? Se levantan los indoctos y conquistan el cielo, y nosotros, con toda nuestra ciencia pero sin corazón, nos revolcamos en la pasión y en la carne.

En medio de esta tormenta interior que lo devoraba, se acercó a Alipio, abrió al azar la carta de Pablo a los Romanos y leyó: "Nada de banquetes con borracheras, nada de prostitución o de vicios, nada de pleitos o envidias. Más bien, revestíos de Cristo el Señor".

No quiso leer más. Ni era necesario. Sintió en ese momento como si una luz de seguridad se hubiera derramado en su corazón, ahuyentando todas sus dudas y vacilaciones.

Era el mes de agosto de 386. Faltaban varios meses para la vigilia pascual del 487, en que se celebraría su bautismo. Tuvo que ir dejando poco a poco sus actividades académicas y renunciar del todo a "los halagos de este mundo".

Casiciaco

Y se retiró, con un grupo de amigos, a una finca, Casiciaco de nombre, que le

ofrecía un amigo suyo, con el fin de prepararse a fondo para recibir su bautismo. Allí estuvieron hasta principios de cuaresma.

Aquí comienza su experiencia bautismal. Fueron varios meses de preparación para recibir el sacramento, dedicados al estudio de la Sda. Escritura, a la oración, a dialogar sobre todo lo que conducía a Dios y a la convivencia fraterna. Dios lo iba moldeando. Como la roca extraída del monte necesita ser labrada para que pueda entrar en la construcción del edificio. Él, también.

La conversión no es cosa de un día, aunque la decisión de convertirse se tome en un momento determinado. Aludiendo al profeta Isaías, confiesa: *Me vienen a la memoria, Señor, los estímulos internos con que me fuiste domando, el sistema de que te serviste para nivelarme, humillando los montes y lomas de mis pensamientos, cómo rectificaste mis caminos tortuosos y cómo suavizaste mis senderos abruptos (Conf 9, 4, 7).*

Tu propia experiencia

Esta experiencia prebautismal de Agustín habla por sí sola. Está claro que tú y yo, por haber sido bautizados de niños, no pasamos por esta etapa previa al bautismo. Por lo tanto, no se nos exigió la conversión de nuestros pecados ni tampoco una preparación a fondo para recibir el sacramento.

Pero cabe, y quizás es necesario, vivir intensamente una experiencia postbautismal. Es decir: la fe recibida en el bautismo, que viene a ser un segundo nacimiento, debe germinar con fuerza, nacer y crecer vigorosamente, para dar fruto, y fruto abundante.

De ahí que el bautismo, nuestro bautismo, deba ser "revivido" permanentemente. Al estilo de Agustín. La espiritualidad del creyente agustiniano crece y se reafirma en la medida en que, como Agustín en Casiciaco, se alimenta frecuentemente de la palabra de Dios, comparte con los hermanos una misma fe, ora a solas o con ellos, forma una comunidad fraterna y renuncia a todo aquello que impide la entrega al Señor y el servicio a los demás.

Esta experiencia de Agustín en Casiciaco nos habla de la necesidad de tomar muy en serio todo lo que es y significa nuestro bautismo. En primer lugar, y entre otras cosas, nuestra conversión al Señor.

Primero, conversión

No tendría sentido alguno nuestro bautismo si no viviéramos siempre de cara a Dios, que no otra cosa significa la palabra conversión. Pero ello implica y exige lucha constante, empeño denodado y ánimo siempre bien dispuesto.

La gracia de Dios es siempre abundante, pero se inutiliza muchas veces por nuestra apatía, conformismo cómodo o por un fatalismo que paraliza las empresas mejores. Peor todavía si es el pecado, o la situación de pecado, lo que domina en nosotros. Entonces, no sólo se inutiliza la gracia, sino que la mata.

Segundo, entrega total

En segundo lugar – pero no por eso menos importante, al contrario –, la entrega incondicional a Dios y a los hermanos, renunciando a todo aquello que pudiera impedir la adhesión personal, profunda y fuerte, al Señor. También como Agustín.

Me convertiste a Ti de tal modo que ya no me preocupaba de buscar esposa ni me retenía esperanza alguna de este mundo (Conf 8, 12, 30).

Se entrega a Dios de tal forma que ya no retiene nada para sí. Renuncia aun a las cosas más legítimas y buenas, como a un posible matrimonio, a la profesión de maestro en la corte del emperador en Milán, a la herencia familiar... A todo, para llenarse del TODO. Vivirá en adelante como siervo de Dios, sin ataduras ni apegos a criatura alguna. Únicamente para él y los hermanos.

Su madre, Mónica, estaba feliz. No era para menos. Veía su muerte muy cercana, y no le importaba. Nada más tenía que hacer en la tierra, puesto que había conseguido mucho más de lo que había anhelado: ver a su hijo convertido y entregado del todo al Señor. Siervo de Dios. Así lo reconoce: *Hijo, por lo que a mí toca, nada me agrada ya en esta vida... Una sola cosa me retenía, y era verte cristiano católico antes de morir. Y Dios me lo ha concedido con creces, puesto que, despreciada la felicidad terrena, te veo siervo suyo. ¿Qué hago, pues aquí? (Conf 9, 10, 26).*

En las realidades temporales

No se pide tanto al creyente agustiniano. Sí la conversión permanente al Señor. También la renuncia al pecado y a todo lo que lleva al pecado, pero no a lo que es propio de su vida laical: matrimonio, posesión y disfrute legítimo de los bienes de este mundo como medio para vivir una

vida digna y sana, trabajo o profesión, etc.

Aquí, en estas realidades temporales, te puedes santificar. En ellas tiene que echar raíces tu fe, y crecer y dar fruto. La santidad de vida no consiste tanto en la renuncia a ciertas cosas cuanto en la fidelidad a la vocación a la que cada uno es llamado. Sabiendo que toda fidelidad implica renuncia a todo aquello que la pudiera afectar o lesionar.

Ya lo ves: la experiencia de Agustín en Casiciaco, previa a su bautismo, te anima a vivir a tope tu condición de bautizado. Tu bautismo – y es bueno repetirlo una vez más – no es un hecho del pasado, sino una vida permanente, que nació en ese momento, y sigue creciendo, y dando fruto. Por tu bautismo eres, hoy, hijo de Dios, miembro de la comunidad cristiana y hermano de los hermanos.

Y para mantener esta vida nueva, nada mejor que utilizar las mismas armas que Agustín: la oración, la lectura y escucha de la Palabra - si es compartida, mejor -, la comunidad fraterna y el servicio a los hermanos.

Recuerdo de su bautismo

A todo esto se añade otra experiencia de Agustín. Gratísima y emotiva. Hasta hacerle derramar lágrimas que le sabían a miel. Recuerda el momento en que recibió el bautismo y dice: En aquellos días de mi bautismo no me hartaba de la admirable dulzura de considerar la grandeza de tu providencia sobre la salud del género humano. *Cuántas lágrimas derramé escuchando los bellos himnos y cánticos que resonaban en tu iglesia Me producían una honda emoción. Aquellas voces entraban en mis oídos, y tu verdad iba penetrando en mi corazón. Fomentaban los sentimientos de piedad, y las lágrimas que derramaba me sabían a miel (Conf 9, 6, 14).*

¡Qué distinta sería la espiritualidad de muchos – y la tuya y la mía - si tuvieran

un recuerdo parecido de su bautismo o lo revivieran y ratificaran con una fe consciente y crecida! Es una lástima que, para no pocos, el bautismo, recibido de niños, se reduce, quizás, a un certificado amarillento y ajado por el tiempo, si no olvidado el todo. Una pena. Nadie olvida el día de su nacimiento, ni su condición de hijo de una familia, ni su propia vida como persona.

De bien nacidos, se dice, es ser agradecidos. Y nadie mejor nacido que el cristiano. Nada menos que dos veces: a la vida humana y, más todavía, a la cristiana. Agradecer es revivir el don recibido. En nuestro caso, el bautismo.

Una vida nueva

Todo sacramento es un encuentro personal con Cristo. Y el primero de estos encuentros se efectúa en el bautismo. Porque primero es nacer a la vida; luego vendrá el crecimiento, la maduración, el fruto.

Es verdad que todo sacramento, cualquiera de ellos, comunica vida: vida en el Espíritu, vida cristiana. Porque la da, la refuerza, la sana, la alimenta, la hace fecunda. Pero es en el bautismo donde se nace a esta vida nueva. "Te aseguro: si uno no nace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios" (Jn 3, 5). Y el Reino de Dios es la vida nueva que nos trae Jesús para vivirla ya, aquí, o desde ahora, en la tierra.

El bautismo es el "baño de regeneración y renovación del Espíritu Santo" (Tt 3, 5), porque "significa y realiza el nacimiento del agua y del Espíritu", dice el Catecismo de la Iglesia Católica (n.1215).

El agua por sí sola no produce esta vida. Se hace eficaz cuando a ella le llega el poder de la Palabra. Se une la Palabra a la materia, y se hace el sacramento (In Jn 80, 3).

El bautismo no es, por tanto, un rito mágico atribuible a poderes extraños del hombre. Es Dios quien actúa en él. No depende de quien lo administre, pero, para que se produzca el fruto sacramental propio, se requiere la fe de quien lo recibe y, si es adulto, una actitud clara de conversión. "Convertíos, y que cada uno se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados" (Hch 2, 38).

San Agustín aplica tres adjetivos al recién bautizado. Dice de él que es *hombre nuevo, hombre interior y hombre celestial, como contraposición al hombre viejo, exterior y terreno, esclavo de la codicia de las cosas temporales (De vera rel 26, 48-49).*

Hombre nuevo

El hombre nuevo - el cristiano - ha surgido mediante un segundo nacimiento. Este segundo nacimiento, el bautismo, le ha comunicado una vida nueva y una nueva fisonomía. Es redimido del cautiverio del pecado, es hijo de Dios y miembro de la familia divina. Nada menos. Son expresiones del santo. Y libre, además, del pecado. En palabras de San Pablo, es una nueva criatura.

Como nueva es la planta que surge de una semilla que era de otra planta anterior, vieja y caduca, que sabe morir para dar vida. Como nuevo es también el sol que, sin dejar de ser él mismo, alumbra cada mañana, brillante y hermoso, después de la noche, oscura y triste. Hay una vida nueva - la vida divina - que se recibe gratuitamente en el bautismo, y sus expresiones son la fe, la esperanza y la caridad.

Sobre todo, la caridad. Deléitate con este hermoso texto del Agustín: *El hombre viejo vive en el temor, y el nuevo se realiza en el amor. La caridad, pues, le hace cantar el cántico nuevo. Aquel viejo temor en que estuvo instalado el hombre viejo puede llevar en sus manos el salterio de las diez cuerdas o preceptos, pero no puede entonar el cántico nuevo. Se encuentra sometido al peso de la ley, cuyo cumplimiento supera sus fuerzas. Su instrumento es un peso, y no un ornamento. En cambio, el que vive bajo la gracia y no bajo la ley, ése cumple la ley, porque ésta no le pesa., sino que le adorna. Y encendido en el espíritu del amor, con el salterio de las diez cuerdas, canta el cantar nuevo (Serm 34, 1).*

En tus manos está conservarla. Requiere, para ello, alimento, cuidado exquisito, atención o vigilancia, y cultivo permanente. Y contar siempre con Dios, el sembrador, viñador o agricultor, como así se le llama en la Sda. Escritura. Entonces se cumplirá lo que dice San Pablo: "Mientras nuestro cuerpo exterior se va deteriorando, nuestro espíritu se renueva día a día".

Hombre interior

Conoces estas palabras de Agustín: *Los hombres salen a hacer turismo para admirar las crestas de los montes, el oleaje proceloso de los mares, el fácil y copioso curso de los ríos, las revoluciones y los giros de los astros. Y, sin embargo, pasan de largo de sí mismos (Conf 10, 8, 15).*

Ahora ocurre lo mismo. El hombre de hoy, en general, vive pendiente de lo externo a él y sufre de una grave carencia de interiorización. Otros piensan por él. Otros deciden por él. Todo, o casi todo, se lo dan servido. No hay espacios para el silencio, para la reflexión personal. A lo sumo, para la relajación mental. También para la distracción y el divertimento, que no está mal como descanso de tantas fatigas y preocupaciones. Los hombres salen a hacer turismo...

Pero el bautizado, si además es creyente, conoce y saborea la enorme riqueza que hay en su mundo interior: Dios, la gracia, la verdad, la fe, la capacidad de conocer y amar, él mismo, su razón y entendimiento, la memoria...

Él sabe que "Cristo habita en el hombre interior" (Ef 3, 17). Y recuerda la pregunta de Pablo: "¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros" (1 Cor 3, 16).

Una vez bautizado Agustín, fue descubriendo en su interior la abundante riqueza depositada en dentro de sí. Sobre todo, la presencia del Espíritu que todo lo vivifica, que todo lo anima. Y sabe también que en él, como en todo bautizado que vive la vida nueva, "hay un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna" (Jn 4, 14).

El hombre interior – bautizado y creyente – no sólo sabe todo eso, sino que lo vive. Porque "el justo vive por la fe". Y desde ese mundo interior, así saboreado y así vivido, se proyecta hacia las cosas exteriores con una visión nueva. Las hace suyas, sin dejarse esclavizar por ellas. Las utiliza, nunca como fin en sí mismas, sino como medio para vivir una vida más digna, más humana, más cristiana.

Hombre celestial

Hombre celestial no es el que, por mirar siempre hacia el más allá y poner allí su corazón, se evade las realidades temporales. No es el que vive "mirando al cielo" al margen o por encima del mundo que lo rodea.

Hombre celestial, en cristiano, es aquél que anticipa aquí y ahora los valores del reino que un día ha de vivir en plenitud. Entre ellos, y por encima de todos, el amor. Hombre celestial es el bautizado porque en el bautismo se le ha infundido la gracia, que no es otra cosa que la participación en la misma vida divina. Algo así como decir que el cielo, en el momento del bautismo, ha venido a la tierra para que tú, sin dejar de ser "tierra", puedas vivir en él.En ti, como en la tierra buena, se ha sembrado la semilla del amor de Dios, y ha germinado en la misma tierra y en ella ha nacido, y en ella tiene que crecer y dar fruto. Ya llegará la cosecha y, con ella, la plenitud de la vida.

Ya ves, el cielo se ha plantado en ti. Eres, por tanto, hombre celestial. Podría decirse también que se ha efectuado un trasplante dentro de ti: ha sido eliminado tu amor terreno y se te ha injertado el amor divino. Vino Cristo al mundo para cambiar el carácter del amor, y para hacer al hombre, que era amador de las cosas terrenas, amador de la vida celestial (Serm 244, 1). Todavía es más explícito san Agustín cuando dice: ¿Amas la tierra? Te haces tierra. ¿Amas a Dios? Te conviertes en Dios. (In Jn 2, 14). Un verdadero trasplante de corazón. En adelante, y ojalá que para siempre, hombre celestial.

Te decía antes que el hombre celestial vive anticipadamente los valores del reino futuro. Y uno de ellos, el más importante, es la comunión de vida, en amor, con Dios y los hermanos. Si el cielo, allá, consiste en ver a Dios, amarle y gozar de él, en eso mismo consistirá también el cielo en la tierra: ver al hermano o reconocerle como tal, y a Dios en él, amarle como Dios me ama, y hacerlo feliz.

En resumen: serás hombre celestial en la medida en que, viviendo en la tierra que pisas, ames a Dios en los hermanos o a los hermanos en Dios.

> *No es exagerado decir que toda la existencia del fiel laico tiene como objetivo llevarlo a conocer la radical novedad cristiana deriva del bautismo, sacramento de la fe, con el fin de que pueda vivir sus compromisos bautismales según la vocación que ha recibido de Dios. (Christifideles laici, 10)*

Para recordar

- San Agustín buscó a Dios, lo encontró, se convirtió a él y se bautizó.
- Tu bautismo, recibido de niño, tendrá sentido si vives convertido al Señor. Y también si cuidas y alimentas tu fe para que crezca y se haga fecunda
- No basta la renuncia al pecado y a todo lo que lleva a él; es necesario vivir la entrega generosa a Dios y los hermanos.
- El bautizado y creyente es hombre nuevo, interior y celestial

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿Cuál es tu experiencia como bautizado? Dicho de otra manera, ¿qué haces para revivir permanentemente tu propio bautismo? ¿Qué medios empleas?
2. ¿Se puede tener fe sin amor? ¿Por qué? ¿Se puede esperar sin fe y sin amor? ¿Por qué?

3. ¿Has ratificado en tu vida adulta el bautismo recibido de niño? ¿Cómo o en qué?
4. ¿Qué señales das de que hay en ti una vida nueva? Vives prendido del mundo exterior, o vas a él desde tu mundo interior poseído por Dios? ¿Qué valores del Reino anticipas o vives aquí, en la tierra?

Para orar con Agustín

¡Qué bien me hace, Señor, unirme a ti!
Quiero servirte gratuitamente;
deseo servirte lo mismo cuando me colmas
de bienes que cuando me los niegas.
Nada temo tanto como verme privado de ti..
Quítame lo que quieras,
con tal que no me prives de ti mismo.
Heredad tuya soy y heredad mía eres tú:
Yo trabajo para ti,
y tú me trabajas a mi.
Yo trabajo dándote culto como a mi Dios,
y tú me trabajas como a tu campo que soy.
¡Oh Señor! Comenzaré por la fe
para llegar a la visión.
Soy caminante en busca de la patria.
Lo que aquí creo, lo veré allí;
lo que aquí espero, allí lo poseeré;
lo que aquí pido, allí se me dará
(Serm 32, 28; 113, 6; 37, 10; 159, 1)

19.- Sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad

La eucaristía es el sacramento del encuentro. Si, ya sé que un poco más arriba te decía que todo sacramento es un encuentro con Cristo. Sin duda. Pero sucede que éste lo es, por decirlo de alguna manera, "por excelencia".

Cristo, en este sacramento, se hace presencia, alimento, ofrenda permanente al Padre, memorial de su entrega, compañía... Ha plantado su tienda entre nosotros, comparte nuestra existencia, nos hace hermanos y lleva a plenitud – porque él es nuestra plenitud – su proyecto de integrarnos en un solo cuerpo, la comunidad de creyentes, de la que él es cabeza y nosotros sus miembros.

Dime tú si cabe un encuentro con Cristo más real, más personal y vital, que el que se produce en este sacramento. Es abundante y muy rica la doctrina de San Agustín sobre la eucaristía.

Una de las definiciones más hermosas que presenta el santo es la que encabeza este apartado: La eucaristía es sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad. La hace suya la liturgia de la Iglesia.

Sacramento de piedad

Es sacramento de piedad, porque en él se celebra nuestra fe, porque es, para nosotros, fuente de vida en el espíritu, anima nuestro caminar hacia el Padre y hace más fluida, más íntima y más fuerte nuestra relación con Cristo. Es sacrificio que se ofrece y alimento de vida eterna.

Os he recomendado un sacramento (la eucaristía); entendido espiritualmente, os vivificará. De ahí que, aunque sea necesario celebrarlo visiblemente, conviene, sin embargo, entenderlo invisiblemente (In Ps 98, 9).

No podemos quedarnos sólo con lo que se ve (gestos, palabras, las rúbricas, el pan y el vino, la materialidad de la celebración...), sino que es necesario fijarnos o ver con los ojos de la fe y del corazón lo que este sacramento encierra: el amor de Jesús compartido y generoso, el recuerdo, siempre renovado, de su muerte y resurrección, su cuerpo que se ofrece en alimento, su presencia, él mismo...

Quien a este sacramento se arrima, encuentra siempre un hálito fuerte de vida. Quien acude a esta fuente de agua viva, nunca más volverá a tener sed. Quien aquí celebra y expresa su fe, la refuerza y reafirma. Difícilmente se producirá un divorcio entre fe y vida, quien en este sacramento se une vitalmente a Cristo.

Como para el profeta Elías, también para nosotros es "pan para el camino". Como los discípulos de Emaús, también nosotros reconocemos en la fracción del pan al que vive y camina con nosotros. Como los miles de oyentes que saciaron su hambre con pan multiplicado y partido, también nosotros, hambrientos en el espíritu, encontramos saciedad y hartura en este pan de vida partido y compartido.

Todo depende del hambre que sintamos y de la actitud con que vayamos al encuentro de este pan. Los judíos se acercaron a Cristo, pero para crucificarlo; acerquémonos nosotros, pero para recibir su cuerpo y su sangre. Ellos, porque Cristo fue crucificado, quedaron en tinieblas; nosotros, comiendo y bebiendo al crucificado, somos iluminados (In Ps 33, 2, 10).

Recuerda que el Concilio Vaticano II se refiere a la eucaristía como la *"fuente y cima de toda la vida cristiana" (L. G. 11)*. De ella dimana nuestra vida en el espíritu, hacia ella confluye y en ella se expresa.

Y a comer y beber nos invita el santo: Acércate a comer, tú que comes, y a beber, tú que bebes. Ten hambre, ten sed; come la vida, bebe la vida. Es un manjar que restaura. Restáurate, pues, de modo que jamás pierda su eficacia aquello con que te reparas. Y beber aquella bebida, ¿qué otra cosa es más que vivir? Come la vida, bebe la vida. Así tendrás vida, y la vida íntegra (Serm 131, 1).

Signo de unidad

No resisto la tentación de transcribir un texto de san Agustín, aun a sabiendas de que es extenso. Pero es que contiene unas ideas muy hermosas acerca de la eucaristía como el medio mejor para alcanzar y vivir la unidad entre todos los que en ella participan, y con toda la Iglesia. Dice el santo:

Este pan que vosotros sois sobre el altar, santificado por la palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo. Este cáliz, mejor lo que contiene el cáliz, santificado por la palabra de Dios, es la sangre de Cristo. Por medio de estas cosas quiso el Señor dejarnos su cuerpo y su sangre, que derramó para la remisión de los pecados.

Si lo habéis recibido dignamente, vosotros sois eso mismo que habéis recibido. Dice, en

efecto, el Apóstol: "Nosotros somos muchos, pero un solo pan, un solo cuerpo.

He aquí cómo expuso el sacramento de la mesa del Señor: Nosotros somos muchos, pero un solo pan, un solo cuerpo. En este pan se nos indica cómo debéis amar la unidad.

¿Acaso este pan se ha hecho de un solo grano? ¿No eran, acaso, muchos los granos de trigo? Pero antes de convertirse en pan estaban separados; se unieron mediante el agua después de haber sido triturados. Si no es molido el trigo y amasado con agua, nunca podrá convertirse en esto que llamamos pan.

Lo mismo os ha pasado a vosotros: mediante la humillación del ayuno y el rito del exorcismo, habéis sido como molidos, Llegó el bautismo, y habéis sido amasados con el agua para convertiros en pan (Serm 227).

No me negarás que es un párrafo bien hermoso. Aunque las ideas que el santo expone son muy claras, te invito a reflexionar brevemente sobre ellas.

En este texto, y en muchos otros, san Agustín deja bien claro que en virtud de las palabras que pronuncia el sacerdote, - las mismas que pronunció Jesús en la última cena - el pan deja de ser pan y se convierte en el cuerpo de Cuerpo. Es decir, san Agustín afirma rotundamente la presencia real de Cristo en la eucaristía. No podía ser de otra manera.

Pero el santo insiste más en otro aspecto no menos importante, y quizás más significativo, de la eucaristía. La presenta desde la plenitud de Cristo. Es decir, contempla al Señor como cabeza y a la Iglesia como cuerpo suyo.

En la eucaristía está presente el cuerpo de Cristo, pero resucitado. Es un cuerpo proyectado a su plenitud, a la totalidad de la Iglesia, cuerpo suyo, de la que él es cabeza.

Es el Cristo total – expresión muy agustiniana - quien se hace presente en la eucaristía. Eucaristía e Iglesia son ya inseparables. De ahí que, quien come el cuerpo de Cristo, entra en comunión con toda la Iglesia, que es su cuerpo. Quien no comulga con el cuerpo de Cristo, el Cristo total, no construye la unidad de la Iglesia. Y quien come y bebe sin discernir el cuerpo de Cristo, o lo hace indebidamente, destruye la unidad.

Otro párrafo un tanto largo del santo en el que explica muy acertadamente todo lo anterior:

A estas cosas las llamamos sacramentos porque en ellas es una cosa lo que se ve y otra la que se entiende. Lo que se ve tiene forma corporal; lo que se entiende tiene fruto espiritual.

Por tanto, si quieres entender el cuerpo de Cristo (la eucaristía) escucha al Apóstol que dice a los fieles: "Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros". Si, pues, vosotros sois el cuerpo y los miembros de Cristo, sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos y recibís el misterio que sois vosotros. A lo que sois respondéis con el amén, y con vuestra respuesta lo rubricáis. Se te dice: el cuerpo de Cristo y respondes Amén. Sé miembro de Cristo para que sea auténtico el Amén (Serm 272).

Durante muchos siglos se ha insistido sólo, o casi exclusivamente, en la eucaristía como presencia real de Cristo, como alimento del alma y objeto de culto (visitas al Santísimo, horas santas, etc.). Un estilo de piedad muy sano y recomendable. Pero no cabe duda de que se corría siempre el riesgo de vivir, así, una espiritualidad individualista, al margen, tal vez, de la totalidad del cuerpo.

Es verdad que esta piedad tenía en sí misma una proyección comunitaria. Como cuando sana el brazo herido, todo el cuerpo sana. Pero en la consideración, ciertamente piadosa, de quien comulgaba, éste se miraba quizás a sí mismo y no tanto a la comunidad.

No cabe duda de que esta piedad ha alimentado la vida espiritual de muchos santos y de muchísimos cristianos "de a pie" a lo largo de la historia de la Iglesia. Por ejemplo, San Agustín. Se refiere a sí mismo – y nos incluye a todos – cuando dice: Cuando comemos a Cristo, él no se des-hace, sino que nos re-hace.

No tengamos miedo en comer este pan pensando quizá en que se va a terminar y después no podremos comer más... No se termina porque lo comamos; nosotros somos los que terminamos si no lo comemos. (Serm 129, 1).

La comunión nos re-hace. Es decir, nos comunica vida. Y la perdemos - se des-hace, se pierde - si no comulgamos. Pero podemos decir que, en lo que se refiere a la espiritualidad eucarística, el aspecto que destaca San Agustín por encima de cualquier otro es la unidad mística de Cristo con nosotros, cabeza y miembros. La eucaristía, en cuanto presencia real de Cristo y alimento, está en función de la unidad del Cristo total.

El que está en la unidad de su cuerpo, esto es, en la unión de los miembros cristianos, cuyo sacramento cuando comulgan los fieles suelen recibir en el altar, éste tal se dice que come verdaderamente el cuerpo de Cristo y bebe la sangre de Cristo".

No se puede separar, por tanto, la comunión del cuerpo de Cristo-persona de la comunión con Cristo-Iglesia. Si no vives la unidad en la Iglesia, si no trabajas para construirla, si te colocas al margen de la realidad del cuerpo entero (cabeza y miembros), si miras únicamente tu propio bien y tu provecho personal, si prescindes del hermano,... en una palabra, si no vives el amor y la solidaridad, no tendrá sentido alguno tu comunión sacramental.

Primero, la unión; después, el alimento, que es signo y refuerzo de esa unión. *Este alimento y esta bebida quieren santificar la unión entre el cuerpo y sus miembros que es la santa Iglesia (In Jn 26, 15).* Si, pues, vosotros sois el Cuerpo y los miembros de Cristo,... recibid vuestro sacramento. Quien no está en el Cuerpo de Cristo, no come el Cuerpo de Cristo (CD 21, 25, 3)

No otra cosa dice Jesús. Recuerda: "Si tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda sobre el altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano".

Vínculo de caridad

Se desprende de lo dicho anteriormente. La unidad es signo de un amor entregado y compartido. Si así no fuera, en vez de unidad habría agrupamiento de individuos, asociación de intereses, colectividad o corporación cultural o religiosa.

Pero si a todos estos grupos les inyectáramos el ingrediente del amor - un amor que lo penetrara todo, que lo invadiera todo y que animara todo – se tornarían en comunidades fraternas.

Y no hay amor mayor que el que da la vida por sus amigos. Lo dice Jesús. Y él la dio. Y esto es lo que nos recuerda la eucaristía. La eucaristía es, por tanto, expresión de amor, y medio para celebrarlo, reforzarlo y revitalizarlo. Si la eucaristía es la conmemoración o memorial de un amor entregado hasta la muerte, su celebración

unirá en el mismo amor de Jesús a todos los que en ella participan.

Por eso no pueden decir que tienen caridad quienes dividen la unidad, pues la unidad de los miembros (de la Iglesia) mantiene su concordia perfecta por la caridad (In Jn 32, 7). Y en otra ocasión dice: *Por este pan hace Dios nos vivir en su casa de una misma y pacífica manera (In Jn 26, 17).*

Comer en torno a una misma mesa participando de un mismo pan, une a la familia y es expresión de un amor que se quiere compartir. El pan de la eucaristía se bendice, se parte y se comparte. El pan que se toma - el mismo cuerpo del Señor y que es también el que toman o reciben los demás hermanos - comunica amor, construye la fraternidad y une a todos en la caridad de Cristo.

La eucaristía, además de expresión de amor, es también fuente de más amor. Si, al comer el pan, se entra en comunión íntima y plena con Cristo, por este mismo hecho se entra en comunión íntima y fuerte con el hermano. Necesariamente. Por otra parte, es impensable la comunión sin la caridad. Como es impensable el fuego sin el calor. O una madre sin hijos. O el sol sin la luz que irradia. Y la caridad que emana de la eucaristía puede tomar muchos nombres. Será solidaridad con los más débiles, perdón al que lo pide, acogida al hermano, servicio a quien lo necesite, compasión con el que sufre, lucha por la paz y los derechos humanos... Si se comparte el pan, se comparte la vida. Pura lógica.

Si no te abres al hermano para brindarle amor generoso y gratuito o amarle como Cristo te ama, no importa quien sea ni tampoco su circunstancia personal, tu participación en la eucaristía será un rito vacío y sin sentido. No puedes pretender tener la manos abiertas al don de Dios y cerradas a la necesidad del hermano.

Dios te ofrece sus dones. Únicamente te pide que extiendas la mano para recibirlos. *Pero, ¿cómo podrás recibir lo que te ofrece si tienes la mano ocupada y no quieres abrirla al amor?. (Serm 125, 7). Examine cada uno su propia vida y vea si brota del manantial del amor, si las ramas de sus buenas obras nacen de la raíz de la caridad (In Ep. Jn 6, 2).*

Termino con unas palabras de nuestro santo que vienen a resumir todo lo dicho en este capítulo: *Ya dijimos, hermanos, lo que nos recomienda el Señor cuando comemos su carne y bebemos su sangre, a saber: que permanezcamos en él y que él permanezca nosotros. Moramos en él cuando somos miembros suyos, y él mora en nosotros cuando somos templo suyo. La unidad nos junta para que podamos ser sus miembros; y la unidad es realizada por la caridad (In Jn 27, 6).*

> *Los fieles laicos participan en el oficio sacerdotal, por el que Jesús se ha ofrecido a sí mismo en la cruz y se ofrece continuamente en la celebración eucarística por la salvación de la humanidad (Christifideles laici, 14).*

Para recordar

La eucaristía es

- Sacramento de piedad: celebración de nuestra fe, fuente de vida, sacrificio de Cristo que se ofrece, memorial de su muerte y resurrección, alimento de vida eterna, presencia real...

•Signo de unidad: Es el Cristo total – cabeza y miembros – quien celebra la eucaristía. Quien come debidamente el cuerpo de Cristo, entra en comunión con toda la Iglesia. Y también, quien no está en comunión con la Iglesia o el hermano, debe dejar primero la ofrenda sobre el altar...
•Vínculo da caridad: No puede haber unidad sin caridad. Y difícilmente habrá caridad cristiana sin eucaristía. Y es impensable la eucaristía sin unidad.
•La eucaristía es la fuente del amor bueno, gratuito, generoso, fecundo y sacrificado.

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿Cómo es tu participación en la eucaristía dominical? ¿Activa, rutinaria, festiva, obligada? ¿Sueles comulgar con frecuencia? Si lo haces, ¿qué buscas en la comunión? ¿Qué esperas alcanzar en ella? ¿En qué te beneficia?
2. ¿A qué te compromete tu participación semanal en la eucaristía? ¿Vives, a lo largo de la semana, la presencia de Cristo en ti y la trasmites a los demás? ¿Cómo?
3. ¿Sientes que te unes más a la Iglesia cuando participas de la eucaristía? ¿Cómo o en qué?.
4. ¿Hay alguien a quien todavía no has perdonado o te cuesta perdonar? ¿Cómo vives o practicas la solidaridad, el servicio, la apertura generosa, la compasión, la caridad?

Para orar con Agustín

¡Oh, sacramento de piedad!
¡Oh, signo de unidad!
¡Oh, vínculo de caridad!
El que quiera vivir, tiene donde vivir,
tiene de qué vivir.
Me acercaré y creeré;
me incorporaré para ser vivificado.
Que no sea yo un miembro
separado del organismo,
ni un miembro enfermo que haya que cortar,
sino bien formado, sano y unido al cuerpo,
y viva de ti y por ti.
Embriágame, Señor,
de la abundancia de tu casa
y dame de beber del torrente de tus delicias.
Porque en ti está la fuente de mi vida
Haz que me acerque y me nutra.
Deja que me acerque, no obstante
ser mendigo, débil, inválido y ciego.
(In Jn 26, 13; 25, 17)

20.- Ora bien quien vive bien

Toda la vida de Agustín, una vez recibido el bautismo, fue oración. Abre, si no, el libro de Las Confesiones y lo verás. En todas sus páginas aparece la oración de alabanza, de gratitud, de reconocimiento de la bondad del Señor. Aun la misma confesión de sus pecados se hace oración. Todo el libro es una bellísima oración.

Las tareas pastorales lo absorbían, los libros que iba escribiendo - a veces, dos al mismo tiempo - le quitaban gran parte de la noche, su convivencia con los hermanos le ocupaba buena parte de su tiempo. Sin embargo, nos consta que era hombre de oración. A ella dedicaba largos ratos, día y de noche.

La oración era, para él, como el oxígeno para sus pulmones. Lo dice en varias ocasiones. Todo su ser respiraba por la oración. La oración oxigenaba las arterias de su espíritu. Todo lo que hacía – cuando predicaba y escribía libros, cuando convivía con los hermanos o viajaba en sus visitas pastorales, cuando combatía los errores de los donatistas y maniqueos o participaba en concilios provinciales... – lo hacía en el nombre de Dios. Y eso es oración.

Oraba con los salmos, oraba a solas y con los hermanos, oraba mucho. No podía ser de otra manera. ¿De dónde, si no, habría podido sacar tanta sabiduría "divina", o vivir tan entregado a la causa del evangelio y mantener viva su fe, ardiente su amor y firme su esperanza?

San Posidio, discípulo y primer biógrafo del santo, dice de él que *"vivía para Dios, con ayunos oración y buenas obras. Meditando día y noche en la ley de Dios, comunicaba a los demás lo que recibía del cielo con su estudio y oración" (Vida de S. Ag., 3).*

Y un poco más adelante afirma que, una vez atendidas sus tareas pastorales, *"retornaba otra vez a las moradas interiores y superiores, dedicándose ora a descubrir nuevas verdades divinas, ira a dictar las que ya conocía o bien a enmendar lo dictado y copiado. Tal era su ocupación, trabajando de día y meditando por la noche. Era como aquella gloriosísima María, sentada a los pies del Señor" (Ib.24).*

Y un poco antes de morir pidió que no lo molestaran, a no ser por algún asunto grave, *"y todo aquel tiempo lo dedicaba a la plegaria" (Ib.31)*. Y murió recitando los siete salmos llamados penitenciales que había mandado escribir en la pared de su habitación.

Vivió y murió bien; por eso oró siempre bien.

Cuando encontré la Verdad, encontré a Dios, que es la misma Verdad. Y desde el día que lo encontré no le he perdido... Por esto vives en mi memoria desde ese día y en ella te encuentro cada vez que te recuerdo y me gozo en ti. Esta es mi santa delicia. Este es el don de tu misericordia que miró mi pequeñez (Conf 10, 24, 31).

Orar era su delicia. Y su descanso. Como descansa la aguja de la brújula hasta que encuentra su orientación propia. Agustín había orientado su vida a Dios y se aquietaba cuando se relacionaba con él en la oración. Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti.

Búsqueda, encuentro, comunicación

El encuentro con Cristo es encuentro en la oración. O viceversa, que lo mismo da. San Agustín se encontró con Cristo al final de un largo período de búsqueda

insaciable, y se entregó a él del todo y para siempre. Toda su vida fue encuentro. Toda su vida fue, por tanto, oración. Y la búsqueda de Dios es también oración. Y si alguien buscó siempre y en todo a Dios, fue Agustín. No sé si más que nadie, pero sí tanto como el que más. Su vida quedó santamente marcada por esta búsqueda incansable, impulsada por el amor y el deseo del encuentro.

La oración es un impulso vital del que ama para relacionarse con el amado. Cuando falta la comunicación entre los que se quieren, algo muere, o algo se va rompiendo, nada puede florecer. Hay frío, en vez de calor, en la relación de quienes se querían.

La comunicación de amor, aun sin palabras – que casi siempre es más elocuente –, mantiene viva la relación de quienes se quieren, acrece la confianza mutua, sosiega el ánimo cansado o tenso y hace que el otro, la otra, se sienta bien. La oración es comunicación. Orar es tener presente a Dios en el corazón y hablar con él en el interior (El maestro 1, 2).

Y en este hablar con él entran en juego muchas cosas: el amor, en primer lugar; la fe en el Dios de la vida; la esperanza de un gozo que se hará plenitud en la consumación del Reino; el deseo del encuentro; la propia debilidad unida a la necesidad de abrirse a Dios; dejarnos llevar por el Espíritu que nos hace clamar ¡Abba! (Padre); confianza en Cristo, en cuyo nombre nos dirigimos al Padre, etc.

No te asustes por la concurrencia y necesidad de tantos elementos. También en el normal funcionamiento de los pulmones (aspiración-respiración) entran en juego muchos factores. Pero te dejas llevar por tu propio organismo y nada te impide aspirar y respirar. Lo mismo en la oración:

Pon amor, y lo demás viene por sí mismo.

Alargamiento del espíritu

En otra expresión feliz de San Agustín la oración viene a ser como un alargamiento afectuoso del espíritu hacia Dios (Serm 9, 3). Algo así como un salir uno de sí mismo hacia el otro, Dios, sin dejar de ser uno mismo, - valga la redundancia - hasta lograr el encuentro con su Espíritu. Como alarga el mendigo su mano a quien pasa a su lado para pedir unas monedas. O como se alarga el amor para que el pan alcance a todos.

El espíritu se encoge cuando se cierra dentro de sí. Allí se consume y reseca. Se acartona. Deja de comunicar vida – que es lo suyo – por la sencilla razón de que no la recibe.

Pero cuando se alarga y estira, se abre, por la oración, al Espíritu que es fuente de vida. Entonces se reanima y recobra vida y fuerza, porque se realiza el encuentro con el Dios de la vida. *¿Qué es hablar con Dios? Abrirle a Él tu corazón, que lo conoce, para que Él se abra a ti, que no le conoces (In ps. 103, 4, 18)*. La oración es alargamiento del espíritu, un ir hacia el otro; es abrirse al Espíritu de Dios en la petición que se presenta, en la alabanza que se canta, en el agradecimiento humilde y sincero, en la necesidad de quien nada tiene y todo necesita, en el diálogo de quien habla y escucha.

Primero, Dios

En la oración es el Otro – Dios - lo que cuenta. *Empobrece la oración cuando*

lo que cuenta es el yo nada más. Recuerda la parábola del fariseo y el publicano. Y, como contrapunto, recuerda el hágase de María. No pidas al Señor nada que no sea Él; pídele a Él mismo y te escuchará (In ps 33, 2, 9).

Porque la oración es, en primer lugar, escucha. Es Dios quien te habla. Es Él quien se abre primero a ti. No hay diálogo posible con Dios si Él no viniera primero a ti con su palabra. Más todavía, es Él quien te capacita para que puedas dirigirte a Él. "Nadie, si no es por el Espíritu, puede decir: Señor, Señor".

Quien quiera ser escuchado por Dios, debe primeramente escuchar a Dios (Serm 17, 4).

Dios, creador de todas las cosas, dame primero la gracia de rogarte bien, después hazme digno de ser escuchado y, por último, líbrame (Sol 1, 2).

Oración de abandono

La oración cristiana es ejercicio de gratuidad. Se ora sin exigir nada a cambio, aunque se pidan muchas cosas. Dios no está obligado a concederte lo que le pides, ni tú tienes el derecho de exigirle que cumpla con lo que le pides. Es oración de gratuidad porque todo es don. Aun la misma oración es un don, porque es Dios quien me capacita para dirigirme a Él. Por eso, y por otras muchas razones, la oración del padrenuestro, con el "hágase tu voluntad...", es la más hermosa de todas. Y también la oración de María con el "hágase según tu palabra". Y la oración de Jesús en Getsemaní o al punto de morir en la cruz "que no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres".

¿Por qué invocas a Dios? Para conseguir riquezas, dice el avaro. Luego invocas a las riquezas, no a Dios. ¿Invocas a Dios o le envileces? ¿Quieres invocarle de verdad? Invócale gratis. ¿Te parece poco que Dios te llene? Si Él no te basta, nada te será suficiente (In Ps 30, 3, 4).

La oración de abandono, o de gratuidad, no es fácil. Ni, de momento, placentera. Cuesta dejar de lado intereses personales, necesidades que hay que satisfacer, problemas que resolver, carencias sin llenar.

No es fácil pronunciar también con el corazón "hágase tu voluntad". Sin embargo, - y aquí radica la sublimidad de la oración – la practicó el mismo Jesús y nos enseña a hacer lo mismo cuando oramos.

Al rezar con este "hágase" expresas una total confianza en el amor de Dios Padre. Al abandonarte en sus manos, la paz "que el mundo no da" inunda tu interior; gozas con el Dios de las cosas, más que con las cosas de Dios; vas eliminando cualquier clase de egoísmo que va brotando dentro de ti. No pidas nada a Dios, sino Él mismo. Ámalo gratuitamente, no desees nada de Él sino el don de sí mismo. Amar y alabar a Dios gratuitamente. ¿Qué quiere decir gratuitamente? Por Él, no por otra cosa. Si alabas a Dios para que te dé algo, ya no le amas gratis. Quien pide a Dios otra recompensa fuera de Él, queriendo servir a Dios sólo por ella, estima más lo que quiere recibir que el mismo Dios de quien lo pretende recibir. El premio que da Dios es el mismo Dios (Serm 331, 4; In Ps. 53, 10; 72, 32).

Oración de petición

Pero no por eso dejes de pedir. La oración de petición nace de nuestra pobreza y está avalada por las palabras y mediación de Jesús. Serás siempre escuchado. Siempre. ¿Acaso una mamá no escucha a su hijo cuando le pide algo? Escucha

porque ama. Y le da al hijo lo que le conviene. También porque le ama.

¿No atendía Jesús todas las súplicas que le hacían los mendigos y menesterosos, los enfermos y los pecadores? Dices: "Es que Dios no me cura de esta enfermedad, a pesar de pedírselo tanto, ni me busca un trabajo que tanto lo necesito, ni...". Deja que haga su voluntad. Todo lo que Dios hace o deja de hacer, lo hace o deja de hacer por amor. Porque te ama.

A lo mejor te está concediendo otro don mayor y tienes los ojos velados y no lo ves ni lo aprecias. Por ejemplo, el don Espíritu Santo. O valora tu enfermedad, y tú no. O sacude tu pereza para que seas tú el que busque y trabaje. O quiere estimular tu generosidad para ayudar al que sufre. Dios no te va a quitar la cruz, pero sí te dará espaldas anchas y fuertes para llevarla. Nadie sale de la oración vacío o sin nada.

¿Pediste y no se te dio lo que pedías? Confía en el Padre, que si te hubiera convenido, te lo hubiese concedido (Serm 80, 7).

Cuando nuestro Dios y Señor nos manda orar no lo hace para que le manifestemos nuestra voluntad – que Él no puede ignorar -, sino para que, ejercitando nuestro deseo, logremos ensancharlo y capacitarlo para recibir lo que Él quiere darnos. (Epist. 130, 17).

Pide lo que Él quiera darte, y te lo concederá. Y pide también lo que necesitas, que Él te escuchará, y no saldrás de la oración con las manos vacías. ¿Acaso un hijo sale "con las manos vacías" del encuentro con su madre, a quien ama y de quien es amado, aunque no hubiera podido recibir de ella nada de lo que le pidió? Pon amor, y recibirás amor. El don mejor.

Oración de alabanza

La oración de alabanza – también muy hermosa – brota sólo de un corazón humilde. Alabar a Dios es reconocer su amor, su poder y su bondad. El soberbio no reconoce nada en otro. Ni siquiera en Dios.

Es un acto también de amor. El que ama, canta y pregona las cualidades del amado, agradece los dones y regalos que de él recibe, reconoce públicamente su bondad.

Y es muy hermosa esta clase de oración porque es totalmente gratuita. Y porque implica también agradecimiento. La relación entre amigos es más limpia, más fuerte, más auténtica, cuando no es interesada. Es mucho más hermosa y placentera cuando es totalmente gratuita. Y es entonces, te lo aseguro, cuando más se recibe del amigo.

Nos hace bien alabar a Dios. Y nos sentimos bien cuando lo hacemos. Nos enaltece, nos dignifica. Nos acerca a Él. Nos adentra en la misma vida de Dios. Cantar es negocio de amantes, decía Agustín. Y no hay negocio mejor o más excelente que cantar las alabanzas del Señor.

Necesidad de la oración

El hombre agustiniano – dígase lo mismo de la mujer -, o es hombre de oración o no es ni siquiera cristiano. Como es inconcebible un organismo humano sin un mínimo de capacidad pulmonar o sin circulación sanguínea.

Si el amor es un impulso vital para vivir la fe, es la oración la que le facilita la cercanía de Dios y el medio por el que le llega la fuerza del Espíritu. El Espíritu de

Dios viene a ser el oxígeno para los pulmones de nuestro espíritu. Con Él, la vida. Sin Él, la muerte o la nada.

No deja de ser sorprendente que el hombre de hoy, cristiano o no, reivindique cada día más un medio ambiente más limpio para respirar mejor y lograr una vida más sana – y tiene que ser así -, y, sin embargo, le preocupa menos el medio ambiente moral (corrupción, superficialidad, ausencia o pobreza de valores, tener-poder-placer por encima de todo...).

Pero no es menos cierto que hay quienes - y son cada día más - buscan momentos de paz para orar, lugares tranquilos, maestros de oración. Sienten la necesidad de contar con Dios, se entregan a la meditación sosegada, sin ruidos que la perturben, encuentran allí paz interior y experimentan el amor gratuito de Dios. Se sienten bien y crecen en su interior y también hacia Dios.

Buscan un encuentro personal con Dios, en un clima de silencio, en medio de tanto ruido y tantas prisas. El mundo pide y exige eficacia, la oración proporciona gratuidad. El mundo airea y proclama valores de producción, éxito, competencia para tener más, para gozar más, para poder más. La oración exige sencillez, brota de la humildad, reconoce la propia debilidad y encuentra apoyo en Dios.

Aprovecha los momentos de paz y soledad para recolectar los granos de la palabra de Dios y almacenarlos en el granero de tu corazón. En los momentos de confusión, cuando no puedas encontrar afuera la paz que necesitas, tendrás siempre la oportunidad de retirarte a tu interior y de sentirte a gusto contigo mismo y con Dios (In Ps. 63, 3).

Algunos apuntes agustinianos

Orar sin interrupción

Para san Agustín, orar sin interrupción no es otra cosa sino *"desear sin interrupción la vida bienaventurada" (Ep. 130, 9, 18).*

Tu deseo es tu oración; si el deseo es continuo, continua es la oración... Si no quieres dejar de orar, no interrumpas el deseo; tu deseo continuo es tu voz, o sea tu oración continua. Callas si dejas de amar. El frío de la caridad es el silencio del corazón. Si la caridad permanece continuamente, siempre clamas; si clamas siempre, siempre deseas; si deseas, te acuerdas del descanso (la vida bienaventurada) In Ps. 37, 14).

Orar con jaculatorias

Aludiendo a lo que hacían los antiguos monjes de Egipto, que "se ejercitaban en oraciones frecuentes, pero muy breves (las jaculatorias)", nuestro santo dice que "la atención (en la oración) no se ha de forzar cuando no puede sostenerse; pero tampoco se ha de retirar si puede continuar".

Y recomienda, para ello, la práctica de los monjes, porque contribuye *"a mantener vigilante y alerta la atención, que solamente con gran dificultad se puede mantener en oraciones prolongadas" (Ep. 130, 10, 20).*

Oración vocal

San Agustín valora, por encima de todo, la oración mental o meditación. Pero recomienda también la oración vocal o ciertos rezos. Para ello es bueno que *"a ciertos*

intervalos de horas y tiempos... nos retiremos de las ocupaciones y negocios, que nos entibian en cierto modo el deseo, y nos entreguemos al negocio de orar vocalmente al Señor" (Ep 130, 9, 18).

La oración, fruto y expresión de la caridad

No puede haber oración donde no hay caridad. Porque nadie puede decir ¡Padre nuestro! si no ama al hermano. No puede haber comunicación con el Padre, si antes no hay comunicación entre los hijos ("deja tu ofrenda sobre el altar..."). El amor al prójimo limpia los ojos para ver a Dios (In Jn 17, 18).

La oración arranca de un corazón donde no existe el odio, el resentimiento y la falta de perdón ("Perdónanos, como nosotros perdonamos..."). Y llega al corazón del mismo Dios, que es amor. *El lenguaje de la caridad siempre llega a los oídos de Dios, aunque no sea perceptible a los oídos humanos. (In Ps. 73, 14).*

Alas que elevan la oración

"La oración que Dios escucha y que consigue lo que pide – dice el santo – es la que va acompañada de la caridad y la humildad, del ayuno y la limosna, de la templanza y el perdón, del deseo de hacer bien al prójimo y no devolverle mal por mal, y del propósito de evitar el pecado y realizar obras buenas.

Porque, apoyada en las alas de estas virtudes, la oración se eleva más fácilmente y se remonta hasta el cielo, adonde Cristo penetró primero" (Serm 206, 3)

El cántico nuevo

En el mundo, el otro viene a ser un competidor, un rival a quien hay que ganar para no ser menos; en la oración, al contrario: se encuentra al hermano con quien hay que compartir y a quien amar. No hay escala más segura para subir al amor de Dios (para orar) que el amor del hombre a sus semejantes. (De mor. Eccl. cath 1, 16, 48).

El que ora, ama. Necesariamente. Ama a Dios y ama al hermano. Al fin y al cabo, "estos dos preceptos sustentan la ley entera y los profetas" (Mt 22, 40). Y si ama, necesita en todo momento de la oración para mantener viva la llama del amor. Y así el hombre, cristiano y agustiniano, será todo él, en expresión de Agustín, un cántico de alabanza al Señor. Termino con un bellísimo párrafo del santo:

El hombre nuevo conoce el cántico nuevo. Cantar es expresión de amor. De modo que quien ha aprendido a amar la vida nueva sabe cantar el cántico nuevo.

Cantad con vuestra voz, cantad con vuestro corazón, cantad con vuestra boca, cantad con vuestras costumbres... Cantad al Señor un cántico nuevo. ¿Preguntáis qué alabanzas debéis cantar? Resuene su alabanza en la asamblea de los fieles. La alabanza del canto reside en el mismo cantor.

¿Queréis rendir alabanzas a Dios? Vosotros mismos seréis su alabanza, si vivís santamente. (Serm. 34, 1-3. 5-6). Está dicho en el encabezamiento de este capítulo: Ora bien quien vive bien.

Todos los bautizados están invitados a escuchar estas palabras de San Agustín: "¡Alegrémonos y demos gracias: hemos sido hechos, no sólo cristianos, sino Cristo… Pasmaos y alegraos: hemos sido hechos Cristo" (Christifideles laici,17)

Para recordar

•Inútil y falsa hubiera sido la conversión de Agustín si hubiese dejado la oración al margen de su vida. Pero no fue así. Fue santo, porque fue hombre de oración.
•La oración es búsqueda de Dios, encuentro con él, comunicación permanente con él. Si hay amor, habrá comunicación o relación. Y la comunicación-relación refuerza el amor.
•Para orar es preciso, antes, escuchar a Dios. Él toma la iniciativa. Te ilumina y te capacita para poder relacionarte con él.
•Oración de abandono. Gratuita. Poder orar es ya un don. Pedir, sí; pero "que se haga siempre la voluntad de Dios".
•Sin vida de oración, la fe muere, el amor se enfría, la esperanza languidece. Es necesaria como el oxígeno para los pulmones.
•Quien ama como Cristo – a Dios y a los hermanos -, él mismo se hace un cántico de alabanza al Señor. El más hermoso.

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿Eres hombre o mujer de oración? ¿Oras frecuentemente o sólo cuando sientes alguna necesidad? Dicho de otra manera, ¿oras porque necesitas algo o simplemente porque necesitas orar?
2. ¿Acostumbras a orar con oración de alabanza? ¿Cómo te sientes cuando lo haces? ¿Agradeces en la oración tantos dones y bienes que recibes de Dios? De hecho, ¿qué es lo que más le agradeces?
3. ¿Qué dificultades encuentras para orar? Distracciones, problemas, fe débil, dudas de que Dios "está ahí" para hablar contigo y escucharte, falta de amor...
4. ¿Te pones fácilmente a la escucha de Dios? ¿Qué sientes en ese momento?
5. ¿Oras en grupo o en comunidad? Si es así, ¿qué ventajas e inconvenientes encuentras?
6. ¿Cómo influye la oración en tu vida personal y en relación con los demás? ¿Cómo es, en ti, la relación entre oración y vida?

Para orar con Agustín

Señor, tus oídos están más atentos
al corazón que a la boca;
no se fijan tanto en lo que la lengua canta
cuanto en lo que dicen las obras del que te alaba.
Yo te canto con mi voz para excitar en mí la piedad,
Y canto con el corazón para agradarte.
Cuando entone himnos
procuraré dar pan al que tiene hambre,
vestido al desnudo y hospedaje al peregrino,
para que no sea sólo mi boca la que te cante,

sino que mis manos
estén en conformidad con las voces,
y mis obras sean conformes con mis palabras.
Haz, Señor, que mi vida no cese en el bien obrar,
para alabarte continuamente.
Y cuando mi boca tenga que callar,
que mi vida te sea un cántico de alabanza
Que yo te alabe con mi voz, con mi mente
y las buenas obras,
a fin de poderte cantar siempre el cántico nuevo
(In Ps. 146, 147, 149)

21.- ¡Padre nuestro!

Seguimos con el tema de oración. Ahora, con la más hermosa de todas: la oración del padrenuestro que San Agustín comenta profunda y ampliamente. Te recomiendo la Carta a Proba, una señora, de nombre Alicia Faltonia Proba, que estaba al frente de un grupo de viudas y vírgenes consagradas al Señor, y que le pedía a Agustín que le aclarara algunos puntos sobre la oración. Esta carta viene a ser un pequeño tratado sobre el padrenuestro.

San Agustín viene a decir que el padrenuestro resume y sintetiza toda la espiritualidad cristiana. Su riqueza es inagotable. Es un camino siempre abierto para comunicarnos con el Padre. Orando con él, sentimos su presencia amorosa, proclamamos su santidad, recibimos perdón y lo ofrecemos a nuestros hermanos. Arranca del corazón de la criatura y, llevada amorosamente por el Hijo – al fin y al cabo son sus mismas palabras - llega al Padre y regresa a nosotros cargada de fuerza para construir aquí el Reino y compartir el pan con los hermanos. Imagínate un punto totalmente inaccesible en la alta montaña, o un lugar en la selva, impenetrable y pantanoso, al que desearías llegar porque en él hay un tesoro de altísimo valor que quisieras conseguir. No dispones de medios adecuados, te faltan las fuerzas y, no hay camino. De pronto, alguien, más fuerte que tú, abre una trocha, construye puentes, allana montes, avanza y culmina su trabajo. Y, además, pone a tu disposición un vehículo poderoso. Un todoterreno. Ahora sí puedes hacerte con el tesoro.

Eso, y muchísimo más, ha hecho Cristo contigo. Primero, te muestra el tesoro mejor: el Padre. Después, el camino para llegar a Él, inaccesible para ti: el mismo Jesús. Y, además, te proporciona los medios necesarios. Entre ellos, la oración del padrenuestro, que viene a ser su misma palabra. En cierta manera, Él mismo. ¡Vaya regalo! Ahora, por Jesús-camino y llevado por su palabra - el padrenuestro - sí puedes llegar al Padre.

Es la oración de los hijos, la oración de la familia cristiana. En ella nos sentimos todos hermanos. Lo somos, es cierto, pero es bueno que lo sintamos y lo expresemos. Es la oración de ayer, hoy y siempre.

¡Abba, Padre!

En este mundo secularizado, donde abundan los agnósticos y ateos prácticos, se ha desterrado hasta el nombre de Dios. No en todas partes, gracias al mismo Dios. Para muchos, Dios ya no es necesario, dicen. Molesta o estorba. Quizás fue útil en otro tiempo, pero ahora en que el hombre domina todo lo creado y se ha hecho el centro de todo lo que existe, no me sirve de nada. Me basto yo solo.

¿Para qué un dios, si yo soy mi propio dios? No quiero ser esclavo de nadie, mi libertad nadie la puede coartar, hago lo que me place y me basta. Aspiro a lo que me gusta, y camino por donde me apetece para conseguirlo. Además, no encuentro razones ni argumentos que me digan que ese Dios existe. Prescindo de él, y no me sucede nada malo. Eso dicen muchos de los hombres de hoy, particularmente en el mundo de los que "tienen de todo". Pero les falta quien es el TODO. Son huérfanos, y ni siquiera lo saben. Ni lo echan en falta. Una pena. Se creen llenos, y están vacíos. Y quizás ni tienen la culpa de su orfandad. Dicen que se sienten bien así. ¿Habrá que creerles?

Son buenos muchos de ellos, tienen sentimientos nobles, son solidarios y sensibles a los males de los demás. Pero tienen un Padre, que es fuente de todo amor y de toda felicidad, y no se enteran. Lástima. Porque, si lo supieran, su bondad crecería como el árbol que arranca de la raíz sana y debidamente alimentada y da fruto abundante, la nobleza de sus sentimientos sería más estable y firme, su solidaridad estaría motivada por un amor como el de Cristo.

Nosotros, los creyentes, sí lo sabemos, y nos sentimos hijos muy amados. No es que nos creamos mejores que los demás. No. Pero sí sentimos y experimentamos la presencia de un Padre que nos ama, que nos ha hecho hijos en su mismo Hijo, y herederos de una vida para siempre. Vivimos la alegría y el gozo por este don siempre inmerecido y gratuito. Y esto nos ayuda a mejorar día a día.

¡Padre nuestro! No hay, pienso, riqueza mayor que la encierran estas dos palabras. Jamás el hombre pudo llegar a tanto, ni Dios abajarse tanto. Pero Él, por el gran amor que nos tiene, se inventó la manera: nos envió a su propio Hijo para que se hiciera camino y llevarnos al Él. O para que el Padre llegara a nosotros, que lo mismo da. Es el encuentro que nos comunica vida.

Ya no hay distancia entre Dios y los hombres, sino cercanía y presencia. Ya no hay temor servil, sino amor de hijos. Ya no hay disgregación y dispersión, sino familia nueva. Ya podemos decir: ¡Abba! o Papá, que eso es lo que significa esta palabra. Ya no somos extraños, sino coherederos con el Hijo, mucho más que simples herederos, de la gloria que un día se nos va a dar.

Nadie ni nada nos podrá arrebatar nuestra condición de hijos. ¡Cuánto deseamos que los otros- los "huérfanos" – pudieran y quisieran compartir nuestro gozo, nuestra esperanza, nuestra fe! Los queremos bien y los juzgamos bien. Por eso quisiéramos que, al decir Padre nuestro, el adjetivo posesivo "nuestro" fuera, por nuestra parte, más integrador o tan amplio que abarcara a todos.

Te invito a caminar de la mano de Agustín en su comentario al padrenuestro (Carta a Proba)

Santificado sea tu nombre

Cuando decimos "santificado sea tu nombre", nos incitamos a nosotros mismos a desear que el nombre del Señor, que siempre es santo, sea tenido como santo por los hombres y no despreciado.

Dios es santo, el santo de los santos, la santidad primera. Nada podemos añadir nosotros para que su nombre, o sea Él mismo, pueda ser más santo. Somos nosotros quienes debemos reconocerlo como tal. Somos nosotros quienes necesitamos experimentar su santidad, su bondad y su amor. Somos nosotros quienes debemos decirlo y proclamarlo.

Nos hace bien saber que nuestro Padre es bueno en todo y siempre, y que en Él no hay el más mínimo defecto ni debilidad moral. No sería entonces el "Dios de nuestro Señor Jesucristo", sino otro dios de los que abundan en las mitologías de los pueblos antiguos.

Su nombre, o sea, Él mismo, será santificado y honrado en la medida en que honremos a todos los hijos, a todos los hombres.

Es necesario que su nombre sea reconocido por el hombre de nuestro mundo. Por todos. Es necesario, para que el amor abunde y se propague, que su nombre sea amado por todos. Y también para que la justicia se ejerza con respeto a los derechos humanos; y la paz surja como fruto de la justicia y el amor; y la convivencia entre los humanos sea más fraterna; y el trabajo, además de medio para vivir dignamente, sea tarea de re-creación de todo lo que Dios ha creado para bien del hombre.

Todo esto ocurrirá si santificamos su nombre Y si participamos de su misma santidad, siendo santos también nosotros. Entiéndelo bien. Cuando dices "santificado sea tu nombre", pides tu propia santificación, ya que no santificar el nombre de Dios no es desgracia para él, sino para ti (Serm. 56, 4).

Venga a nosotros tu reino

Cuando decimos "venga a nosotros tu reino", enardecemos nuestro deseo de aquel reino, para que venga a nosotros y merezcamos reinar con él.

El reino de Dios no tiene fronteras, ni se implanta a la fuerza, ni es para privilegiados, ni genera corrupción en sus instituciones. No se identifica con la Iglesia que fundó el mismo Jesús. La Iglesia es el medio o instrumento para construir el reino.

El reino de Dios es universal y para todos los tiempos. No se impone, sino que se acoge. No se construye sobre la ambiciones de poder o dinero, sino que se basa en la fidelidad y en el amor.

Es un reino de amor. En un mundo que genera odio, Cristo ofrece amor. Donde hay violencia, respeto y convivencia. Donde hay venganza, perdón. Donde hay exclusión o marginación, acogida. Donde hay opresión y explotación, servicio humilde y generoso. Y en el mundo que vive en amor, que también abunda – afortunadamente, más que el odio -, el amor se hace más fuerte, más sacrificado. Como el de Cristo. Y la solidaridad – que también abunda – se hace más generosa y más fecunda. Habita en nosotros la presencia del reino (la majestad de Dios) cuando encuentra en nosotros la anchura de la caridad (Serm. 163, 1)

Es un reino de justicia. No tanto de la justicia que se ajusta a las leyes, que

pueden ser injustas, y se aplica fría e implacablemente, sino de la justicia que tiene en cuenta, sobre todo, el bien de la persona, el bien de la sociedad, la atención a los más débiles y la rehabilitación de quienes han caído en el delito. Esta justicia es fruto del amor.

A falta de justicia, ¿qué son los reinos sino bandas de ladrones? ¿Qué otra cosa son, en efecto, las bandas de ladrones, sino pequeños reinos? (De civ. Dei 4, 4)

Es un reino de paz, pero no como la que da el mundo, sino con la que ofrece Cristo. La paz del mundo se confunde casi siempre con el orden impuesto, o surge de pactos de conveniencia o por miedo al otro. La de Cristo es fruto del amor y la justicia.

La paz del Reino es convivencia fraterna, serenidad de espíritu o paz interior, mirada amorosa al otro para perdonar, servir o compartir. No es ausencia de conflictos o problemas, sino talante nuevo para afrontarlos. La paz del Reino que nos ofrece Cristo nos compromete a ser pacificadores o constructores de paz, tarea siempre pendiente en muchos lugares de nuestro mundo.

Después del padrenuestro nos damos la paz. ¡Qué gran sacramento se esconde en este rito! Deja que tu beso o tu abrazo sea expresión de tu amor. (Serm. Dennis 6, 3).

Es un reino de santidad y gracia. No es un reino de santos, aunque sí para ser santos. Y en él hay santidad.

Es santo porque en él está presente el Espíritu de Dios que anima y santifica; porque por doquier hay semillas de santidad que germinan y dan fruto; porque están los sacramentos, signos de la gracia que cada uno comunica a quien los recibe; y la palabra de Dios, y la oración, y muchos cristianos que viven en fidelidad al Evangelio de Jesús, y la Iglesia, cuerpo de Cristo...

Es un reino implantado en este mundo, pero no es de este mundo. Y mientras vivimos en este mundo, todos estamos llamados a vivir la santidad que nos comunica el Espíritu de Dios El mismo que nos justifica nos deifica, puesto que él, al justificarnos, nos hace hijos de Dios. ¿Y qué son los hijos de Dios sino dioses? Dioses por la gracia de adopción, no por naturaleza de generación

Es un reino de verdad. La verdad de Dios. O Dios, que es la misma verdad. En todo lo demás cabe la posibilidad del error, del engaño o la mentira, el conocimiento a medias, o la promesa que no se puede o no se quiere cumplir, o el halago para medrar, o la "verdad a medias", la ocultación y las palabras vanas.

En el Reino, Dios es la verdad absoluta o en sí misma. Una verdad que sacia y aquieta las aspiraciones más íntimas del ser humano. No es tanto una verdad fría y metafísica, cuanto un bien para el mismo hombre. Como es verdad que el sol existe y, además, alumbra y da calor. En medio de tantas incertidumbres y dudas por las que navegamos en este mundo, ¡qué bien nos viene saber que Dios es la verdad total, en la que no cabe el más mínimo error o engaño!

Cuando el hombre vive según la verdad, no vive según él mismo, sino según Dios, pues es Dios quien dijo: "Yo soy la verdad". Pero cuando vive según él mismo, según el hombre, no según Dios, vive según la mentira. (De civ. Dei 14, 4, 1).

Hágase tu voluntad

Cuando decimos "hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo", nos recomendamos la obediencia que Él nos exige, para que cumplamos su voluntad como en el cielo la cumplen los ángeles.

¿Cómo podemos conocer la voluntad de Dios o qué es lo que Él quiere de nosotros? No siempre es fácil saberlo. Pero una cosa está clara: la voluntad de Dios, entendida objetivamente, está expresada, ante todo, en los mandamientos y en todas indicaciones contenidas en su Palabra, interpretada por el Espíritu y enseñada por la Iglesia.

Habrá muchos momentos en que, por la oración, el consejo del amigo, la historia personal, los acontecimientos que ocurren, los signos de los tiempos, etc., Dios nos va hablando o indicando su voluntad. Otras muchas veces permanecerá oculta.

Siempre, en uno u otro caso, se requiere una plena docilidad de espíritu. No se trata de tener una resignación pasiva, sino de una aceptación serena, incluso gozosa, de lo que Dios quiere de mí. Aunque, en ocasiones, duela y sea difícil cumplirla. Recuerda los dos momentos más difíciles en la vida de Jesús: Getsemaní y la cruz. Y en el anuncio del ángel a María, quien, a pesar de no entender del todo lo que se le proponía, pronunció su "hágase en mí según tu palabra".

Pienso que es feliz, en lo que cabe, sólo el que se abandona libremente en las manos del Padre para que su voluntad, la que sea, se cumpla en él. Y la razón es porque Dios, que es amor, quiere siempre y en todo nuestro propio bien, nuestra realización plena.

¡Qué bueno es el Dios de Israel para los rectos de corazón, para aquellos que someten su voluntad a la divina y no intentan acomodar la de Dios a la propia! (In Ps. 124, 2).

Danos nuestro pan

Cuando decimos "danos hoy nuestro pan de cada día", puede entenderse el sacramento de los fieles, que nos es necesario en el tiempo presente, aunque no para la felicidad del tiempo presente, sino para la vida eterna.

San Agustín se refiere en este párrafo al pan de la eucaristía. Todos los creyentes necesitamos de este pan para tener vida eterna. Pero hay otros lugares en los que el santo habla de la necesidad de pedir al Padre el pan para alimentar el cuerpo, el alimento de todos los días, para uno mismo y la familia. Transcribo al respecto unas palabras suyas:

Ha de tomarse, por tanto, esta la petición en dos maneras: el pan cotidiano, es decir, la necesidad de mantenimiento corporal; y el del manjar espiritual. El alimento corporal, por tener que comer todos los días, cosa indispensable para vivir. En el alimento inclúyase también el vestido. Tómase la parte por el todo. Cuando pedimos pan, entendemos por él todas las cosas Los fieles conocen, además, un alimento espiritual, que también vosotros, los iniciados, vais a recibir luego del altar de Dios. Será también pan cotidiano e indispensable (Serm. 57, 7).

Perdona nuestras ofensas

Cuando decimos "perdona nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden", nos obligamos a recapacitar sobre lo que pedimos y sobre lo que hacemos, para que merezcamos recibirlo.

La oración compromete. Mucho más si es oración de petición. No se puede pedir nada a Dios, si cierras el corazón al hermano. ¿Con qué cara pretendes pedirle algo que tú no estás dispuesto a dar?. Dios no entra en un corazón endurecido. Él se revela únicamente a los humildes y sencillos. Es decir, a los que tienen el corazón abierto al hermano y saben pedir perdón y perdonar. Orar, según el santo, es tener presente a Dios en el corazón y hablar con Él en el interior (De mag. 1, 2), No puede habitar en un corazón que se cierra al amor. Luego sólo los que aman pueden orar. Y el perdón es una de las expresiones más hermosas del amor. Por tanto, sólo los que perdonan pueden ser perdonados.

No nos dejes caer en la tentación

Cuando decimos "no nos dejes caer en la tentación", nos animamos a pedirlo, no sea que careciendo de la ayuda divina, sobrevenga la tentación y consintamos seducidos o cedamos afligidos.

Estamos en camino, somos débiles, las circunstancias en que vivimos son difíciles, y el maligno no descansa. Y nos puede rondar una primera tentación al pensar, quizás inconscientemente, que, porque somos hijos de Dios, estamos ya seguros y salvo. No hay tal seguridad, existe siempre el riesgo de caer.

Seguimos siendo frágiles, aunque nos alimentemos frecuentemente de la eucaristía, y oremos todos los días, y demos limosna y ayunemos con rigor. Mientras estemos de viaje, somos carne de pecado. De ahí la necesidad de estar vigilantes, luchar y, sobre todo, pedir la gracia de la tutela y fortaleza para nuestro camino.

Líbranos del mal

Cuando decimos "líbranos del mal", nos excitamos a pensar que no estamos aún en aquel lugar bueno en que no padeceremos mal alguno.

El bien abunda por doquier. Por gracia de Dios. Sin duda. Abunda en los seguidores de Jesús y en otros que no lo son. No es propiedad exclusiva de los creyentes. Hay en este mundo muchísimas personas y familias buenas a carta cabal. Y este bien se traduce en fidelidad, amor generoso, solidaridad, respeto a los derechos humanos, libertad responsable...

Pero el mal se prodiga también por doquier. Nos ronda por todas partes, halaga y nos tienta: la ambición de poder y del dinero, la corrupción, el engaño y la mentira, la infidelidad al amor, la injusticia, la exclusión de los más débiles, la lujuria, la pereza...

Son trampas que encontramos en nuestro camino y en las que podemos caer. Y caemos por debilidad, despiste, afán desmedido de tener, de gozar de placeres que degradan...

Únicamente en el cielo estaremos seguros y a salvo. Pero no lo estamos mientras caminamos por este mundo. De ahí la necesidad de acudir a Dios para que venga en nuestra ayuda y sea la fuerza en nuestra debilidad.

El padrenuestro, síntesis de toda oración

Para Agustín no existe más oración que el padrenuestro, ya que resume y contiene en pocas palabras toda la práctica de nuestra vida de fe (Ep 130, 22) y en él se encuentra todo lo que podemos pedir y desear. Recoge, además, dentro de sí toda la oración bíblica contenida en el Antiguo Testamento, particularmente en los salmos. Pero la razón principal es porque fue la única que nos enseñó Jesús. No orarás si no dices esta oración; si empleas otra, Dios no te oirá... Luego es

necesario que, cuando oramos, oremos conforme a esta oración; y cuando la pronunciamos, entendamos bien lo que decimos... Si oráis de distinto modo que enseñó el Maestro, no seréis oídos... Ha de orarse como Dios enseñó (In Ps. 103, 19).

¿Excluye el santo otras oraciones u otras maneras de orar? En modo alguno. Todo el libro de Las Confesiones es una oración o un conjunto de oraciones de alabanza, de súplica, de agradecimiento, de reconocimiento de la bondad y misericordia de Dios. Y se encuentran, también, muchísimos párrafos a lo largo de todas sus obras que son también oraciones escritas, que él pronunció y, sin duda, repitió en muchas ocasiones. Son oraciones conforme a esta oración.Pero todas ellas expresan, en una u otra forma, las ideas el contenido del padrenuestro. Sería suficiente hacer un breve análisis de cada una de ellas para darnos cuenta de ello. Y así debería ser también, según el santo, la oración de todos los creyentes.

Por el santo bautismo somos hechos hijos de Dios en su Unigénito Hijo, Cristo Jesús. Al salir de las aguas de la sagrada fuente, cada cristiano… entiende que ha sido asociado al Hijo predilecto, llegando a ser hijo adoptivo. (Christifideles laici, 11).

Para recordar

- El contenido central de la fe y toda la enseñanza de la Iglesia se condensa en la oración que Jesús enseñó a sus discípulos.
- Nosotros, al recitar cada día esta oración, profesamos la síntesis de todo el evangelio, nos sentimos hermanos de un mismo Padre y nos comprometemos a construir su Reino.
- Nos ayuda, además, a perdonar siempre. Con el mismo amor con que nos perdona el Padre. Es la oración de la comunidad cristiana y de la familia en el hogar.
- Toda oración, cualquiera que ella sea, debe expresar, en una u otra forma, el contenido del padrenuestro. De lo contrario, no sería cristiana.

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿Qué sientes cuando en la oración dices ¡Padre nuestro!? ¿Lo dices mecánicamente o sientes en ese momento su cercanía y su amor de Padre? ¿A qué te compromete esta invocación?
2. ¿Qué haces en "tu mundo" (familia, trabajo, relaciones humanas) para que el nombre de Dios sea santificado? ¿Qué podrías hacer?

3. ¿Te sientes llamado a construir su Reino allí donde vives? ¿Qué haces para que Él reine en justicia y verdad, en paz y amor...? ¿Defiendes la vida y la proteges? ¿Cómo y cuándo?
4. ¿Le sueles pedir que se cumpla su voluntad o la tuya? ¿Te sientes frustrado cuando Dios no te concede lo que le pides?
5. ¿Compartes el pan que Dios nos ha dado para todos? ¿Qué más podrías compartir?
6. ¿Te cuesta perdonar? ¿Hay alguien a quien todavía no has perdonado del todo? ¿Puedes rezar esta oración sin brindar tu perdón a quien te ha ofendido?
7. ¿Cómo luchas contra el mal? ¿Qué medios utilizas para no caer en la tentación?

Para orar con Agustín

Señor y Dios mío,
escucha mi oración y atiende a mis deseos.
No pido sólo para mí,
sino también para mis hermanos.
Y con tanto mayo ardor,
cuanto mayor es mi deseo de servirles.
Te ofreceré en sacrificio el servicio
de mis pensamientos y de mis palabras.
si Tú me das el que pueda ofrecértelo.
Yo soy pobre y necesitado; Tú, en cambio,
eres rico con los que te invocan
y cuidas de nosotros con seguridad.
Señor y Dios mío,
luz de los ciegos e iluminación de los que ven,
fortaleza de los débiles,
y sostenimiento de los fuertes,
presta atención a mi alma,
y óyela desde sus intimidades.
¡Oh Señor, hazme mejor cada día!,
y cada día revélame tus secretos.
Que sacie mi sed,
Bebiendo y meditando las maravillas de tu ley.
Te lo suplico por nuestro Señor Jesucristo,
Hijo tuyo e Hijo del hombre;.
Mediador tuyo, por quien nos buscaste,
cuando aún no te buscábamos;
y mediador nuestro, por quien nos buscaste
para que te buscásemos;
Palabra tuya, por la que hiciste todas las cosas,
y, entre ellas, a mí;
Hijo único tuyo, por quien llamaste a adopción
al pueblo de los creyentes y a mí en él. Amen
(Conf 11, 2, 3-4)

22.- En comunidad fraterna

Como comprenderás, nadie puede rezar el padrenuestro como conviene si no se siente hermano de sus hermanos. Repasa, si no, cada una de sus invocaciones o peticiones, desde la primera hasta la última.

Sobraría, por ejemplo, el término nuestro añadido al Padre a quien invocas. Y ¿cómo pretendes que Dios te libre de todo mal, si tú no estás dispuesto a liberarte de tu aversión al hermano, o de la indiferencia para con él, del desamor que hay en ti o de tu individualismo? ¿Cabe mayor mal que éste? Y la voluntad de Dios es que vivamos como hermanos, a ser posible en comunidad fraterna; y que el pan que da para todos - porque ya lo ha dado -, lo compartamos para que a todos alcance; y que su Reino, que es comunidad de amor, lo construyamos entre todos y para todos; y que no caigamos en la tentación tan frecuente del egoísmo que excluye y margina; y que la forma mejor de que su nombre sea santificado es amando al hermano.

El padrenuestro es la oración de la familia cristiana. Es para rezarlo en comunidad o unido vitalmente a una comunidad. Fuera de ella - llámese parroquia, familia, grupo, asociación, movimiento, etc. - no tendría sentido. Estaría fuera de lugar. Y Dios no la escucharía. El padrenuestro crea comunidad y la expresa. Rezado como se debe, nadie puede quedar igual que antes. No es como un disco que da vueltas y vueltas sobre sí mismo repitiendo mecánicamente las mismas palabras, sino, más bien, como un arado que avanza roturando el terreno y abriéndolo en surco para que siga recibiendo el agua de la vida nueva que cae igual para todos.

Decir "Padre", si se dice de corazón y en verdad, significa sentirse hermano de todos los hijos que así lo invocan también, mucho más, si añadimos el posesivo "nuestro". Al pronunciar ambas palabras, nos comprometemos a formar con ellos una familia unida en un mismo amor. Una comunidad fraterna.

Vid y sarmientos.

El origen de toda comunidad cristiana está en Jesucristo. Obvio. Recuerda, entre otras cosas, la parábola del buen pastor que reúne el rebaño, lo guía y alimenta. O la de la vid y los sarmientos. Los sarmientos tienen vida y dan fruto en la medida en que están unidos a la vid. La unión con la vid genera la unidad entre ellos. Todos son diferentes en tamaño, en hojas y en fruto. Pero todos comparten una misma vida que les viene dada desde el tronco o la vid. Uno de los acontecimientos más relevantes de la conversión de Agustín fue el encuentro con la Iglesia Y en ella encontró el cauce más adecuado para vivir la unidad en el amor y la amistad, por la que tanto había suspirado.

El Cristo total

Poco a poco iba descubriendo la realidad del Cuerpo místico de Cristo. La iglesia viene a ser la prolongación de Cristo, cuerpo y cabeza, de quien, por vivir unida a él, recibe el ser y la vida. De ahí proviene la expresión tan agustiniana del Christus totus, el Cristo total, que más tarde se llamaría Cuerpo Místico de Cristo. Es lo mismo.

Aquí se fundamenta la realidad de toda comunidad cristiana: muchos

miembros, pero una sola cabeza; variedad de carismas, pero un solo Señor; muchas maneras de manifestarse, pero un mismo principio vital, diversidad de funciones, pero una misma savia que las sostiene y alimenta. Muchos hijos, pero un mismo Padre; muchos hermanos, pero una sola familia.

Y si la llamamos también agustiniana es porque el santo ha puesto de relieve, más que nadie o tanto como el que más, la unión de todos los cristianos en Cristo, cabeza de la Iglesia, para formar, en él y con él, el Cristo total. *A su carne se une la Iglesia y se hace el Cristo total, la cabeza y el cuerpo (In ep. Jn 1).*

Cada uno de los miembros conserva su singularidad, su autonomía y libertad. Y todos aportan su personalidad al crecimiento del cuerpo. Y todos, unidos en un mismo amor y animados por un mismo Espíritu, forman una verdadera comunidad fraterna. En esta comunidad todo es patrimonio de todos, todos participamos de lo que es y tiene cada uno de los miembros, y todos se benefician de lo que yo hago, soy o tengo. *Somos un cuerpo bajo una misma cabeza, de tal manera que vosotros estéis en nosotros trabajando, y nosotros en vosotros estemos dedicados a la contemplación (Ep 49, 1).*

Comunidad de creyentes

La comunidad cristiana, laical o religiosa, es un edificio de piedras vivas. Como la Iglesia. En ella, Cristo es el fundamento; la fe el armazón o estructura que, partiendo de Cristo, la sustenta y cohesiona. Pero es el amor el vínculo que une a todos los miembros entre sí.

(En la comunidad cristiana) no reina el amor a la voluntad propia y privada, sino un gozo del bien común e inmutable y la obediencia de la caridad que hace de muchos un solo corazón, una concordia perfecta (De civ. Dei15, 3).

En la espiritualidad agustiniana, la tarea más importante es la construcción de una comunidad de creyentes en Jesús. Y el amor, que es la esencia de la vida y mensaje de Jesús, será el centro y el corazón la comunidad.

La fe será cristiana en la medida en que arranque de Jesús y se comparta con otros creyentes. Y el evangelio será creíble si quienes lo reciben, aprecian y ven unidad entre quienes lo proclaman. Por otra parte, no hay evangelización posible si antes no se vive en comunidad. O, lo que es lo mismo, si no parte de la misma comunidad. Además, el objetivo de toda evangelización es formar comunidad cristiana. Así evangelizó Jesús.

Dos datos corroboran lo dicho: Uno: dice Marcos que Jesús "subió a la montaña, fue llamando a los que él quiso y se fueron con él. Nombró a doce, a quienes llamó apóstoles, para que convivieran con él y para enviarlos a predicar" (3, 13-14). Primero fue la convivencia o la vida en comunidad; después la evangelización desde la memoria de Jesús vivida en la misma comunidad. Dos: El primer fruto de la primera evangelización fue la comunidad de Jerusalén. Bien sabían los apóstoles y los recién convertidos que así tenía que ser si querían crecer en la fe, compartir todo en amor, orar al Padre común y dar testimonio de la presencia de Jesús en ellos.

Comunidad agustiniana

En esta primera comunidad cristiana se inspiró Agustín, recientemente convertido, para vivir y compartir su fe con un grupo de amigos que habían recorrido

su misma andadura. Una vez convertido, volvió a su tierra, vendió los pocos bienes que tenía, repartió el dinero entre los pobres, y comenzó a vivir en comunidad con ellos, en su casa de Tagaste.

Lo narra así su discípulo y primer biógrafo, san Posidio: *"Tras recibir el bautismo plúgole volver a África, a su propia casa y heredad, juntamente con otros compañeros y amigos. Y allí, durante casi un trienio, desembarazado de los cuidados del mundo, vivió para Dios en compañía de los amigos que se le habían juntado, entregado a la oración, al ayuno, y a las buenas obras, meditando día y noche en la ley del Señor. Y lo que el Señor le revelaba en la oración y en la reflexión lo trasmitía a presentes y ausentes de palabra y por escrito".*

Así comenzó la vida religiosa agustiniana. Después seguirían otros monasterios. De hombres y mujeres. Hasta hoy.

Comunidades de laicos

Pero es importante resaltar que si Agustín puso en marcha su proyecto de vida común, fue porque antes existió una comunidad cristiana formada por laicos en la que él se inspiró. Y comunidades de laicos eran también todas las que iba formando San Pablo en sus viajes misioneros, y los demás apóstoles.

Y otro dato: la comunidad de Tagaste era laical. No había clérigos entre ellos. Lo único que los caracterizaba o distinguía era su propósito de imitar lo más posible la vida de los primeros cristianos. (Hechos 2, 42-47; 4, 32-35).

Agustín era laico, sus compañeros y discípulos también. En el horizonte de su vida no contemplaban, más bien descartaban, la posibilidad de ser clérigos. Solamente pretendían imitar lo más posible, aunque al estilo de Agustín, a la comunidad primera de Jerusalén.

¿Cuáles eran más características más destacadas y significativas de esta primera comunidad que se proponía imitar san Agustín? Entre otras:

1. Asiduidad en escuchar la enseñanza de los apóstoles
2. La fracción del pan
3. La oración
4. La unidad. "Una sola alma y un solo corazón"
5. La comunidad de bienes y la solidaridad con los más necesitados.
6. La alegría y sencillez de vida
7. El testimonio

Todos estos elementos deben entrar en la formación de una comunidad laical agustiniana. Si faltara alguno de ellos no sería comunidad evangélica, por que todos ellos, juntos, son una verdadera síntesis del evangelio de Jesús.

Después vendrán estilos de vida cristiana y comunitaria, en los que, sin excluir ninguno de ellos, se dará más relieve a uno o a otro. Por ejemplo, en agustiniano, a la vida de comunidad.

Formación en la fe

La fe se recibe como en semilla. No brota sin más ni más, por generación espontánea, ni es fruto necesario de un esfuerzo personal o de una búsqueda constante e incansable.

La fe es un don. Pero un don que Dios deposita en ti en el momento de tu

bautismo. Es un don de vida. Debe, por tanto, nacer, crecer y madurar. Y dar fruto. Es como el niño que es concebido, y al tiempo nace, crece y se hace adulto. Hay una colaboración necesaria para que todo esto ocurra, pero la vida le viene dada de fuera, de Dios.

Cosa parecida ocurre con la fe. Necesita de tu colaboración para que pueda nacer, crecer y madurar. Podríamos aplicar a este punto las palabras de Agustín referentes a la salvación eterna: Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti.

Para que tu fe crezca y madure es necesario, entre otras cosas, que acudas a la enseñanza de los apóstoles. Como lo hacían los primeros cristianos. Es preciso que acudas a la Iglesia para conocer el mensaje de Jesús, los contenidos de la doctrina cristiana, la palabra revelada. También es necesario el estudio y la reflexión personal.

Recuerda que la fe no es sólo creer en un conjunto de verdades o puntos de doctrina. Es, ante todo, adhesión a la persona de Jesús. Y esta adhesión, que debe reafirmarse día a día, debe también cultivarse.

¿Dónde? La mejor tierra de cultivo es la comunidad. En ella encuentras apoyo, experiencia de otros, presencia de Jesús en medio de todos los "reunidos en su nombre", reflexión y diálogo, un corazón que late con el tuyo, corrección fraterna, amor y solidaridad, los sacramentos...

La experiencia de Agustín podría ser también tu misma experiencia. Fue también la experiencia de los doce con Jesús.

La fracción de pan

Se parte el Cuerpo de Cristo para compartirlo entre los hermanos. No habría eucaristía si no hubiera comunidad. Recuerda la doctrina de Agustín sobre el Cristo total. Al comer el Cuerpo de Cristo entras en comunión con todos los hermanos. La eucaristía es un banquete de vida, a cuya mesa se sientan todos, para comer un mismo pan, que se parte y se reparte.

La eucaristía, o fracción del pan, se celebra en la comunidad y para la comunidad. Sin ella, no tiene sentido. Te lo dice una vez más Agustín: *Acercaos y comed el Cuerpo de Cristo, vosotros los que en el Cuerpo de Cristo habéis sido hechos miembros de Cristo; acercaos y bebed la Sangre de Cristo. Para que no os separéis, comed vuestro vínculo de unión (Serm 3, 3).*

La oración

Es importante y necesaria la oración personal. Entra dentro de ti, en tu interior habita la verdad y, luego (habitado por Dios), sal de ti mismo, viene a decir Agustín. Se requiere, en primer lugar, la experiencia de una relación íntima y fuerte con el Señor. Jesús se retiraba al monte para orar. Entraba en intimidad con el Padre. En Él encontraba la fuerza necesaria para cumplir con su misión. Y experimentaba vivamente el amor del Padre, alivio y consuelo. Pero es igualmente importante y necesaria la oración en comunidad. Adquiere una dimensión nueva que la enriquece y potencia. Es la oración de la familia reunida que se dirige al Padre común, en unión con su Hijo, nuestro hermano, y animados por el Espíritu. "Cuando oréis, decid: Padre nuestro...". La oración en comunidad nos hace más hermanos, nos une en un mismo amor, se hace liberadora y nos compromete a trabajar juntos en la tarea

del evangelio. Cuando oramos en comunidad, Cristo se hace presente en medio de nosotros. Y ora también. Nos lo dice una vez más nuestro santo: *Cristo ora por nosotros, ora en nosotros y es invocado por nosotros. Ora por nosotros como sacerdote nuestro, ora en nosotros por ser nuestra cabeza, es invocado por nosotros como Dios nuestro. Reconozcamos, pues, en él nuestras propias voces y reconozcamos también su voz en nosotros (In Ps. 85, 1).*

Una sola alma y un solo corazón

Fruto espontáneo y natural del amor es la unidad. Si hay amor entre los hermanos, un amor como el de Cristo, surge necesariamente la unidad de corazón y de espíritu entre ellos. Una unidad que tiene su centro en Cristo, como los sarmientos en la vid, y animada y mantenida por el Espíritu.

San Agustín describe con belleza y hondura esta realidad. Dice así: *Porque en realidad tu alma no es sólo tuya, sino de todos los hermanos, como sus almas son también tuyas; mejor dicho, sus almas, juntamente con la tuya, no son varias almas, sino una sola, la única de Cristo (Ep. 243, 4).*

La unidad es fruto y don, pero también conquista. Se requiere empeño constante para vivir unánimes y tener *una sola alma y un solo corazón dirigidos hacia Dios (Regla 1, 2)*. También la vida es un don que recibes de Dios, pero luchas y trabajas denodadamente para defenderla, mantenerla y mejorarla, porque son muchos los enemigos, peligros y dificultades que encuentras en tu camino y que tienes que ir superando día a día para vivir.

Son también muchos los enemigos que acechan al creyente para que rompa la unidad con los hermanos. Entre ellos, el egoísmo, siempre solapado, y que aflora en todo momento para que el hombre se mire y se busque a sí mismo al margen de los otros. Y a veces – lo que es peor o muy grave – por encima de los otros. Esto se llama también soberbia.

Cuando el alma soberbia decae de lo común a lo propio, ese amor es ruinoso para ella..., porque el perverso amor de sí misma le priva de la santa convivencia. Contraria a esta peste es la caridad, que no busca las cosas privadas, es decir, que no se regocija con ellas (De Gen. ad lit. 11, 15, 19).

Otro enemigo señalado reiteradamente por Agustín es el afán de poseer o el amor excesivo a lo que ya se posee. El bien, cualquiera que él sea, convertido en privado, excluye la participación y deteriora la convivencia. Si es verdad que "donde está tu tesoro, ahí está tu corazón", que lo es, el corazón de quien así posee sale de la órbita de la comunión con los hermanos y se posa sobre lo que se tiene o se quiere tener.

No se trata de renunciar a los bienes que se posee, sino de poner orden en ellos amándolos y usándolos debidamente. *Dado que no podemos eliminar la propiedad privada, eliminemos, al menos, el afecto privado a lo que a ella nos une (In ps. 131, 5, 6).* Y añade en otro lugar: *Poseamos las cosas terrenas sin dejarnos poseer por ellas. Que no nos atrape su abundancia ni nos hunda su carencia. Hagamos que ellas nos sirvan sin hacernos sus servidores (Ep. 15, 2).*

Comunión y participación

Agustín propone un estilo de vida parecido al de los primeros cristianos, que

"estaban todos unidos y poseían todo en común, vendían sus bienes y posesiones y las repartían según la necesidad de cada uno" (Hech. 2, 42-43).

Tú sabes que uno de los problemas más graves de este mundo es la desigualdad tan escandalosa que existe entre los pocos que tienen casi todo y los muchos que se debaten en la pobreza. Este mismo fenómeno, si no de características tan graves, puede darse también en las pequeñas comunidades cristianas. Quizás, en la pequeña comunidad cristiana laical en la vives y celebras tu fe. En el próximo apartado nos extenderemos un poco al hablar de la solidaridad desde el punto de vista agustiniano.

Ser parte de una comunidad – y esta debe ser la aspiración de todo creyente en Jesús – supone mirar el bien común por encima del propio, ya que la caridad... *antepone las cosas comunes a las propias, no las propias a las comunes (Regla 5, 2)*. El apego a lo propio genera desigualdad y división. Y suele ser causa de envidia por parte de quien tiene menos, y de soberbia de quien tiene más. De ahí que Agustín nos diga: *No llaméis a nada propio, sino que todas vuestras cosas estén en común (Regla 4).*

El amor a lo común lleva a compartir, no sólo lo que se tiene, sino también lo uno es. Si no elimina las desigualdades o diferencias en lo que se posee, al menos las alivia y reduce. La alegría que nace en un corazón que comparte es mayor y más honda que la que pudiera haber en el corazón de quien tiene mucho y comparte poco.

¿Piensas que los ricos son felices porque no se preocupan de las cosas pequeñas de cada día? No te lo creas: no tienen ansias de beber del vaso porque tienen sed de todo el río (Serm 50 4, 6). Y dice el santo en otro lugar: *La verdadera felicidad no consiste en tenerlo todo, sino en necesitar poco (Regla 4).*

San Agustín sabe muy bien que la verdadera unidad y convivencia fraterna entre los cristianos debe sustentarse en la posesión común de un tesoro único, el más estimable y valioso, Dios mismo: *Efectivamente, Dios mismo, tesoro fabuloso y superabundante, será nuestra posesión común (Ser 355, 1).*

Este es el verdadero fundamento de toda comunidad cristiana. Cualquier otro fundamento que se ponga (interés personal, sentimiento de acogida, ayuda que se recibe y se da, seguridad económica o social, etc.) será falso si no parte de la unión con Cristo, fuente de todo amor.

Sencillez y pobreza

San Agustín llama pobres de Dios a los humildes y sencillos de corazón, a quienes a nada se apegan, a los que tienen un corazón siempre abierto a Dios y al hermano, a quien comparte lo poco o mucho que tenga con quien nada tiene.

Para él, son pobres en espíritu o pobres de Dios los que viven su pobreza con alegría y paz, porque se abren a Dios, de quien reciben todo, y al hermano con amor generoso.

Un pobre de Dios es lo que es en su corazón, no en su cartera. Dios no mira nuestros bolsillos, sino nuestros deseos. *A todos los que son humildes de corazón, a los que viven en la práctica del doble mandamiento del amor, no importa cuanto posean en este mundo, hay que clasificarlos como pobres, como los auténticos pobres a quienes Dios harta de pan (In ps. 131, 26).*

Únicamente quien vive así la pobreza evangélica es capaz de compartir con

el que tiene menos, y formar comunidad fraterna con él, porque únicamente él es capaz de compadecer y de amar como Jesús. De ellos es el Reino de los cielos, porque ya en la tierra supieron construirlo. Y también porque Dios fue siempre su única esperanza. Mira cómo los pobres y los desposeídos pertenecen a Dios. Me refiero, por supuesto, a los pobres en espíritu. De éstos es el Reino de los cielos. Y ¿quiénes son estos pobres en el espíritu? Los humildes, los que confiesan sus pecados, los que no presumen de sus propios méritos ni de su propia justicia. *Los que alaban a Dios cuando hacen algo bueno y se acusan a sí mismos si hacen algo malo (In ps. 73, 24).*

Pobreza en el espíritu, humildad de corazón, sencillez de vida y amor de caridad, son los materiales adecuados y necesarios para construir y formar una verdadera comunidad cristiana. Sin ellos, o si faltara alguno de ellos, podría formarse un grupo de trabajo, una asociación benéfica o una tertulia de amigos, pero nunca una comunidad.

Agustín es un santo que rezuma humanidad por todos los poros. Sabe que la pobreza, en cuanto carencia total de bienes, no es buena. Y mucho menos la abundancia insaciable. Por eso pide equilibrio y moderación en la vivencia de la pobreza. Así la vivía él.

Dice su biógrafo San Posidio que sus vestidos, su calzado y el mobiliario de su dormitorio eran modestos y sencillos; ni demasiado refinados ni demasiado pobres. Porque en tales cosas la gente está acostumbrada o a un despliegue de orgullo personal o bien a rebajarse demasiado. En ninguno de estos casos buscan las cosas de Jesucristo, sino las suyas propias. Como ya he dicho, Agustín mantenía un sano equilibrio, sin desviarse ni a la derecha ni a la izquierda (Vida de Ag., 22).

Las comunidades agustinianas deben ser modestas y sencillas en todo lo que son y poseen. Deben tener lo necesario para vivir y trabajar, y ser desprendidas en todo lo que pueda ser superfluo o innecesario. Como Agustín.

Dígase lo mismo de los fieles que en su vida laical quieran vivir, en la medida de sus posibilidades, al estilo de Agustín

Testimonio de vida

Testigo, en cristiano, es aquel que, en lo que cabe, vive lo que cree. El discípulo de Jesús acoge su palabra porque antes cree en él, asume como propios sus mismos sentimientos y actitudes, y vive, o intenta vivir, su misma vida. Y como consecuencia o fruto de esta actitud de vida, proclama de palabra su fe.

Eres testigo cristiano, cuando a pesar de tus propias deficiencias y limitaciones humanas, eres una página viviente del evangelio. Eres, entonces, luz, sal y fermento. Estás testificando con tu vida que Cristo está presente en ti y en los hermanos, que te ama hasta el extremo, que es fuente de todo bien y que es el camino, la verdad y la vida para todos.

Testificas muchas otras cosas: que en Cristo hay un camino de esperanza siempre abierto, que merece la pena amarnos como él nos ha amado para ser felices y hacer felices a los demás, que el perdón que nos brinda es generoso y total, que Dios es Padre lleno de ternura y que servir al hermano es el camino mejor para llegar a él.

De todo esto daba testimonio la primera comunidad cristiana. Pero no te

engañes: también en ellos había fallos y deficiencias. Pero no es menos cierto que la comunidad, en cuanto tal, transparentaba la vivencia del evangelio de Jesús. O la misma vida de Jesús.

La prueba es que, con su estilo de vida, atraían a otros muchos a vivir su misma experiencia de fe. Y esto era lo que Agustín veía y valoraba. Y te lo propone como modelo y ejemplo. Es cierto que fundó una comunidad monacal partiendo de la forma de vida de la primera comunidad de Jerusalén, pero también es verdad que sus palabras son aplicables a cualquier tipo de comunidad cristiana, laical o religiosa, que quiera vivir la fe en Jesús y compartirla con los hermanos. Recuerda que los miembros de aquella comunidad eran laicos. Lo mismo que tú.

Así hablaba Agustín en uno de sus sermones: *Para refrescar vuestra memoria se os va a leer un párrafo de los Hechos de los Apóstoles en que se describe la forma de vida que nosotros tratamos de seguir (Y el diácono Lázaro leyó: "Estaban llenos del Espíritu Santo y hablaban a Dios con confianza. La comunidad de los creyentes tenía un alma sola y u solo corazón. Nadie reclamaba nada como propio, sino que todo era de todos...". Cuando Lázaro hubo terminado la lectura, entregó el libro al Obispo). Y Agustín comentó: Quiero volver a leer esto yo mismo. Me da mucho más placer releer estas palabras que comentarlas con mi cosecha. Y repitió la lectura. Cuando hubo terminado, dijo: Ya sabéis lo que queremos. Orad para que podamos ponerlo en práctica (Serm 356, 1, 1, 2).*

Las pequeñas comunidades cristianas son una bendición del Señor y signo de su presencia en la Iglesia. Son una hermosa realidad. Las alienta y sostiene el Espíritu. Son lugar de crecimiento en la fe, servicio y santificación. Promueven la pertenencia a la Iglesia, y son un medio excelente para evangelizar

Y una comunidad laical agustiniana posee un marcado matiz de delicadeza en la relación fraterna, búsqueda incansable de la Verdad, amor al hombre, estudio de las ciencias sagradas y servicio a la Iglesia. Vale la pena que te vincules a una de ellas.

> *El bautismo significa y produce una incorporación mística pero real al cuerpo crucificado y glorioso de Jesús. Mediante este sacramento, Jesús une al bautizado con su muerte para unirlo a su resurrección… De ello resulta que "nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo" (Christifideles laici, 12).*

Para recordar

- Nadie puede invocar a Dios como Padre, si no se siente hermano de todos. Mucho menos, si lo llama Padre nuestro.
- Si somos hijos de un mismo Padre y, por lo tanto, hermanos, es en comunidad donde tenemos que vivir nuestra fe, compartir el amor y cultivar la esperanza.
- Los primeros cristianos nos dan ejemplo de cómo se puede o se debe vivir en comunidad.
- En ellos se fijó Agustín para iniciar y vivir en comunidad con un grupo de amigos y discípulos. Y es un modelo para toda comunidad laical agustiniana

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿Crees que es posible vivir y cultivar tu fe al margen de los demás? ¿Por qué? ¿Qué sientes cuando rezas el padrenuestro?
2. ¿Conoces algún grupo de cristianos que se reúnen para celebrar su fe, compartir la experiencia de Dios en su vida y servir al hermano? Si conoces, ¿qué es lo más te llama la atención en ellos?
3. ¿Has sentido la necesidad de unirte a otros hermanos y formar una comunidad de vida? ¿Qué dificultades encuentras? ¿A qué tendrías que renunciar?
4. Si eres miembro de una comunidad, ¿cuál ha sido hasta ahora tu experiencia? ¿En qué te beneficia? ¿Qué aportas tú al grupo y a cada uno de los hermanos?.
5. ¿Qué te dice la experiencia y las palabras de Agustín? ¿Te sientes identificado con ellas? ¿Por qué o en qué?
6. ¿Qué servicio prestas a los demás (familia, sociedad, Iglesia...) en cuanto cristiano y miembro de una comunidad laical? ¿Qué más te exige tu fe?
7. ¿Estás en una comunidad sólo para recibir o aprovecharte de ella, o también para aportar lo que eres y tienes? ¿Cómo compartís los momentos de oración? ¿Crees que tu comunidad es, en lo que cabe, testimonio de vida para quienes no creen o creen a medias?

Para orar con Agustín

Oh Dios mío, siempre inmutable:
que me conozca a mí y te conozca a ti.
Enséñame lo que debo enseñar
e indícame lo que debo practicar.
Enséñame, sí, para que lo cumpla;
enséñame a cumplir tu voluntad.
Vuélvete a mí y ten misericordia,
como es tu norma con los que aman tu nombre,
y que para que yo me determine a amarte,
tú me has amado antes a mí.
Amándote a ti, me amo a mí mismo,
y así podré amar también al prójimo.
Con todo mi corazón, con toda mi alma,
con toda mi mente deseo ardientemente amarte,
y amar también al prójimo como a mí mismo.
Dame vida no según mi justicia,
sino según la tuya,
llenándome de la caridad que tanto deseo.
Ayúdame a cumplir lo que me mandas;
dame tú mismo la gracia de cumplir lo que mandas
Dame vida con tu justicia, porque de mí
no tengo más que gérmenes de muerte.
Sólo en ti está el principio de la vida.

¡Oh Cristo Jesús!
Mi justicia eres tú,
a quien el Padre ha hecho sabiduría para mí
mi justicia, mi santificación y mi redención.
(In ps. 118, 27; 118, 12)

23.- Para ser solidarios (San Agustín y la comunicación de bienes)

La solidaridad es una de las expresiones más hermosas del amor. Es el cauce natural por el que transcurre, a través de nosotros, el amor de Cristo solidario con los sufrimientos y esperanzas de toda la humanidad.

Una comunidad será cristiana si, como Cristo, se hace también solidaria con los sufrimientos de sus miembros. Y un cristiano será, además, testigo de Cristo si se hace próximo a todo hombre y mujer en sus angustias, luchas y esperanzas.

Hay pan para todos, pero no a todos llega

Uno de los nombres propios de la solidaridad es la comunicación de bienes. Quien comparte lo que tiene, y, además, lo hace con amor, está rehaciendo lo que Dios había creado en un principio y el pecado de origen había desbaratado: la amistad con Dios y la armonía consigo mismo y con todo lo creado. Clama al cielo las enormes diferencias sociales, culturales y económicas que, por el pecado de egoísmo y la avaricia, se han ido introduciendo y agudizando en la historia del hombre a lo largo de los siglos. Los problemas se agravan en los países del llamado tercer mundo.

Hay pan para todos, pero son unos pocos los que acaparan casi todo. Hay tierra para todos, pero una gran mayoría se ve desplazada y excluida. En el banquete de la vida, abundante y espléndido, se sientan únicamente los epulones de este mundo. Y a la puerta de la vida de los bien alimentados hay muchos lázaros hambrientos y sin nada.

No exagero. Tú sabes que es verdad. No se comparten los bienes de este mundo que a todos alcanzarían si hubiera un poco más de solidaridad. Se acapara lo superfluo y, en otros, se carece de lo necesario. Es el pecado de injusticia social, cuyo origen está en el egoísmo y la ambición. El que tiene más de lo que debe es que se está quedando con parte de lo que pertenece a los otros.

Lo dice así San Agustín: *Las cosas superfluas de los ricos son las necesarias de los pobres. Por eso el almacenar cosas superfluas es una forma de robar (In ps. 147, 12). Y añade en otro lugar: Si tienes cosas superfluas, repártelas a los pobres (In Jn. 50, 6).*

Distingue el santo entre comunidad de bienes y comunicación de bienes. Lo primero lo exigía a sus monjes: No llaméis propio nada, sino que entre vosotros todo sea común (Regla, 4). Lo segundo lo pedía, y lo pide, a todos los cristianos. *El cristiano si puede, si la perfección lo reclama – se refiere a la vida monacal – renuncie a todo; mas si no puede hacerlo, impedido por necesidad ineludible, posea, mas no sea poseído; tenga, pero no sea tenido; sea señor de su hacienda, no esclavo (Serm. 125, 7).*

Compartir con amor

Compartir con el hermano es una consecuencia necesaria de la fe en Jesús y una exigencia del amor cristiano. Nada es para ti solo. Todo es para ti y los demás. Cuando hay amor se realiza una vez más el milagro de la multiplicación del pan hasta alcanzar a todos. Y si la fe es adhesión a la persona de Jesús, necesariamente llevará a compartir lo que uno es y tiene. Mucho más, sabiendo que en el otro está el mismo Jesús.

La solidaridad sin amor no tiene sentido. Quedaría reducida a unos gestos fríos, muy bien calculados y vacíos de contenido, aunque moviera mucho dinero o encauzara grandes envíos de ayuda humanitaria. Pero una solidaridad con amor, aunque los medios sean escasos y muy pobres los recursos, es capaz de mover montañas.

El amor, aunque no haga referencia expresa a Cristo, puede hacer maravillas. Y las hace. Ahí están los cientos de miles de voluntarios en todo el mundo que trabajan desinteresadamente a favor de los países más pobres del mundo y en las grandes. *Siempre tiene algo que dar el que tiene repleto el corazón de caridad (In ps. 36).*

Pero cuando es Cristo quien inspira el amor y lo anima el Espíritu, todo lo que se hace a favor del más pobre, o en regiones en que abunda la miseria y el hambre, lleva ternura y esperanza, es amor sacrificado y generoso hasta el extremo y responde a una opción de vida por la causa de los pobres, que es la causa de Jesús. No conoce el descanso y nunca se jubila. Para muestra, un botón: la Madre Teresa de Calcuta. Y, con ella, miles de misioneros anónimos, sacerdotes y laicos conocidos o no, que se dan del todo a los que necesitan de todo, calladamente, tenazmente, y con la alegría que nace de una fe que se hace servicio al hermano que sufre. Esta es la solidaridad cristiana. Solidaridad que brota únicamente de la caridad.

Procura echar raíces en la tierra de los vivientes. La raíz está oculta, pero los frutos se ven. Nuestra raíz es la caridad; sus frutos, las buenas obras. Si tus obras proceden de la caridad, tu raíz está afincada en la tierra de los vivientes (In ps. 51, 12).

Compartir siempre

La fe en Jesús supone reconocer que todo lo que somos y tenemos lo recibimos de Dios para alimentarnos nosotros y alimentar al que pasa hambre o al desposeído de todo. Y el amor de Cristo y a Cristo nos lleva a encontrarle y servirle en el hermano más débil.

Es imposible que se pueda salvar quien no comparte, al menos lo que le sobra, con el hermano que pasa hambre y vive, o malvive, en la miseria. Lo dice el Señor en el evangelio y lo reafirma, como no podía ser menos, Agustín. No es pecado poseer bienes. Ni siquiera en abundancia. Sí, es pecado poseerlos mal. Y los posee mal quien todo lo quiere para sí y no comparte. Además, el poseer suele generar avaricia. Y la avaricia es insaciable. Ese es el peligro real y siempre presente de las riquezas, mucho más si son abundantes. *La avaricia de los ricos es insaciable. Siempre está acaparando y nunca se sacia; ni teme a Dios ni siente respeto humano (Serm 367, 1).*

Al comentar la parábola del rico y el pobre Lázaro, dice San Agustín: *Había un cierto rico; no dice un calumniador; no dice tampoco que fuera opresor de los pobres, ladrón de bienes ajenos. Si quieres oír el crimen cometido por aquel rico, no busques otra cosa distinta*

de lo dicho por la Verdad (Cristo): "Era rico, se vestía de púrpura y lino y banqueteaba cada día espléndidamente". ¿Cuál es, pues, su crimen? El ulceroso que yacía a su puerta sin recibir ayuda (Serm. 178, 3). Es decir, su insensibilidad ante el hambre del pobre. No compartía nada, ni siquiera las migajas de lo mucho que tenía.

Agustín, modelo y ejemplo

Eran muchos los pobres que acudían a la puerta de su casa para pedir pan, vestido y algunas monedas. Se duele el santo de que no puede atender a todos, ya que sus bienes eran escasos – lo imprescindible para vivir y trabajar -, y la Iglesia de Hipona era pobre, aunque sí disponía de ciertas reservas de grano y aceite para los pobres. *Son tantos los que piden a diario; tantos los pobres que me interpelan, que a muchos debo dejarlos en la tristeza, porque no tengo para dar a todos (Serm. 355, 5).*

Siempre estaba atento a sus compañeros de pobreza (así llamaba a los pobres). Tomaba parte de su propia asignación para entregarla a los que convivían con él. Me refiero a los ingresos procedentes de la Iglesia y de las ofrendas de los fieles (S. Posidio, Vida de S. Ag, 23).

No tuvo reparo alguno en cierta ocasión en fundir los cálices y demás vasos sagrados de su Iglesia para atender las necesidades de los más pobres. Y al morir, vuelve a decir San Posidio, "no hizo testamento alguno, porque, como pobre de Dios, nada tenía que dejar". No tenía nada propio, había compartido todo. Y si algo caía en sus manos - dinero, alimento o ropa - lo repartía a los más pobres. Les doy cuanto tengo, *les doy en la medida de mis posibilidades. Pero ¿puedo yo satisfacer todas sus necesidades? Puesto que no puedo, al menos hago de delegado suyo ante vosotros. Dad a los pobres. Os ruego, os lo aconsejo, os lo mando, os lo prescribo (Serm. 61, 13).*

De él se puede decir lo que predicaba cierto día a los fieles de Hipona: *Cuán grande merecimiento es haber alimentado a Cristo, y cuán grande crimen haberse desentendido de Cristo hambriento (Serm 389, 6).*

Todo es posible para el que ama

Dirás que no es tarea fácil imitar al santo en su pobreza y desprendimiento a favor de los más débiles y necesitados. Agustín, como todos los santos que en la Iglesia han sido, nos ha dejado muy alto el listón que debemos alcanzar y, ojalá, superar. Es verdad. Pero te quedará, además, imposible si no usas la pértiga – valga la comparación – del amor generoso y sacrificado, por el que uno no se busca a sí mismo, sino el bien de los demás.

Porque no es suficiente, aunque sea mucho, dar de lo que te sobra y aun de lo que te es necesario. Esto sería un primer paso. *Dar de lo superfluo al necesitado es el prólogo de la caridad*, dice San Agustín (In ep. ad Partos 6, 1). Y añade en otro lugar: *Ama y verás que no puedes hacer otra cosa que el bien (In Jn. 10, 7).*

Aquí está la clave para que todo sea posible. Cuando hay amor, crece la capacidad para dar y darse, y se multiplica lo poco que se tiene para que alcance a otros más pobres que tú. *Da de lo que tengas, aunque sea escaso y pobre el bien que tienes. Si no tienes pan que repartir, ni casa en donde hospedar, ni vestidos con que cubrir a nadie, da un vaso de agua fría, deposita dos monedas. Pues tanto compró la pobre viuda con dos monedas cuanto compró Zaqueo dando la mitad de su patrimonio (In ps. 49, 13).*

Doble solidaridad

Y si no tienes bienes materiales, también puedes dar y compartir. ¿Qué cosas? Tú mismo. ¿Te parece poco? Es el mejor bien que puedas tener. Tienes bienes que con nada se pueden comprar ni por nada se pueden vender: tus capacidades, tu tiempo, tu salud y tu vida... Por ejemplo, uno no puede andar; el que puede, ayuda con sus pies al cojo; el que ve, presta sus ojos al ciego; el joven y fuerte, ofrece sus fuerzas al anciano o al enfermo y le lleva sobre sus hombros (In ps. 125, 12).

Dime si todo esto no es una auténtica y real solidaridad. Pero no solamente del que tiene bienes o posibilidades con el que nada tiene. San Agustín nos descubre que se produce simultáneamente una solidaridad del pobre con el rico o el que tiene más. Ambos ganan. Los dos se solidarizan.

Dice así el santo: *Es el momento de escuchar este otro precepto: "Llevad mutuamente vuestras cargas" La pobreza no me oprime a mí, sino a mi hermano. Piensa si las riquezas no son para ti un peso más oprimente. A ti no te pesa la pobreza, pero te pesa la riqueza. Si bien lo piensas, es una carga. Aquél tiene una, tú otra. Ayúdale a llevar la suya y de esta forma lleváis mutuamente vuestras cargas. Ayúdale en el no tener, ayúdate en el tener más de los necesario, para que se igualen vuestras cargas (Serm. 164, 9).*

No me podrás negar que es un párrafo bien hermoso. El oprimido no es solamente el que sufre la pobreza, sino también el rico que sufre la riqueza. Porque la riqueza, dice el santo, pesa, es una carga. Y el pobre te puede liberar de ella al liberar tú al pobre de la carga de su pobreza. Solidaridad mutua. Más todavía: solidaridad que te enriquece. Considera qué es lo que disminuye y qué es lo que aumenta. *Disminuye el dinero, aumenta la justicia (Serm. 61, 3).*

Muchas clases de pobreza

Por otra parte, la solidaridad no debe limitarse únicamente a los hambrientos y necesidades de bienes materiales. Abunda tristemente otra clase de indigencia o pobreza. Ahí están a la vuelta de la esquina o en la puerta de tu vida los enfermos, los angustiados y fracasados, los abandonados, los que viven o malviven sin esperanza alguna en este mundo o en la desesperanza, los oprimidos y explotados por situaciones injustas, los pecadores. A todos ellos se acercó Jesús. De todos ellos se hizo prójimo. Con todos ellos se solidarizó. Todos ellos son pobres, porque les falta esperanza y amor, salud y justicia, perdón y acogida. Aunque tuvieran dinero, les falta la riqueza de una vida humana más digna, más plena. Suele ser una pobreza peor y más grave que la meramente material.

¿Tienes en poca estima las obras de misericordia? Medita esta sentencia: "Un juicio sin misericordia le espera al que no usó de misericordia (Sant. 2, 13). Sin misericordia será juzgado el que antes del juicio no haya usado de misericordia con el prójimo. (In ps. 143, 7).

Para concluir este apartado nada mejor que unas palabras del mismo Agustín. Dice así: *Fijaos en los que tienen hambre, en los que están desnudos, en los necesitados de todo, en los peregrinos, en los que están presos. Todos éstos serán los que os ayudarán a sembrar vuestras obras en el cielo... La cabeza, Cristo, está en el cielo, pero tiene en la tierra sus miembros. Que el miembro de Cristo dé al miembro de Cristo; que el que tiene dé al que necesita. Miembro eres tú de Cristo y tienes que dar, miembro es él de Cristo y tiene que recibir. Los dos vais por el mismo camino, ambos sois compañeros de ruta. El pobre camina*

agobiado; tú, rico, vas cargado. Dale parte de tu carga. Dale, al que necesita, parte de lo que a ti te pesa. Tú te alivias y a tu compañero le ayudas (Serm. Morin 11).

> *Con la caridad hacia el prójimo, los fieles laicos viven y manifiestan su participación en la realeza de Jesucristo, esto es, en el poder del Hijo del hombre que "no ha venido a ser servido sino a servir". Ellos viven y manifiestan tal realeza del modo más simple, posible a todos y siempre, y a la vez del modo más engrandecedor, porque la caridad es el más alto don que el Espíritu ofrece para la edificación de la Iglesia y para el bien de la humanidad. La caridad, en efecto, anima y sostiene una activa solidaridad, atenta a todos las necesidades del ser humano. (Christifideles laici, 41)*

Para recordar

- La solidaridad con el necesitado es una de las expresiones más hermosas del amor y consecuencia necesaria de la fe en Cristo. Ser creyente significa identificarse con Cristo, Cristo se identifica con el pobre, luego...
- Se dan en nuestro mundo diferencias sociales escandalosas. Hay pan para todos, pero no a todos llega. Esta situación de pecado es fruto del egoísmo y de la avaricia insaciable.
- Es necesario compartir, pero con amor. La solidaridad sin amor no tiene sentido.
- En el plan de Dios, nada es para ti sólo. Todo es para los demás y también para ti. El pecado del rico de la parábola no fue tanto el ser rico, sino su insensibilidad para con el pobre.
- San Agustín, modelo y ejemplo. Daba cuanto tenía, y compartía todo con los hermanos. Todo es posible para el que ama.
- Hay muchas clases de pobres. Nuestra solidaridad debe abarcar a todos, ya que el amor cristiano no conoce límites.

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿Qué clase de pobres viven o conoces cerca de ti? ¿A qué se debe si situación? ¿Cómo podrían mejorar? ¿Se dan en tu entorno algunos gestos de solidaridad para con ellos?
2. ¿Qué podrías hacer tú en estos casos? ¿Qué más podrías hacer? Si te acercas a ellos, ¿lo haces sólo para aliviar tu conciencia o porque tu fe te empuja a ello?
3. Si eres parte de un grupo de Iglesia o de una comunidad cristiana, ¿qué gestos de solidaridad se da entre los hermanos? ¿Qué es lo que se comparte entre ellos?
4. ¿Qué te dice el ejemplo de San Agustín? ¿En qué cosas o casos podrías imitarle? ¿Asumes la causa del pobre como si fuera propia? ¿Qué te falta en este sentido?
5. ¿Sufres cuando te desprendes de algo a favor de los demás? ¿Qué amor pones

en lo que haces? ¿En qué te favorece tu solidaridad con los pobres?
6. ¿Tienes bienes superfluos? ¿De cuáles de ellos podrías desprenderte a favor del que no tiene lo necesario? ¿Crees que podría cambiar o mejorar todo si los cristianos fuéramos más solidarios? ¿Por qué? ¿A qué te comprometes hoy?

Para orar con Agustín

Señor y Dios mío,
atiende a mi oración y escucha mis deseos.
No pido sólo por mí,
sino también por mis hermanos.
Y con tanto mayor ardor,
cuanto mayor es mi deseo de servirles.
Tú, que lees los corazones,
sabes que no miento.
Te ofreceré en sacrificio
el servicio de mis pensamientos y de mis palabras,
si tú me das el que pueda ofrecértelo.
Yo soy pobre y necesitado.
Tú, en cambio, eres rico con los que te invocan
y cuidas de nosotros con seguridad.
Purifica mi interior de toda mentira
y mi exterior de toda temeridad.
Que tus Escrituras sean mis castas delicias.
Que ni yo me engañe con ellas
ni con ellas engañe a los demás.
Que siempre sea humano, Señor.
Que comprenda a los hombres y sus problemas.
Hombre soy, como ellos.
Hombres son, como yo.
(Conf. 11, 2; Serm. 120, 3),

24.- Apostolado del laico agustiniano

No me permite callar la caridad de Cristo, para quien deseo conquistar a todos los hombres, en cuanto depende de mi voluntad (Contra Acad.105, 1,1).

Estas palabras de Agustín describen todo lo que fue su vida al servicio del Evangelio y de la Iglesia. Más de quince años en búsqueda de la Verdad, una vez encontrada, no podían quedar baldíos o estériles. Encontró la perla preciosa del evangelio, y tenía que proclamar este hallazgo gritándolo a los cuatro vientos.

Se dio cuenta enseguida que la fe no podía ser un tesoro escondido o para él sólo. Tenía que comunicarla en las tertulias con los amigos, en la convivencia de Casiciaco, en el primer monasterio de Tagaste, y, una vez clérigo y obispo, desde

el púlpito y con la pluma, en sus viajes y en los concilios, para que otros también tuvieran la dicha de descubrirla y acogerla.

Él sabía que la verdad encontrada, si no se comunica, se falsea o se queda a medias. Y que la fe en el Señor, si se privatiza, queda infecunda. Como el grano de trigo que no se siembra. Y que el amor, si no se entrega, se vuelve egoísta. Se pierde el que se busca a sí mismo al margen de los demás. Lo dice el evangelio.

Todo esto lo sabía Agustín. Pero pienso que ni siquiera se lo planteó teóricamente. Le ocurrió como a los apóstoles en Pentecostés: Era tal el fuego que el Espíritu había metido en su alma que tuvieron que darle salida sin pensarlo dos veces. Ni siquiera una. Salieron a predicar impulsados por una fuerza interior que no podían contener ni guardar para sí. Hasta su muerte. Así también Agustín. Saltó de alegría en el momento de su conversión, lloró lágrimas incontenibles cuando su bautismo, dejó todo por seguir a Cristo, se unió a un grupo de amigos para formar comunidad... ¿cómo iba a guardar sólo para sí la perla que había encontrado y que tanta felicidad le producía?

No seáis sabios para vosotros solos. Recibe el Espíritu. En ti debe haber una fuente, nunca un depósito, de donde se pueda sacar algo, no donde se acumule, dirá en cierta ocasión (Serm. 101, 6).

Si eres un muro de contención, el agua de la vida nueva que te ha llegado por tu bautismo y los sacramentos, se dañará y corromperá. ¿Para qué habrías acumulado? Pero si le das salida, como el agua de la fuente, tendrás agua limpia y siempre nueva, y llegará a muchos que también la necesitan.

Agustín fue un arroyo continuo, hasta rebosar siempre del agua de la verdad, que manaba sin cesar de la fuente de la gracia, Dios mismo. Nunca la guardó para sí solo. Para evangelizar utilizó todos los medios a su alcance en aquel entonces: la predicación y las cartas, los libros y los diálogos, las discusiones y deliberaciones en los concilios de la Iglesia norteafricana..., su misma vida como testimonio y ejemplo.

A cumplir la misma tarea evangelizadora nos invita a nosotros. Y aduce razones muy poderosas. Por ejemplo, nuestra pertenencia al Cuerpo Místico de Cristo - el Cuerpo total -, la Iglesia. De aquí surge una doble tarea: una, hacia dentro del Cuerpo; la otra, hacia fuera.

Hacia dentro

¿Por qué hacia dentro? Si amas la cabeza, Cristo, de quien recibes la vitalidad, ¿cómo no amar a los miembros unidos a la misma cabeza y, por lo tanto, miembros también tuyos, puesto que lo son del cuerpo entero? *Cuando amas a los miembros de Cristo, amas a Cristo (In ep. Jn. ad parth. 3).* Y si amas a Cristo, cabeza, necesariamente amas también a todos los miembros. Pero el amor que nos pide Cristo es un amor de gestos. Como los suyos. Así evangelizaba Jesús: Hablaba palabras de verdad, se acercaba y curaba a los enfermos, defendía a los más débiles, daba de comer compadecido por el hambre de muchos, perdonaba siempre, denunciaba situaciones injustas... "Pasó haciendo el bien".

Los miembros de la Iglesia necesitamos ser evangelizados y evangelizar. Siempre. Como los miembros de tu cuerpo necesitan la irrigación constante con una sangre debidamente oxigenada y en flujo continuo.

En este Cuerpo hay miembros enfermos o débiles en la fe. Necesitan nuestra palabra, nuestra experiencia de Dios. *Somos siervos de la Iglesia del Señor y nos debemos principalmente a los miembros más débiles, sea cual fuere nuestra condición entre los miembros de este Cuerpo decía Agustín a sus monjes y también - ¿por qué no? – a todos los fieles cristianos. (De op. monach. 29, 37).*

Y hay también miembros sanos y llenos del Espíritu. Todos necesitamos ser evangelizados y todos podemos y debemos evangelizar. Dependemos unos de otros, y todos, de la cabeza. Cada cual tiene su carisma, y sus cualidades, y su vivencia de la fe, y sus talentos. Desde el más humilde y sencillo, hasta el más robusto y vigoroso. La misión o tarea de cada cual será ponerlos en común, aportar la riqueza que hay en todos. Así crecerá el Cuerpo, en unidad, firmeza y amor. Y únicamente así podrá dar fruto.

Esta es la primera y mejor comunicación de bienes. Sin ésta, no podrá darse la de los bienes de la tierra.

Hacia fuera

También, y necesariamente, hacia fuera. La tarea primera de la Iglesia - de todo el Cuerpo - es evangelizar. Es su misión propia. Y tú eres Iglesia. "Ay de mí si no evangelizare", decía San Pablo interpretando, en cierta manera, el sentir de toda la Iglesia.

Todos, y no sólo los ministros consagrados, estamos llamados a predicar el evangelio en todo el mundo, a todas las gentes, en todas las circunstancias y momentos. Nadie, si está bautizado, puede inhibirse de este deber, nadie, por muy insignificante que sea – que nunca lo es – puede quedar al margen. A todos incumbe esta misión tan delicada y tan hermosa. De todos depende la implantación y extensión del Reino de Cristo en la tierra.

Recuerda una vez más las palabras tan hermosas de Agustín: No seas depósito que contiene, sino arroyo que fluye. Si fueras únicamente depósito, anularías la acción del evangelio, no solamente en los demás, sino en ti mismo. Pero si eres arroyo que fluye, das y te das. Más todavía, vas recibiendo del interior de ti – ahí está la Verdad – en la medida en que la vas entregando o comunicando. Como la fuente.

Esparce el Evangelio; lo que concebiste en el corazón, dispérsalo con la boca. Crean los pueblos al oírte; pululen las naciones... (Serm. 116, 7).

Todo se da en virtud del amor difusivo de que habla Agustín. Sale el sol por el horizonte y su luz se difunde por toda la tierra. *Hay amor del bueno, y el que ama se da y comunica para robarlos a todos para Dios, para Cristo (Serm 90, 10).*

El laico agustiniano, en virtud de este amor difusivo, obra y trabaja para que *todos conozcan a Dios y lo amen con los hermanos (In ps. 72, 34).*

Siempre

No hay jubilación en este trabajo, aunque sí, claro está, momentos de descanso. Es tarea permanente. Por todo el mundo y hasta el final de los tiempos. Siempre y en todas partes. En esta tarea nadie derecho al retiro laboral por años, cansancio, ni siquiera por enfermedad. El apostolado de la oración es de los más eficaces.

Mientras estemos de camino encontraremos siempre compañeros de ruta:

algunos un tanto despistados, otros fuertes y animosos; habrá quienes son desconocedores del camino a seguir; débiles muchos de ellos; debidamente equipados otros... Caminamos al encuentro con Dios. Es nuestra meta. La evangelización en este caso no sería otra cosa sino animar al hermano, enseñarle el camino mejor, Jesucristo, empujar si fuera preciso, aliviar su carga, compartir con él los momentos de gozo, angustia y esperanza, proporcionarle la ayuda necesaria en el momento oportuno, formar grupo o comunidad fraterna...

Seguid, pues, vuestra carrera y perseverad corriendo hasta la meta; y con el ejemplo de vuestra vida y con la palabra de vuestra exhortación arrastrad en vuestra carrera a cuantos podáis, decía Agustín a las viudas cristianas de su Iglesia (De bon. vid. 23, 28).

Ubi utilius[3]

Y un detalle importante: *atentos a las necesidades de la Iglesia y del mundo, debemos evangelizar donde más útiles podamos ser al hermano y al servicio de Dios (Conf. 9, 8, 17).*

Es que en esta tarea tan propia de todo fiel cristiano podemos caer en la tentación de buscarnos a nosotros mismos por encima o al margen de las necesidades de la Iglesia o del hermano. Porque podemos caer en la tentación de evangelizar a nuestro acomodo, en el lugar que más nos agrade, al modo que nos parezca y en el tiempo que queramos, según nuestro criterio.

En una familia con varios hijos, la mamá atiende a todos porque a todos ama, y por todos daría la vida. Pero se dedica con mayor solicitud y tiempo a aquel o aquellos que más la necesitan: el recién nacido, el enfermo, el minusválido si hubiera. A nadie ni nada descuida, pero acude preferentemente donde más útil pueda ser. Que eso significa la expresión de Agustín ubi utilius. Y tú puedes ser más útil ahí donde hay más necesidad. Y la necesidad es mayor ahí donde están los que el mundo excluye, los alejados, los que no tienen acceso a una vida más digna, a la cultura, los más pobres… Y ahí donde no es conocido el evangelio.

Son hermanos tuyos y necesitan de ti. No lo olvides.

En comunión con la Iglesia

Es la Iglesia quien te envía y capacita. Y en su nombre debes trabajar, no en el tuyo, aunque te creas debidamente preparado o dotado de las mejores cualidades. Mucho menos si lo que te motiva a trabajar es el afán de figurar o de imponer tu ley o estilo de trabajo.

Os exhortamos en el Señor, hermanos, a que os mantengáis en vuestros compromisos y perseveréis hasta el fin. Si la Iglesia reclama vuestro concurso, no os lancéis a trabajar con orgullo ávido, ni huyáis el trabajo con torpe desidia o pereza... No antepongáis vuestro ocio a las necesidades de la Iglesia... (Ep. 48, 2).

Es Cristo quien encarga a la Iglesia la misión de evangelizar y, en ella o en comunión con ella, a ti. La Iglesia es comunidad, no una asociación cualquiera. Continuadora o prolongación de la primera comunidad de Jerusalén, donde "los creyentes estaban unidos y poseían todo en común. Tenían una sola alma y un solo corazón". Y era la misma comunidad quien enviaba algunos de sus miembros a

[3] "Donde sea más útil"

evangelizar. Nada se hacía al margen de ella. Ha habido quienes, a lo largo de la historia, han intentado ir por libre, hasta con la mejor intención en algunos de ellos, y han dado origen a muchas herejías y errores. Una pena. Evangelizar en comunión con al Iglesia es garantía de verdad. Trabajar en obediencia a la Iglesia madre es camino seguro de que la obra emprendida lleva a buen fin. Sentir o sintonizar con la Iglesia es señal de amor al mismo Señor.

Cristo nos quiere testigos, la Iglesia nos envía, el mundo nos necesita. Urge la tarea, el campo es extenso, y muy pocos los trabajadores. Falta mano de obra.

Asume tu responsabilidad como bautizado y desempéñala con gozo, ilusión y sin miedo. Aunque te consideres incapaz, que no lo eres. Pero, sobre todo, con la confianza puesta en el Señor de la mies. Es un privilegio para ti sentirte enviado.

Agustín pone en boca de la Iglesia estas palabras del Señor: *"Lo que os digo yo en la noche, decidlo vosotros a la luz del día; y lo que habéis escuchado al oído, predicadlo sobre los tejados". Como si dijese: Tú reposas, y la puerta está cerrada para mí; tú te entregas al ocio, y mientras tanto la abundancia de la impiedad entibia en muchos la caridad. Ábreme, predícame (In Jn. 57, 3-4).*

Cómo evangelizar

En primer lugar con el testimonio de tu vida.

Una vida acorde y coherente con el evangelio de Jesús es el reclamo mejor - valga la expresión - para atraer a muchos a la fe. "Seréis testigos míos... hasta el confín del mundo" les decía Jesús a sus discípulos, a la vez que los enviaba a predicar el evangelio por todo el mundo.

"El mundo, decía Pablo VI, cree más a los testigos que a los maestros, y, si cree a los maestros, es que porque además son testigos". Testigo en cristiano – te lo decía en páginas anteriores – es aquel que vive lo que cree, y así se manifiesta al mundo. Viene a ser una página viviente del evangelio. Es la predicación mejor. La más clara y nítida, la más convincente. Pero sería la peor, o contraproducente, si en ti hubiera divorcio entre lo que vives y lo que predicas.

Anunciad, pues, a Cristo, donde podáis. Se os pide la fe, no la elocuencia; hable en vosotros la fe, y será Cristo quien hable (Serm. 260, 2). Y en otro lugar: De nada sirve predicar la verdad si el corazón disiente de la lengua, y de nada aprovecha oír la verdad si el hombre no edifica sobre piedra (In ps. 57, 23).

En San Agustín fue decisivo para su conversión el ejemplo de algunos que habían dejado todo por seguir a Jesucristo (Victorino, hombre de vasta erudición y maestro insigne; Antonio, monje de Egipto; dos soldados del emperador, y muchos otros). Y momentos antes de dar el último paso, se acercó a Alipio para decirle: "Lo que tantos y tantas pudieron, ¿por qué no nosotros?" Además de Dios que lo iba atrayendo, la oración y lágrimas de su madre, su empeño personal y la búsqueda incansable de la Verdad, fue el testimonio de otros lo que le empujó a dar el salto final para encontrarse al fin con el Dios de la verdad y la vida.

En tu tarea de apóstol de Jesús, tu testimonio de vida será palabra callada pero elocuente, convincente para muchos y fuerza que atrae y arrastra. La mejor evangelización. Escucha una vez más a Agustín: *No puede uno agradar a Dios sin presentarse como modelo para ser imitado por aquellos que quieren ser salvados, por cuanto*

nadie pretenderá seguir a aquel que no le agrada (Serm. 2, 1, 3). Ya lo ves: la salvación de muchos depende también de ti.

En segundo lugar con la palabra."Id por todo el mundo proclamando la buena noticia a toda la humanidad" (Mc 16, 15). Proclamar de palabra, se entiende. Después evangelizarían algunos también por escrito, pero Jesús se refería a usar la voz para gritar a todo el mundo la buena noticia del evangelio. Como lo había hecho él.

Y en ese "id" estamos incluidos todos los bautizados y seguidores de Jesús. Nadie puede quedar al margen. ¿Que no sabes cómo decirlo? ¿Qué conoces poco o mal el contenido de la evangelización? ¿Qué te da miedo? Lo mismo les ocurría a los discípulos antes de Pentecostés, pero vino el Espíritu, se abrieron a él y todo cambió. Sabes, pues, el remedio.

Recuerda, por otra parte, que el Espíritu está presente con sus siete dones en la vida de la Iglesia y en ti. Déjate conducir por él. Deja que Él te ilumine y te recuerde todo lo que enseñó Jesús. *Si somos hijos de Dios, el Espíritu de Dios nos guía y el Espíritu de Dios actúa en nosotros (Serm. 335, 4).*

Pero tienes que buscar también apoyos. Por ejemplo, el estudio de los contenidos de la fe. Hay documentos que nunca deberían faltar en tu casa, si es que quieres entregarte de verdad a evangelizar. Entre otros, además de la Biblia, el Catecismo de la Iglesia Católica. También, si puedes, los documentos del Concilio Vaticano II, las Exhortaciones Apostólicas emanadas con ocasión de los Sínodos, los documentos de tu Iglesia local, y ciertas obras que te puedan

facilitar la comprensión de muchos temas relacionados con la fe.

El laico agustiniano tiene a quien imitar. Agustín era un estudioso tenaz e insaciable. Leía e investigaba. Aprendía y reflexionaba sobre lo aprendido. Sus sermones y, en general, todos sus escritos, están llenos de citas bíblicas. Señal de que eran su alimento diario. Nos invita a lo mismo: *Tanto más sabiamente habla un hombre, cuanto más hubiere aprovechado en las santas Escrituras (De cat. rud. 4, 5, 7).*

Desde la comunidad

Como los primeros cristianos. Y si no la tienes, en unión y comunión con tu parroquia. Para evangelizar, antes tienes que ser enviado. Te lo decía antes. Y es la comunidad - Iglesia, parroquia - quien te envía. En ella encontrarás apoyo y respaldo, orientación y ánimo, y garantía de una verdad que se comparte y se vive, para luego comunicarla.

Y la oración

"Sin mí no podéis hacer nada". Sin el Señor, nada valen las dinámicas de grupo aprendidas en las mejores escuelas de pastoral, ni la palabra fácil para hablar y quizás no decir nada, ni la capacidad de trabajo que deja exhausto al que brega y se entrega sin descanso y mucho me temo que sin fruto alguno en quienes son por él "trabajados", ni la simpatía personal y don de gentes, porque le falta el don mejor, que es el Espíritu de Jesús.

La oración nos injerta en Cristo; entramos en comunión con él y de él recibimos la fuerza necesaria en nuestra debilidad; la sabiduría para conocer, discernir y enseñar; amor generoso para acompañar, como pastores, a los seguidores de Jesús y

atraer a los que todavía no lo son.

En la oración encontramos también el descanso en la fatiga, el gozo de sentirnos llamados y enviados, y experimentamos la cercanía de un Dios que, con nosotros, se hace solidario con los hombres y mujeres des este mundo en sus gozos, carencias y aspiraciones.

No es de extrañar, por tanto, que los discípulos estuvieran reunidos en oración en vísperas de ser lanzados por el Espíritu a predicar el evangelio por todo el mundo. Y a la oración acudían en los momentos más decisivos de su ministerio. Lo mismo que Jesús. Y también como Agustín.

Mejor todavía si a la oración acuden unos y otros: evangelizadores y evangelizandos, predicadores y oyentes. Todos.

Como nosotros oramos para que podáis recibir el evangelio, orad vosotros también para que podamos explicároslo. Vaya de acuerdo nuestra oración, y de esta forma Dios os hará buenos oyentes y a nosotros buenos comunicadores (Serm. 153, 1)

> *Los fieles laicos, precisamente por ser miembros de la Iglesia, tienen la vocación y misión de ser anunciadores del evangelio: son habilitados y comprometidos en esta tarea por los sacramentos de la iniciación cristiana y por los dones del Espíritu. (Christifideles laici, 33)*

Para recordar

- Agustín, modelo de entrega al servicio de la Iglesia. Una vez convertido, nunca se buscó a sí mismo. Buscó siempre el bien de los demás. Se dedicó por entero a la tarea de la evangelización.
- El primer apostolado es "hacia dentro" de la Iglesia. Debe ser evangelizada para poder evangelizar. Hay en ella miembros débiles, alejados... Abundan también los bien integrados.
- Después, o paralelamente, "hacia fuera". No hay que ser sólo depósito que contiene, sino también arroyo que fluye. Es el amor difusivo agustiniano.
- Evangelizar siempre. Sin derecho al retiro. Sí, si fuera preciso, al cambio de actividad o en la forma de realizarla. Caminamos con el hermano y nos necesitamos mutuamente. Y trabajar donde más útiles podamos ser en el servicio a la Iglesia y al mundo.
- En comunión siempre con la Iglesia. Nada sin ella o al margen de ella. Con el testimonio de vida, la palabra, desde la comunidad y la oración.

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿Qué te dice la vida de Agustín al servicio de la evangelización? Reflexiona y, si es del caso, coméntalo con tu grupo o comunidad.
2. ¿Cuál es hoy tu compromiso con la Iglesia? ¿Cuál podría ser? ¿Conoces las necesidades de tu barriada, comunidad o parroquia en lo referente al

conocimiento del Evangelio?
3. Cada creyente, o grupo de creyentes, tiene sus propios talentos o carismas para servir o trabajar en el apostolado. ¿Cuál es el tuyo? ¿Qué haces con ellos?
4. ¿Aprovechas los recursos que la Iglesia pone a tu disposición? (Jornadas de estudios, semanas de pastoral, cursos bíblicos, formación para la catequesis, etc.)? ¿Te preparas por tu cuenta?
5. Si formas parte de un grupo o movimiento de evangelización, ¿con qué criterios programáis y trabajáis, cómo es vuestra preparación?
6. ¿Has pensado dónde o cómo podrías ser más útil en el servicio a la Iglesia y el mundo? ¿Estarías dispuesto/a a dedicarte de tiempo completo a la tarea de la evangelización? ¿Qué harías si Dios te llamara a prestar este servicio?

Para orar con Agustín

Señor, este es el fruto que espero de mis confesiones,
en que me presento no como he sido antes,
sino como soy ahora.
Haré estas confesiones no sólo delante de ti,
sino también ante los oídos
de los hijos de los hombres creyentes,
partícipes de mi alegría,
partícipes de mi mortalidad,
conciudadanos míos
y compañeros de peregrinación y de vida.
Tú me mandaste que estuviese a su servicio.
este mandato habría sido de poco provecho
para mí si tu verbo
lo hubiese establecido de palabra nada más
y no hubiera ido por delante
con el ejemplo de los hechos.
Yo también lo he realizado en hechos y palabras.
Me manifestaré a aquellos
a quienes me ordenas servir.
Les diré, no quién he sido,
sino quién soy ahora.
Soy un niño pequeño,
pero mi padre vive siempre.
Tú todopoderoso
que estás conmigo
antes que yo esté contigo.
(Conf. 10, 4, 6))

25.- Santa María

No cabe hablar de una espiritualidad cristiana sin la referencia expresa y necesaria a María, Madre y Virgen. Ella vivió plenamente la experiencia del Espíritu, que la capacitó con su gracia para ser madre de Cristo y de la Iglesia. Era, para los discípulos, memoria viva de Jesucristo y presencia de su amor entregado. Lo es también para nosotros hoy, aquí y siempre.

La referencia a María es un tema entrañable y siempre obligado. Lo era también para Agustín. Y para la Iglesia de todos los tiempos.

No siempre ha sido debidamente enfocada la devoción a María. Se ha pecado mucho de un infantilismo piadoso o se la ha exaltado, en ocasiones, dotándola de una serie de atributos, prerrogativas y poderes, sin fundamento bíblico alguno, hasta casi endiosarla.

Repasa, si no, las distintas novenas, oraciones y ejercicios de piedad, salidos generalmente de manos anónimas, aunque muy bien intencionadas y - ¿por qué no? – llenas de amor a la Virgen, que han circulado por el pueblo sencillo y bueno, necesitado casi siempre de salud, recursos económicos y amor del bueno, en los que María aparece por encima casi del mismo Dios, en gloria, poder, honor y esplendor.

Exagero, es verdad, pero no ando muy equivocado. Y lo curioso es que estos ejercicios de piedad mariana han ayudado a muchas almas buenas a conservar una fe, sencilla y fuerte a la vez, y a vivir una religiosidad, popular si quieres, pero no exenta de valores evangélicos. He conocido – y seguro que tú también – cristianos y cristianas recios, con una fe sólida, hasta dar su vida por ella si fuera preciso, alimentada con estas prácticas de devoción y, sobre todo, con el amor firme y tierno a la Virgen.

Pero era necesario purificar ciertas expresiones y el enfoque de muchas devociones. Afortunadamente el Concilio Vaticano II puso las cosas en su sitio. Para ello había que mirar hacia atrás, hasta casi los primeros siglos de la Iglesia, para encontrar en los santos Padres y, más tarde, en los grandes teólogos de la Iglesia, unos conceptos doctrinales sólidos y claros acerca de María.

Aporte de Agustín

Entre estos santos Padres, San Agustín. No podía faltar nuestro santo a la cita con la Madre Él centra la figura de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia. O mejor, contempla el misterio de María desde el misterio de Cristo y de la Iglesia.

No escribió expresamente una obra dedicada a exponer toda una doctrina acerca de la Santísima Virgen, pero sí hace referencia a ella en multitud de ocasiones y de muchas maneras. En sus sermones, libros y cartas. Cristo y la Iglesia eran los temas más frecuentes en su predicación y sus obras. Y, por conexión ineludible, María.

Porque donde está el Hijo está la Madre; y donde está la Iglesia, en ella y dentro de ella, está María. Todo lo que María fue, lo tuvo por el Hijo que de ella iba a nacer. Y porque formaba parte integrante del Cuerpo Total, la Iglesia, de la que María es el miembro más eminente.

¿Qué tuvo María? Fe inquebrantable, humildad profunda, amor del bueno,

sencillez de vida, religiosidad sin tacha disponibilidad total para aceptar el plan de Dios que el ángel le proponía... ¿Qué fue María? Entre otras cosas, madre, virgen, limpia de todo pecado.

Para comenzar esta reflexión nada mejor que esta perla mariano agustiniana: *Por eso, María es virgen y madre, no sólo en espíritu, sino corporalmente. Y madre ciertamente en espíritu, no de nuestra cabeza, de la que ella nació también espiritualmente, sino en verdad madre de sus miembros que somos nosotros, porque cooperó con su caridad para que naciesen en la Iglesia los fieles que son miembros de aquella cabeza. Pero corporalmente ella es madre de la misma cabeza (De s. virg. 6).*

Este párrafo viene a ser un resumen muy preciso, y precioso, de toda su mariología. Voy a intentar desglosarlo paso a paso, apoyado en cada momento en palabras del mismo Agustín. Para ello te voy a presentar en unas cuantas pinceladas, o a grandes rasgos, algunas reflexiones de San Agustín acerca de la Santa María. Cada una de ellas merecerían comentarios de todo un capítulo o una obra entera.

Madre de Cristo

La grandeza de María reside en el hecho de ser la madre de Cristo. Ella aportó únicamente – era todo lo que podía hacer – un "sí" decidido, generoso, a la vez que sencillo, al designio de Dios. Como la tierra buena se "limita" a abrirse a la semilla que llega a ella, para que pueda germinar, nacer, crecer y dar fruto. Así, María.

Al escuchar el anuncio del ángel y abrirse María a la acción del Espíritu concibe a Cristo en la mente y en su vientre (Serm. 196, 1). Es madre de Jesús, como cualquier otra madre en relación con el hijo que ha salido de sus entrañas. Si María no es madre verdadera, la carne (de Jesús) es falsa, la muerte es falsa, las heridas de la pasión son falsas, y falsas las cicatrices de la resurrección; y ya no será la verdad, sino la falsedad la que librará a los que creen en él (In Jn. 8, 6).

Por ser madre de Jesús, es madre de Dios. En Jesús no hay dos personas. Es una sola: Jesús, el Cristo, el Señor. No es madre de la divinidad. Obvio. Pero sí de Jesús, que es Dios. Como tú, que puedes ser madre o padre de un arquitecto o de un sacerdote, pero no de la arquitectura ni del sacerdocio, porque él, tu hijo, en cuanto persona concreta, nació de ti. *Ni la tierra es madre de la vida de la planta, aunque sí de la planta que en ella nace y crece. La vida le ha llegado a ella en la semilla o en el esqueje que sembró o plantó el campesino. (De pec. mer. et rem. 2, 24, 38).*

Jesús, la vida desde siempre - porque era Dios -, preparó la tierra virgen de donde iba a nacer, María, y a ella vino, y, por obra del Espíritu Santo, en ella se encarnó. Por lo tanto (Jesús) creó a la que eligió, y eligió a la madre de la que iba a nacer, esto es, a una madre virgen

Madre de la Iglesia

Quien es madre de la cabeza es madre de todo el cuerpo. Natural. Y nunca mejor dicho. María, madre de Cristo cabeza, es, por lo tanto, madre del todo el cuerpo. Pura lógica. Es madre del Cristo Total. Es madre de todos los miembros. *Ella cooperó con su fe, obediencia y amor, a que nacieran en la Iglesia sus miembros, los fieles cristianos (De sta. virg. 6, 6).* Sigue cooperando con el mismo amor, ahora también, a que sigan naciendo hijos de la Iglesia, hijos también suyos.

Nace Cristo en ti, o si quieres, naces tú a la Vida, por el bautismo que te regenera, por el perdón que te otorga, por la eucaristía que recibes, por la gracia que te comunica. Te haces miembro de su Cuerpo, hijo, por lo tanto, de María, madre de todo el Cuerpo.

Nosotros podemos ser también madres de Cristo. A semejanza de ella, podemos concebir a Cristo en nuestro corazón y darlo a luz por la gracia que él mismo nos comunica. Aunque, en realidad, somos nosotros quienes nacemos de nuevo y nos incorporamos a su Cuerpo. Agustín no se cansa de repetir esta verdad tan grata y tan gratificante. Habla desde su propia experiencia.

Con razón ella fue tan honrada que, conservando incluso su integridad corporal, nos trasvasó a Cristo para que lo concibiéramos por la fe en nuestros corazones íntegros, y en cierto modo lo alumbráramos en la confesión (Contra Fausto 29, 4).

Miembro de la Iglesia

María es madre de la Iglesia, pero también miembro de ella; el más eminente. No está por encima o al margen del Cuerpo Total. De ahí que, la Iglesia sea más que María. Más, ¿en qué? No en la gracia del Espíritu, de quien María estaba llena. Ni por la unión a Cristo: nadie más que María. Ni en el don de la fe: "Dichosa tú porque has creído" le dirá su pariente Isabel. Ni por la obediencia al Padre: el "hágase" de María hizo posible la redención.

La Iglesia es más María en cuanto a la totalidad, ya que es Cuerpo Total de Cristo, y María, una parte del Cuerpo. Aun así, Agustín no encuentra apelativos suficientes y más adecuados para exaltar la figura de María. Pero la Iglesia es más. Por esta razón el Concilio habla de María dentro de la constitución sobre la Iglesia. No podía ser de otra manera.

Santa es María, bienaventurada es María, pero mejor es la Iglesia que la Virgen María. ¿Por qué? Porque *María es una porción de la Iglesia, un miembro santo, un miembro excelente, un miembro supereminente, pero al fin miembro de un cuerpo entero (Serm. 72ª, 7).*

María Virgen

Es doctrina constante en el santo la virginidad de María, antes del parto, en el parto y después del parto. Repite con insistencia esta verdad en muchos de sus sermones. Es una virginidad fecunda, al dar a luz, por obra del Espíritu Santo, a Cristo y a nosotros, miembros de la Iglesia. *Le ofreció la fecundidad sin quitarle la integridad; su madre fue virgen al concebir, al dar a luz, virgen perpetuamente (Serm. 72ª, 3).*

Pero, en María, mucho más importante que esta virginidad física, es la virginidad del corazón. Fue virgen espiritualmente porque se consagró al Señor, se mostró totalmente disponible a sus designios, aceptó su voluntad y mantuvo íntegra la fe, firme la esperanza y fuerte el amor (Serm. 191, 4)

Por su virginidad espiritual o del corazón, María es modelo para todos los creyentes, su virginidad es fecunda, y su mensaje, válido para todos estados de vida. *La virginidad que Cristo pensaba abrigar en el corazón de su Iglesia, la anticipó en el cuerpo de María (Serm. 188, 4).*

Tipo, figura y modelo de la Iglesia

La Iglesia es también virgen y madre. Virgen por la integridad de su fe, nunca violada. Y también por la fidelidad a Cristo, mantenida incólume en todo momento y en toda clase de pruebas, que no han sido pocas ni suaves.... a la que hizo (a la Iglesia) semejante a su madre. En efecto, para nosotros la hizo madre, y para sí la conservó virgen (Serm. 195, 2), ya que la virginidad del corazón de la Iglesia consiste en la integridad de la fe (In Jn. 8, 8).

Es madre fecunda, puesto que, también *"por obra y gracia del Espíritu Santo", engendra hijos y los da a luz para la vida eterna (Serm. 22, 10). Es madre con entrañas de caridad (Serm. 192, 2) en el seno de la fuente bautismal. A ella le concedió Cristo ser espiritualmente lo quesu Madre fue corporalmente: madre y virgen (Serm. 138, 9).*

María es modelo único y privilegiado para toda la Iglesia en la vida de fe, en el cumplimiento de la voluntad del Padre, en su unión a Cristo, en la atención a los hermanos y en el servicio al Evangelio. La Iglesia es también virgen fecunda y madre íntegra. Al modo de María.

Virgen creyente

María es discípula de Cristo. La primera de los creyentes. Es más dichosa por haber concebido a Cristo, por la fe, en su corazón, que por haberlo concebido en su seno. Ser discípula de Cristo es un título de gloria mayor que ser su madre. Puede sorprender a muchos devotos de María esta afirmación. Es del mismo Agustín: *Hizo sin duda Santa María la voluntad del Padre; por eso para María es más ser discípula de Cristo que haber sido madre de Cristo. Más dicha le aporta el haber sido discípula de Cristo que el haber sido su madre (Serm. 72, 7).*

Y no dice otra cosa el santo que lo que afirma el mismo Jesús cuando una mujer le lanza uno de los piropos más hermosos que se han oído: "¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron! Él replicó: ¡Dichosos, más bien, los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen!"

Según esto, María fue doblemente dichosa: por ser madre y, más todavía, por ser perfecta discípula de Cristo.

Modelo para todos los creyentes

Todo cristiano está llamado a ser virgen y madre. ¿Te sorprende? Lo primero lo comprenderás fácilmente ya que, como has leído un poco más arriba, puedes y debes ser virgen en el corazón. ¿Cómo? Conservando una fe sólida, íntegra e incorruptible; manteniendo y cultivando un amor generoso y fiel; y viviendo, sean cuales fueren las pruebas o los avatares de la vida, en la esperanza firme de un cielo nuevo y de una tierra nueva. Dios en todos.

Y puedes también – y debes – ser madre de Cristo. ¿En qué sentido? Quien cree en Cristo, como María, lo concibe en el corazón. Quien lo ama como ella, se llena de él; se encuentra en estado de gravidez, y lo da a luz necesariamente, porque el amor no retiene, sino que comunica y se da. Lo da a luz en sí y en otros. También -guardadas las distancias, que son muchas -, "por obra y gracia del Espíritu Santo".

Por lo tanto, los miembros de Cristo den a luz en la mente, como María dio a luz a Cristo en el vientre, sin dejar de ser virgen, y de ese modo seréis madre de Cristo (Serm. 72ª, 8).

No otra es la misión de la Iglesia, y no otra es la misión de cada creyente. En últimas, en esto consiste la espiritualidad cristiana y la tarea de la evangelización. Una y otra, común a todos.

Mensaje final de Agustín

Finalmente os hablo a todos, me dirijo a todos. Lo que admiráis en la carne de María, realizadlo en lo más profundo de vuestra alma. El que en su corazón cree para la justicia, concibe a Cristo; el que lo confiesa con la boca, da a luz a Cristo. De esta mima manera, sea exuberante la fecundidad de vuestros espíritus conservando siempre la virginidad de la fe (Serm. 191, 4).

Al que no contienen los cielos, lo llevaba el seno de una sola mujer: ella gobernaba a nuestro Rey; ella llevaba a aquel en quien existimos; ella amamantaba a nuestro pan. ¡Oh debilidad manifiesta y humildad maravillosa, en la que de tal modo se ocultó la divinidad! (Serm. 184, 3).

> *Virgen Madre, guíanos y sosténnos para que vivamos siempre como auténticos hijos e hijas de la Iglesia de tu Hijo y podamos contribuir a establecer sobre la tierra la civilización de la verdad y del amor, según el deseo de Dios y para su gloria (Christifideles laici, 64)*

Para recordar

- Es necesario fundamentar debidamente la devoción a María. Para ello es preciso enfocarla desde el misterio de Cristo y de la Iglesia.
- María es madre de Jesús. Por lo tanto, madre de Dios. Es también madre de la Iglesia y de todos los creyentes, porque lo es de la cabeza, Cristo, y todos somos sus miembros.
- También nosotros, guardadas las distancias, podemos ser madres de Cristo al concebirlo por la fe en nuestro corazón, y al darlo a luz con nuestro amor. A semejanza de María.
- María es miembro de la Iglesia. El más eminente. Es virgen corporalmente y en su corazón. La virginidad del corazón es más valiosa, y a ella estamos llamados todos.
- Por su fe inquebrantable, por su amor a Cristo y a los hermanos, por la esperanza firme, María es tipo, figura y modelo de la Iglesia.

Para la reflexión y el diálogo

1. ¿Qué te sugieren las reflexiones de San Agustín sobre la Sma. Virgen? ¿Te sorprende alguna de ellas? ¿Con cuáles de ellas te identificas más?
2. ¿Qué lugar ocupa la devoción a la Virgen en tu espiritualidad laical? ¿Crees

que todavía habría algo que purificar o encauzar debidamente en tu devoción a María para que sea más auténtica?
3. Reflexiona sobre las actitudes fundamentales y más características de María. ¿Qué te dicen? ¿Qué tendrías que hacer para identificarte más con ellas?
4. ¿Cuál podría ser la ayuda de María en tu tarea de evangelización? ¿Y en tu vida de comunidad, grupo o movimiento eclesial?

Para orar con Agustín

¡Oh María!
Tú eres virgen, tú eres santa,
tú has ofrecido un voto,
pero has merecido mucho más,
o, más bien, has recibido mucho
Pero, ¿cómo has merecido esto?
Se hace en ti carne el Verbo de Dios,
humanándose sin dejar la divinidad.
Y el Verbo se une a la carne,
el Verbo se desposa con la carne.
Y tálamo de tan gran desposorio es tu seno;
sí, repito, el tálamo de este desposorio es tu seno.
Te halló virgen, al ser concebido;
te deja virgen, al nacer.
da la fecundidad sin merma de la integridad.
Pero, ¿de dónde te viene todo esto?
Responda el ángel:
Ya lo dije al saludarla:
Dios te salve, llena de gracia
(Serm. 291, 6)

Punto final y seguido

Había que poner un punto final a estas reflexiones, cortas en número, a la vez que sencillas en su contenido y lenguaje. He querido con ellas acercar el pensamiento agustiniano a unos cuantos temas o puntos muy propios de la espiritualidad cristiana, y que pueden servir para que los laicos puedan recorrer su camino de fe y servir al hermano.

Agustín recorrió también este camino. Hasta el final. Y hasta el fondo. De ahí que su experiencia de vida cristiana es, en sí misma, un aporte más a la espiritualidad laical de todos los bautizados. Vivir la fe al estilo de Agustín nos acerca mucho al estilo de vida de Jesús. Ojalá que sean de provecho para ti y muchos otros que tratan de vivir también a fondo la gozosa experiencia de una vida cristiana en el Espíritu.

Pero quieren ser también un punto y seguido. Porque son muchos los temas que afectan a la vida de los laicos y a los campos de trabajo en los que deben vivir su fe y ejercer su misión de tales. Y para todos ellos tiene Agustín un pensamiento y una experiencia personal.

Pueden ser muchos. Entre otros, El Bautismo, El Matrimonio, La Iglesia, Los Jóvenes, La Cultura, El Trabajo, La Amistad, La Familia, La Política y el Bien Común, La Educación, La Cultura, El Dolor y La Muerte...

¿Tendrán continuidad, algún día, estas reflexiones? Ojalá. De momento, el punto está servido. Dios quiera que sea también seguido en un tiempo no lejano.

Siglas de las obras de San Agustín

Con. Faus. manich.: Contra Fausto maniqueo.
Conf.: Confesiones.
Contra Acad.: Contra Académicos.
De bon. vid.: Sobre la viudez.
De civ. Dei: Sobre la Ciudad de Dios.
De gen ad lit.: Sobre el Génesis.
De lib. arb.: Sobre el libre albedrío.
De mag.: Sobre el maestro.
De mor. Eccl. cath: Sobre las costumbres de la Iglesia Católica.
De nat. et grat.: Sobre la naturaleza y la gracia.
De op. monach.: Sobre el trabajo de los monjes.
De ordine: Sobre el orden.
De pec. mer. et rem.: Sobre el mérito y la remisión de los pecados.
De s. virg.: Sobre la santa virginidad.
De Trin.: Sobre la Trinidad.
Epis.: Epístola.
In ep. Jn.: Comentario a la 1ª carta de San Juan.
In Jn.: Tratados sobre el Evangelio de San Juan.
In. ps.: Enarraciones sobre los Salmos.
Retract.: Retractaciones.
Serm.: Sermones.
Sol.: Soliloquios.

Al final de cada apartado aparece una cita de la Exhortación Apostólica de S.S. Juan Pablo II Christifideles Laici sobre los fieles laicos en el mundo actual

ÍNDICE

Presentación 2
Espiritualidad Laical Agustiniana 4
1. Espiritualidad 4
2. Laical 8
3. Agustiniana 12
4. En el Espíritu 15
Búsqueda 21
5. Experiencia Agustiniana 21
6. Encuentra y sigue buscando 26
7. Tarea de todo creyente 30
8. Dios 34
9. Tres caminos 39
10. Cristo, camino y compañero de ruta 45
11. Cristo, la Verdad para todo hombre 50
12. Cristo, vida para todos 54
13. No te desparrames afuera 58
14. Entre dentro de ti mismo 64
15. En el hombre interior habita la verdad 69
16. Trasciéndete a ti mismo 73
17. Creer con amor 78
Encuentro 84
18. Renacidos por el bautismo 84
19. Sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad 90
20. Ora bien quien vive bien 96
21. ¡Padre nuestro! 103
22. En comunidad fraterna 111
23. Para ser solidarios (San Agustín y la comunicaciónm de bienes) 120
24. Apostolado del laico agustiniano 125
25. Santa María 133
Punto final y seguido 139
Siglas de las obras de San Agustín 140
Índice 141